



Pearl S. Buck

Carta de Pekín

Lectulandia

«Mi querida esposa: Antes de que te diga lo que he de decirte, deseo que sepas que te quiero como siempre. Pase lo que pase, recuerda que sólo te quiero a ti. Si no vuelves a recibir carta mía, piensa que mi corazón está escribiéndote a diario».

Gerard, hijo de madre china y padre escocés, contrae matrimonio con Elisabeth, joven norteamericana. A raíz de la implantación de régimen comunista en China, Gerard decide quedarse en el país, mientras que su mujer y su hijo regresan a los Estados Unidos. Esta dramática situación, y las consecuencias que de ella se derivan, sirve a la autora para plantear unos temas de capital importancia.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Carta de Pekín

ePub r1.1

Titivillus 30.12.14

Título original: *Letter from Peking*

Pearl S. Buck, 1957

Traducción: Juan G. de Luaces

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dentro del mundo de las artes me agrada todo lo que es bello. No admito exclusivismo alguno. No creo en escuelas. Me gusta lo jocoso tanto como lo serio, lo terrible, lo pequeño o lo grande. En resumen; me atrae todo lo que es como debe ser: hermoso y sincero.

(Verdi al pintor Morelli).

Setiembre es el mes, 1950 el año y veinticinco el día. ¿Y el lugar? El lugar es ese valle de montes de Vermont donde nací y pasé mi niñez. Luego crucé los mares y el amor a mi país vino a convertirse casi en el amor a mi misma persona. Sobrevino la guerra, me sentí en ella al margen de todo, a pesar de mis inclinaciones, y entonces volví al antiguo valle.

Hace media hora descendí por el camino campesino, bajo la bóveda, roja y encarnada, de las ramas de los arces, en busca del cartero rural, que sólo viene tres veces por semana a este lugar apartado, perdido entre las montañas de Vermont. Por ello, yo me despertaba, en plena inquietud y desasosiego, tres días de cada semana. Siempre existía la posibilidad de que llegase carta de Pekín, carta de Gerard...

Transcurrieron meses sin que nada llegase. Pero esta vez había una carta. El cartero la separó de entre las otras y me la tendió.

—Ahí está lo que esperaba usted —dijo.

No rasgué el sobre hasta que el hombre se hubo separado. Entonces, a solas en la campestre calleja, bajo los encendidos tonos de las hojas de los arces, abrí la carta.

Mientras leía sabía de antemano lo que iba a decir aquella misiva tan esperada. Nada de lo que hace Gerard me sorprende nunca, ni me impresiona, ni me hiere. Le he querido mucho. Y le quiero todavía y siempre le querré.

Mi querida esposa:

Antes de que te diga lo que he de decirte, deseo que sepas que te quiero como siempre. Pase lo que pase, recuerda que sólo te quiero a ti. Si no vuelves a recibir carta mía, piensa que mi corazón está escribiéndote a diario.

Aquéllas eran las frases iniciales de la misiva. No necesitaba más para saber lo que venía luego. Pero leí el texto hasta el fin. La voz de Gerard parecía resonar en mis oídos.

Después de que Rennie sale para la escuela, la casa se queda siempre muy sola. Y a mí no me desagradaba esa soledad.

Estoy en mi cuarto, ante mi mesa, escribiendo. He guardado la carta. Procuraré olvidarla. Olvidarla al menos por algún tiempo, hasta que no sienta tan pesado el

corazón. Mi único consuelo radica en escribir todo lo que siento, ya que no tengo a nadie con quien hablar.

Y el caso es que esta mañana empezó como tantas otras. Ahora me levanto pronto. El granjero vecino se levanta a las cuatro y se acuesta al oscurecer. Es su costumbre. En cambio a Gerard le gusta pasar una tranquila vigilia mientras los demás duermen, y por ello, a través de nuestra larga convivencia, me había habituado a acostarme tarde. Las noches pasadas en vela en nuestra casita china eran particularmente dulces. A partir del oscurecer se iban amortiguando los ruidos y los rumores callejeros sonaban muy apagados. Si tocábamos música, lo hacíamos con prudencia, una vez terminadas las ocupaciones del día. Flotaba en el aire de nuestros patios el rumor de un violín de dos cuerdas manejado por el señor Hua, nuestro vecino, que trabajaba durante el día como dependiente de un cercano almacén de sedas.

En verano, Gerard y yo nos sentábamos a la sombra de un pino junto a un estanque lleno de peces de colores y permitíamos a nuestro hijo Rennie que pasase la velada a nuestro lado, aunque estuviera con nosotros hasta mucho más tarde de la hora en que sensatamente debe acostarse un niño.

Pero Rennie es nuestro único hijo. Nuestra hija murió repentinamente siendo muy niña. Una mañana se despertó riendo y contenta, y por la noche se nos había ido... Ni yo misma sé de qué murió. Aquel disgusto fue parte del precio que pagué por enamorarme de Gerard y acompañarle en su viaje a China.

Durante un tiempo que nos pareció interminable, Dios no nos dio más hijos. Yo estaba disgustadísima, pero algo me confortaba tener que mitigar el mayor disgusto de Gerard. Llegué a creer que nunca dejaría de deplorar la pérdida de nuestra hijita. Pasó meses enteros sin conciliar el sueño y adelgazó tanto que su cuerpo, siempre leve y frágil, acabó pareciendo literalmente esquelético. Y yo tenía que contener mis lágrimas para escuchar sus lamentaciones.

Gerard no hacía más que repetir:

—Debí quedarme en tu país. De vivir en América, no se hubiese muerto nuestra hija. Me he portado muy mal contigo.

Y yo apoyaba mi cabeza contra su pecho.

—Donde tú vayas, iré yo. Con tal de hacerlo renunció a todo lo demás.

Él me miraba con extraña expresión.

—Ésa es la diferencia que hay entre las mujeres americanas y las mujeres chinas. Tú tienes más de esposa que de madre.

Yo decía:

—A tu lado no soy más que tu esposa. Además, sabes que nunca hubieras sido feliz en América.

No, no podía ser feliz. Yo, en Pekín, sentía a veces accesos de añoranza recordando las verdes montañas de Vermont, pero me sentía muy dichosa donde estaba. Porque Pekín era una verdadera joya urbana, ricamente engarzada, con la

pátina de la Historia y el tiempo. La gente es alegre y cortés, y los horizontes de mi vida se extendían ante mí bellos y placenteros. Allí, según esperaba, me enterrarían al lado de Gerard cuando los dos muriésemos cargados de años. Tanto él como yo descendemos de gente que ha alcanzado muchos años de vida.

Y he aquí que ahora me encuentro en Raleigh, una aldea de Vermont, en una solitaria casa campesina, en compañía de nuestro hijo Rennie, que ya cuenta diecisiete años. Y, después de recibir carta de Pekín, pienso que no volveré a ver a Gerard.

Ya he dicho que el día empezó como los demás. Me levanté a las seis, ayudé a Matt a ordeñar nuestras cuatro vacas y llevé el cubo de leche al cobertizo, reservando un jarro de peltre, totalmente lleno, para Rennie.

Rennie es como Gerard. Levantarse temprano es una tortura para él, aunque no le importa trabajar hasta muy tarde. De haber estado sola, yo hubiera vuelto a las horas de niñez al encontrarme en la casa que fue de mi abuelo y de mi padre y ahora es mía.

Mi padre fue un inventor modesto, lleno de fe y de esperanza. Abandonaba en parte el trabajo de la finca para buscar «novedades», como él las llamaba. Algunas de ellas tuvieron buen éxito, como, por ejemplo, una máquina para lavar las cáscaras de los huevos. Nuestra vida material dependía de la producción de la finca y en cuanto al dinero en efectivo nos ateníamos a un legado hecho a mi padre por mi abuelo, que no había sido granjero, sino un abogado famoso. Cuando Gerard y yo nos casamos, mi padre había muerto y mi madre vivía sola en nuestras tierras. Murió antes de que Rennie naciera y me dejó la finca. Matt Greene se encargó de administrarla mientras yo estaba en Pekín y aún hoy sigue acudiendo todos los días, como siempre lo ha hecho. Y cuando Gerard y yo comprendimos que teníamos que separarnos, yo volví a este lugar. ¿Adónde, si no?

Rennie bajó, como de costumbre, esta mañana, con las mejillas enrojecidas por el aire que entra por las abiertas ventanas de su dormitorio.

—Buenos días, hijo —le dije.

Mi marido ha insistido siempre en que se cumpla este ritual. Siempre que nos separemos, aunque por corto tiempo, hemos de saludarnos.

Gerard solía aconsejar a su hijo:

—Cuando te apartes de la presencia de tus padres, has de decirles adiós, indicarles adónde vas y presentarte a ellos en cuanto regreses, volviendo a saludarlos. Eso se llama piedad filial.

Rennie preguntó:

—¿Cómo estás, mamá?

—Muy bien.

—Lo celebro.

—Gracias.

—¿Has dormido bien?

—Sí —repuse.

Sonreímos los dos. Rennie recordaba a su padre y yo a mi marido. Rennie es muy parecido a su padre. Para su edad está muy alto. Tiene negros los ojos y el cabello y la piel tan suave como sólo una ascendencia china puede producirla, y posee el color de la nata de Guernesey. Es hermoso su perfil y sus facciones dulces y, sin embargo, fuertes.

—Siéntate, hijo —dije—. Ya tienes preparado el desayuno.

Claro que el desayuno de Rennie equivale a una comida monumental. Empieza con un tazón de avena con azúcar moreno y leche. Gerard ha prohibido entre nosotros el uso del azúcar blanco. Cuando estábamos en Pekín sólo tomábamos el azúcar moreno de China. La leche es americana, como Rennie lo es, ya que la sangre china entra sólo en una cuarta parte de su constitución biológica. Su cuerpo no parece chino.

Tiene los huesos recios, las manos y los pies grandes y bien formados y, en conjunto, no ofrece ninguna de las elegantes características físicas de su padre.

Se dirigió a mí.

—Ponme tres huevos.

Hablaba como tenía por costumbre.

Pensé que era buena cosa disponer de gallinas. Mi modesto legado no alcanza para servir huevos, jamón y carne en la cantidad que necesita Rennie. El mismo tocino entreverado es ya un lujo para nosotros, pero a mí me complace hacer un sacrificio en favor de mi hijo. No tengo por qué decir mío cuando es de mi marido también. Sí: Rennie es hijo de Gerard. No incurramos en olvidos.

Y entretanto no sé hasta qué punto la carta de Pekín va a cambiar mi vida.

La ventana del comedor da al campo y, a través de la cristalera, Rennie puede divisar el autobús del colegio, cuando se acerca. Porque mi hijo ocupa el asiento principal, que, al principio, el debido respeto al padre y esposo nos hacía dejar vacío mes tras mes.

En efecto, cuando nos despedimos de Gerard en el muelle de Shanghai, él dijo que probablemente volvería con nosotros antes de tres meses. Pero pasado ese tiempo, dejo de hablar de su regreso y sus cartas empezaron a espaciarse, llegando a mediar semanas enteras entre una y otra. Y entonces, y para dominar con la vista el camino, Rennie opinó que lo mejor sería que ocupase el asiento de su padre.

Ni dije «sí» ni acerté a decir «no». Acaso adivinará íntimamente que la carta estaba ya en ruta.

Rennie exclamó:

—¡Ahí viene el autobús!

Había terminado el tocino y los huevos, así como tres rebanadas de pan moreno con manteca. Apuré un segundo vaso de leche y echó mano a la gorra y a la bufanda.

—¡Adiós, mama!

—Adiós, hijo.

Gerard no había permitido jamás una alteración de mi nombre. Cuando estábamos

en Shanghai y todos decían «ma» o «mami», él se opuso.

—Bien dicho está, mamá —aseguraba con gravedad—. No corrompamos las cosas.

Hablaba en chino, como siempre que deseaba instruir a su hijo. Y Rennie obedeció.

Me quedé sola. La casa, silenciosa, me rodeaba. Entrégueme a mi trabajo cotidiano. Fregué platos y subí al otro piso para hacer las camas. Mi alcoba, que es la que tuvieron mis padres, da a la fachada de la casa. El aposento tiene cinco ventanas y domina un paisaje que cambia con cada día y cada hora que transcurren.

Hoy, por la mañana, cuando me levanté, la dorada luna, grande y redonda, se hundía tras las montañas cubiertas de bosque. No obstante sus rayos era aún lo suficientemente fuertes para proyectar recias sombras desde los negros cedros hasta las grises rocas coronadas de árboles.

Mucho amaba yo la belleza tranquila de nuestra residencia de Pekín, pero no tanto como este lugar de mi infancia. De no ser por Gerard, hubiera preferido siempre vivir en mi país. Pero con él cualquier tierra es buena y todas deliciosas.

Como está orientado al mediodía, mi cuarto, los días despejados, queda bañado de sol. Hice la cama —grande, endoselada— y quité el polvo de armarios, cómodas y chimenea. Aquí el aire lleva poco polvo y el suelo apenas necesita más que un ligero repaso. A veces me maravilla trabajar con tan poco esfuerzo en esta casa, cuando en la de China necesitábamos cinco sirvientes, o eso al menos me parecía a mí.

Claro que en parte la culpa era de Gerard, a quien no le gustaba verme trabajar y estropearle las manos. Verdaderamente, las tengo bonitas. Eso fue lo primero que dijo al conocerme.

—Tienes las manos muy lindas.

Las alcé para mirarlas.

—¿Sí? —dije estúpidamente.

O no estúpidamente, porque deseaba que él me lo repitiera.

Él continuó:

—Las mujeres americanas no suelen tener las manos bonitas. Y puedo garantizarlo. Mi madre, que era china, tenía unas manos admirables.

Pregunté:

—¿Y todas las mujeres chinas tienen admirables manos?

—Sí.

Creo que no volvió a hablar de mis manos jamás, pero nunca olvidé aquellas palabras. Acaso se enamoró de mí porque mis manos le hacían recordar las de su madre. Aunque ¿quién puede saberlo?

Hacía casi tres meses que no recibía carta de Gerard. Hasta hoy. El sobre no llevaba matasellos de Shanghai, sino de Hong-Kong, y la dirección está escrita por mano extraña.

Gerard escribe:

No te disgustes si tardas en recibir carta mía. No puedo explicarte las dificultades que hay para comunicar. Ni siquiera sé cómo va a llegar esta carta. Cuando contestes, no me escribas directamente, sino a las señas que veas en el sobre. Y pueden pasar meses antes de que yo te responda.

Antaño, cuando estábamos separados, nos escribíamos diariamente. Pero en realidad nunca nos separamos hasta que empezó la guerra con el Japón. Después, cuando se temía que las provincias del Norte cayeran en poder del enemigo, Gerard dijo que yo debía llevar a Rennie a Chung-king antes de que quedase cortado el ferrocarril de Han-kao.

Yo protesté:

—¿Voy a marcharme sin ti?

Él repuso:

—Volveré a tu lado en cuanto pueda. No me es dable marcharme hasta que todo el Claustro lo haga.

Era el rector de la Universidad y tenía, por lo tanto, muchas responsabilidades. Comprendí que estaba en lo cierto, y Rennie y yo marchamos a Chung-king.

El viaje no tuvo nada de fácil. El tren estaba lleno de refugiados, que se arracimaban hasta encima de los vagones. El hotel de Han-kao rebosaba de fugitivos ricos, con sus respectivos séquitos. Procuré valirme del ya moribundo prestigio de que gozábamos los blancos y, entre exhortaciones y sobornos, tras hallar en el hotel un reducido cuarto para Rennie y para mí, adquirí sendos pasajes en el pequeño buque que hace, gargantas del Yang-tsé arriba, el peligroso viaje a Chung-king.

Gerard no me mintió. Meses más tarde, acompañado por la corporación universitaria y por los estudiantes, siguió mi camino. Entretanto, Rennie y yo habíamos encontrado una casita en las colinas que rodean la ciudad.

¡Oh, qué alegría volver a encontrarme con mi bienamado! Le vi tan delgado, que parecía incluso haber aumentado de estatura. Pero se le notaba satisfecho. Sus estudiantes y el claustro de la Universidad en pleno se hallaban con él y había logrado llevarlos a lugar seguro. La gente importante de la ciudad cedió varias casas solariegas y todos encontraron alojamiento. Una vez que hubo garantizado albergue y alimentación a su gente, Gerard me acompañó a nuestra casa.

Le ceñí entre mis brazos, le sentí temblar y comprendí lo cansado que se sentía.

—Aquí podrás descansar —le dije.

Contempló la casa que yo había dispuesto. He de confesar que tengo predilección por las estancias amplias. Cuando hallé la casa de ladrillo que arrendé ceca de Chung-king, dije al propietario que sólo la tomaría si se permitía derribar algunos tabiques y convertir tres habitaciones en un solo aposento extenso.

El hombre, haciendo girar sus ojuelos y moviendo la cabeza, preguntó:

—¿Y dónde va usted a dormir?

Era un individuo grueso, mal afeitado y sucio. No se trataba de un terrateniente,

sino de un propietario urbano, de los que viven de sus rentas.

Fingí no haberle oído. Me había preguntado algo que no le concernía. Yo había planeado ya usar como dormitorios dos especies de almacenes que había a ambos lados del patio. Y el pabellón de la portería serviría de cocina y despensa. De esta suerte, la estancia que vio Gerard primero que ninguna, era cómoda y vasta. No habíamos llevado nada desde nuestra casa de Pekín, pero yo sé encontrar todo lo necesario en cualquier tienda modesta de una ciudad china. Los artesanos chinos son diestros y les gustan las cosas bellas.

Gerard dijo:

—Eres ama de casa por derecho propio. Naciste siéndolo.

Se acomodó en una butaca de mimbre, cubierta de cojines, y cerró los ojos.

—Me siento como en el cielo —murmuró.

... Y ahora no puedo escribir, porque las lágrimas...

Estamos a uno de febrero. El paisaje de los parajes de Vermont ha estado meses enteros sometido al hechizo invernal, con las montañas blancas y el valle silencioso bajo la nieve.

Hace tres días, un viento cálido y un sol intenso fundieron las nieves de las laderas y caminos. Ya sé que es un deshielo ficticio y que el invierno volverá por sus fueros todavía. Aquí las más intensas nevadas se producen en marzo e incluso en abril. A veces hay que aplazar la recolección de la caña, por helarse los conductos que llevan la cosecha al ingenio.

Hoy el valle está sumido en bruma y las montañas han desaparecido. No se ve más allá de la verja. Verja que hizo instalar mi padre porque mi madre, educada en Boston, no podía soportar la vista de las enormes extensiones que desde las ventanas se dominaban.

—Necesito una cerca —dijo a mi padre—. Si no, ¿cómo sé cuál es mi propiedad?

Y mi padre alzó un vallado incluyendo buena extensión del césped y una arboleda de álamos blancos.

Mi madre, mujer muy agradable y animada, sobrevivió varios años a mi padre. Era muy rígida de mente y de cuerpo. Necesitaba cercas y verjas, y rara vez salía de su recinto. Cuando le dije que deseaba casarme con Gerard McLeod, no se sintió muy complacida. A pesar de que amaba a mi padre, el matrimonio no la había satisfecho y no quería que yo me casase.

Alegó:

—En el matrimonio hay muchas cosas insoportables para una mujer decente.

Tal fue su respuesta cuando le pregunté por qué se oponía a mi matrimonio.

—Eso no obstante —añadió—, McLeod es de buena familia.

Por un momento medité la conveniencia de decirle que Gerard era, por ascendencia, medio chino. Desde luego puede pasar por un ario moreno. Tiene los ojos ligeramente almendrados, pero grandes y con las cejas bien cortadas. Como hombre es mucho más guapo que yo como mujer. Porque soy bajita y rubia y tengo los ojos grises más bien que azules. Nunca he estado segura de ser bonita. Ni siquiera me lo ha llamado Gerard.

Me dedicaba elogios como éstos:

—Tienes un cutis exquisito.

—Tu boca es preciosa.

Empleaba, pues, expresiones que definían algunos de mis supuestos atributos, pero no se referían a mi belleza total. En cambio yo le declaro guapo y lo hago con todo mi corazón. No sé qué clase de magia hay en eso de las mezclas de sangre. Tampoco puede saberse de qué lado proviene el encanto. Por lo visto, es la fórmula en sí la que procura el acierto.

En todo caso, si pensé ocultar la ascendencia de Gerard, sólo lo hice un momento. Mi madre era muy despejada y capaz de adivinar lo que no sabía.

Dije, pues, con naturalidad:

—El padre de Gerard vive en Pekín. Es americano, pero se casó con una mujer china, de manera que Gerard es chino en parte.

Mi madre abrió la boca —muy pequeña— y me miró con horror.

—¡No, Isabel, no!

Únicamente mi madre me ha llamado Isabel, nombre que me aplicaron pensando en mi abuela, Isabel Duane. Gerard me llama siempre Eva. Tal es su apelativo amoroso. El resto de la gente me designa con todas las variantes posibles de mi nombre.

El día que nos prometimos, dijo Gerard:

—Eva, eres mi primer amor.

Le pregunté retozona:

—¿Y si te llamo Adán?

Pareció tornarse medio risueño y medio cínico.

—Dudo que los cristianos den semejante nombre a un chino.

—Insistes en que eres chino, pero no lo eres —protesté—. Y te ruego que cuando hables a mi madre lo hagas con la parte americana que tienes.

Y callé. Me preocupaba lo que dijera.

Él, al oírme, tornose más chino que nunca y pareció poner todo su ahínco en mostrarse cortés, inescrutable y evasivo. Todo ello con muy buen humor. El suficiente para dejarme dudosa de cómo hablaría a mi madre. Deploré que mi padre no viviese, porque hubiera comprendido la situación y hasta hallado cierto encanto en el hecho de que Gerard fuera medio chino. Las ventanas de la mentalidad de mi padre estaban abiertas al mundo. Y, cuando él murió, yo procuré que aquellas ventanas no se cerrasen.

Pero hice mal en desconfiar de Gerard, porque cuando habló con mi madre se mostró como un joven típicamente americano, sin que su ascendencia china se revelase más que en su gracia suave y natural, y acaso en su negro y cuidado cabello. Sus ojos eran despiertos y francos. A veces asumían la enigmática expresión de los chinos, revelando entonces la refrenada y distante persona que vivía dentro del cuerpo de mi adorado.

Mi madre, a su manera, sabía también distanciarse del mundo, y el día a que me refiero se mostró muy fría. Recibió a Gerard en el saloncito. Vestía de seda gris.

Tenía a su lado la mesa de caoba y el servicio de plata heredado de su madre, y una colección de tazas y platillos que un antepasado suyo trajo desde la lejana Cantón hacía un centenar de años.

—Mi madre; mi amigo Gerard —presenté.

Mi madre extendió su mano, pálida y diminuta.

—¿Cómo está usted? —preguntó.

Era una mujer insignificante y bajita, pero sabía poner en todo una inmensa dignidad.

Gerard dijo, con voz cálida y placentera:

—Me encuentro muy bien, señora Kirke, y además me siento encantado de conocerla.

—Siéntate, Gerard —mandé.

Procuraba hablar con naturalidad, pero me sentía furiosa contra mi madre. Porque ella sabía ser amable cuando quería. No perdía nunca su empaque, más sabía suavizarlo si se le antojaba. Sonreía rara vez, pero atractivamente. Y a la sazón no había insinuación alguna de sonrisa en su rostro, macilento y delgado.

Gerard miró alrededor.

—Esta casa es muy hermosa. Me agradan mucho las mansiones que casan con el ambiente de las tierras que las rodean y enmarcan.

Mi madre, a su pesar, se sintió complacida.

—Tiene el defecto de ser demasiado grande —opinó mientras servía té.

Gerard opuso:

—¿Acaso es preciso que las casas sean pequeñas? Toda casa ha de ser, como una gema, proporcionada a las características de su engaste.

Mi madre observó:

—Usted preferirá té chino, pero nosotros siempre lo gastamos indio.

—En ese caso, lo prefiero con crema —repuso.

Se manifestaba natural y espontáneo, más yo comprendí que se daba perfecta cuenta de la actitud de mi madre. Bebió té, comió bollos a la inglesa —mi madre era muy tradicional cuando quería, sobre todo si se trataba de demostrar su dignidad— y dijo:

—No había comido bollos así desde que murió mi abuela, que era escocesa.

—¿Era escocesa su abuela? —repitió mi madre.

Gerard aclaró:

—Sí, aunque su familia emigró muy tempranamente a Virginia. Pero cuando yo era pequeño, iba a visitarnos a menudo, y al fin Pekín le gustó tanto que se quedó allí hasta su muerte. La enterramos en el cementerio de los blancos.

Mi madre, mordisqueando su bollo, inquirió:

—¿Pekín?

—Sí, Pekín, la antigua capital de China.

Gerard hablaba con toda naturalidad como si se hubiera referido a Londres, París

o Roma.

Comentó en seguida:

—Este té es muy bueno. El té indio es malísimo a veces, cosa que al té chino le sucede con frecuencia también. Pero entiende usted de tés, señora Kirke.

Mi madre dijo:

—Me enseñaron de niña a saber distinguirlos.

Procuraba mostrarse inflexible. Levantó, sin motivo, la bandeja de las pastas y la volvió a dejar en su sitio.

Gerard rió.

—No quiero pastas dulces todavía. Mi abuela me enseñó a no probar pastas mientras se come el bollo tostado.

Mi madre sonrió, aunque refrenada y fríamente. Y yo reí. En parte de ella y en parte porque me sentía feliz.

—También tú estás muy bien educado, Gerard —observé.

Mi madre se volvió a mí.

—No entiendo lo que quieres dar a entender, Isabel. Tú has sido educada debidamente, y el señor McLeod es un hombre correcto, y no debes andar con bromas que suenan extemporáneas.

—Perdona, mamá —repuse.

Aquél era mi lema en todo. Me lo había enseñado mi padre en la infancia.

—Liz —solía decir, usando una de las infinitas variantes de mi nombre—, un «perdona» no cuesta nada y evita muchas molestias. Esa expresión es como la moneda de cambio de la vida cotidiana, sobre todo entre personas que se tienen afecto.

Mi madre se volvió y habló a Gerard.

—¿Vivía en Richmond su abuela?

—Sí —repuso Gerard—. En Virginia hay muchas antiguas familias escocesas, y mi abuela insistía en que su tatarabuelo había sido uno de los fundadores de la colonia. Acaso acertase.

—Muy interesante —dijo mi madre.

Tenía la manía de los árboles genealógicos. Comprendí que no necesitaba extenderme sobre el caso. Gerard había ganado el frío corazón de mi progenitora en la medida que cabía conseguirlo.

Y no porque ella no tuviese sus dudas. Más de una vez, los días que Gerard acudía a visitarnos, y después de yo despedirme de él, mi madre me llamaba, ya entrada la noche, a su cuarto y allí acomodada en su butaca windsoriana, envuelta en su bata de franela gris y con el pelo ornado de rizadores, me interpelaba diciendo cosas como ésta:

—Siento, Isabel, el temor de que si tienes un hijo parezca chino. Los niños suelen parecerse a sus abuelos. Tú eres la imagen viviente de la abuela Duane.

Yo protestaba:

—También puede parecerse ese supuesto niño a los McLeod.

Ella replicaba:

—Nada lo garantiza. Me resultaría insoportable tener un nieto chino. No podría explicar la situación en Boston.

Porque mi madre no llegó nunca a ser una auténtica vermontiana, y en lo espiritual y mental se mantuvo siempre ciudadana de Boston.

Aduje:

—No te preocupes, mamá. Gerard y yo pensamos vivir en Pekín.

Ella se sobresaltó.

—¿Es posible que pienses irte a China? —dijo, reprochadora.

—¿Acaso tú no viniste a Vermont?

—Sí, pero China... —insistió mi madre.

Recordando ciertas palabras de mi enamorado, yo redarguí:

—Pekín no está más lejos que Roma, París o Londres.

Mi madre rechazó la idea de tal proximidad alegando:

—No sé de ninguna persona que se haya ido a vivir a Pekín.

Le recordé:

—Lo hizo la abuela McLeod. Y hasta está enterrada allí.

Mi madre declaró agriamente:

—No podía escapar a la muerte, estuviese donde estuviera.

—Pero Gerard dice que deseaba que la enterraran en aquella ciudad.

Mi madre suspiró.

—Buenas noches, hija. No seré yo la que vaya en mi vida a Pekín.

La besé la mejilla. Y dije alegremente, al despedirme:

—Cambiarás de pensamiento.

Movió la cabeza. Pero yo en aquellos días me sentía muy dichosa y no me preocupaba de nada.

Mi madre tenía razón. Nunca fue a Pekín. Un año después de casarnos Gerard y yo, murió de un enfriamiento que degeneró inmediatamente en pulmonía. Recordé entonces lo que solía decir todos los inviernos, mientras se envolvía en su toquilla gris:

—Estos inviernos de Vermont van a terminar conmigo.

Y al final acertó. La mató el invierno, aunque ha de decirse que llevaba un invierno propio dentro de su alma.

Ayer, a la hora del crepúsculo, el cielo se oscureció súbitamente, oprimido por una nube negra y huracanada que coronaba los montes que rodean nuestra finca. Una extraña inquietud se posesionó de personas y bestias, e incluso de mí, que he visto huracanes muy a menudo. Por ejemplo, las intensas tormentas de polvo que suelen abatirse sobre Pekín.

Pero la nube de ayer no anunciaba arena ni lluvia. Cayeron cuatro gotas y luego el viento alejó el nublado.

Eliminada la oscuridad, hoy brilla el valle bajo un sol espléndido que ha disipado las brumas y vuelve a fundir las nieves.

Temo, este año, que llegue la primavera. Procuro no mirar el reloj. Y es inútil esperar al cartero. No volveré a tener carta de Gerard. Me repito lo mismo todos los días. Cuando Matt trajo el correo esta mañana, ni siquiera volví la cabeza.

—Ponga las cartas en la mesa del despacho —dije.

No obstante, fui a examinarlas, aunque sabía de antemano que no habría carta de él.

Estoy muy ocupada, porque tenemos que hacer la recolección en el huerto antes de empezar la zafra. Logramos buenas manzanas, grandes y jugosas. Tenemos la despensa abarrotada de ellas, aunque he regalado no sé cuántas durante todo el invierno. Mis favoritas son las reinetas grandes, cada una de las cuales pesa una libra o cerca. Todas tienen la piel tersa y un delicioso sabor agridulce.

Cada vez que mordisqueo una, recuerdo que a Gerard no le gustan las manzanas. Desde luego las manzanas chinas son farináceas e insípidas, pero a él ni siquiera le tientan nuestras buenas manzanas americanas. A veces nos ayudaba a recolectarlas, mas nunca le vi comer ni una sola. En cambio, le encantan las peras. O así lo decía, porque, en realidad, un día que le presenté una fuente llena de peras Bartletts no terminó ni siquiera una.

—Demasiado blandas —comentó—. Las peras de Pekín son muy lisas por fuera y llenas de jugo cuando se les hinca el diente.

Bromeé:

—¡Vaya peras!

—Aguarda y verás —repuso.

Por entonces habíamos llegado al acuerdo de casarnos en cuanto él obtuviera el

grado de doctor. Y a la larga comí peras chinas, muy diferentes, en efecto, a las americanas, tanto por su apariencia como por su sabor, pero deliciosas.

Al principio yo pensaba que se recogían antes de que madurasen, porque es costumbre china recolectar algunas frutas cuando aún no están en sazón, prefiriendo un leve toque de acidez a la melosa suavidad de lo maduro. Mas no así las peras, que estaban perfectamente maduras y se conservaban enteras durante todo el invierno.

Matt y yo pasamos todo el día trabajando en el jardín. Matt es un vermontiano recio y taciturno, flaco y desgarbado y ha perdido casi todos los dientes a consecuencia de seguir un régimen alimenticio poco saludable, que no se esfuerza en mejorar. Considera mi pan negro y mi ensalada con disgusto y desaprobación. Muchas veces le invito a compartir mi almuerzo, pero él lo rechaza y come el suyo, consistente en una tajada de carne entre dos rebanadas de pan barato, que a mí me parece una mezcla solidificada de harina blanca y agua.

Matt conoce mis andanzas en China y sin duda se pregunta qué habrá sido de Gerard. Pero nunca me pregunta nada que no se refiera a la finca. Fuera de eso, su conversación se limita a dar informes sueltos sobre todas las cosas malas que pasan en el valle. Así, hoy me he informado de que la querrela latente entre el joven Tom Mosser y su mujer ha llegado a ese extremo en que empiezan a cambiarse golpes e insultos.

Matt contaba, con su voz torpe y premiosa:

—Y le dio con un cuchillo...

—¿Con un cuchillo, Matt?

—Bueno, no con la hoja.

—Entonces...

—Pero el mango era de cuerno. Y se lo introdujo en la carne.

—¿En qué parte?

—Allí —repuso Matt, conciso.

¿Sería en el pecho? Mollie Mosser tiene un pecho muy desarrollado y suele usar chalequillos ajustadísimos. Procuré no continuar la conversación.

—Quisiera —dije— arreglar el huerto antes de que Rennie vuelva de clase.

Y salimos a trabajar.

Y así, mientras mis pensamientos vagan harto lejos de Vermont, me aplico a cuidar mis manzanas y a recordar que las buenas frutas salen de las ramas cortas y viejas, y no de las jóvenes y largas. Uso podadera y tijeras y acometo primero las ramas grandes, practicando cortes de una pulgada o dos y procurando no quebrar la madera. Mis vecinos dicen que cuando las sierras están bien aguzadas es la hora de la poda, aserción no errónea, puesto que yo, en realidad, guardo enfundadas y bien engrasadas las herramientas durante el invierno cuando el tiempo no es propicio para

las labores del campo, y encuentro todo el instrumental preparado al acercarse la primavera. Tengo una vieja piedra de amolar que uso para los aperos grandes, y los pequeños los afilo a mano con pedernal. He aprendido a podar con inteligencia. Una rama discretamente podada pronto se rehace, pero la podada ferozmente se agosta y nunca da fruto.

La primavera se acerca. Veo sus signos indiscutibles. Rennie me pregunta con frecuencia:

—¿No hay carta, mamá?

Yo muevo la cabeza.

—Temo que tu padre tropiece con dificultades —digo—. El sentimiento antiamericano en China crece cada vez más a merced de una diestra propaganda comunista.

Rennie medita.

—Y en realidad, ¿qué es el comunismo?

Yo replico:

—¿Quién lo sabe? Es lo que cada uno quiere hacer con él.

Y le hablo de Carlos Marx, el extraño hombrecillo, muerto hace muchos años, que arrastró una vida raquítica e insignificante y, sin embargo, por el poder de su cerebro, se adueñó de las voluntades y creencias de tantísimos millones de hombres.

Agregó:

—Incluso se ha adueñado de nuestras vidas, Rennie. Por culpa de Marx estamos separados tú de tu padre y yo de mi marido.

Rennie pregunta:

—¿No puede liberarse mi padre?

¿Qué respuesta dar?

—¿No ves —digo— que si nuestro país tornase comunista, tú y yo permaneceríamos en él, capeando la tormenta y esperando la liberación?

—¿Acaso hace eso mi padre? —persiste el muchacho.

—No lo sé.

—Ni yo, mamá. Tampoco sé si en realidad este país es el mío o no.

—Puesto que es el mío, es el tuyo —atajo—. Y no hablemos más de esto.

Pero sé que es inútil lo que yo diga. Rennie elegirá como suyo el país que mejor le parezca.

Más pronto o más tarde, tendré que decirle que arriba, en la alcoba, guardo la última carta de su padre, metida en el cajón del secreter de mi madre, donde no hay ahora más cartas que ésa.

Pero lo voy aplazando. Esta noche, después de cenar, junto a la lumbre de la

cocina. Rennie comenzó a hablar. Estábamos junto a la antigua chimenea-fogón. Dentro hay unas trébedes de las que pende un caldero en el que todavía suelo calentar agua cuando una tempestad inutiliza la instalación eléctrica.

—Creo —dijo Rennie— que a mi padre no le sería tan difícil escribirnos.

—Ignoramos los rigores con los que tropieza. El hecho de que tu padre fuera americano hace su situación muy difícil —repuse.

Rennie preguntó:

—¿Y dónde está el abuelo McLeod?

Mientras hablaba, mordía con placer una manzana encarnada, del tipo Baldwin, que le gustan mucho. Y las coloco siempre a mano, en un cestillo, durante nuestras veladas.

—Está en Kansas —dije—. Convendrá que algún día vayamos a verle. ¿Has olvidado que solías llamarle *Baba*?

En aquel momento yo, lógicamente, hubiera ya debido estar examinando algún catálogo de semillas, pero no hacía otra cosa que mirar al fuego. Hacía mucho que me proponía visitar al padre de Gerard. Tal había sido uno de los encargos de mi marido el día que nos separamos en el muelle de Shanghai.

—Vete a ver a mi padre y lleva contigo a Rennie —había dicho Gerard—. Le alegrará mucho ver a su nieto.

Yo le había preguntado:

—¿Para eso nos envías a América?

—Ésa es una de las razones.

—Entonces me quedo —respondí.

—Te irás —dijo Gerard— y Rennie contigo.

Y luego, despacio como a regañadientes, explicó que lo sabíamos de sobra, aunque nunca lo mencionáramos: que nuestras vidas en China corrían peligro.

Mientras hablaba le vi mirar alrededor. Gerard sentía temor por primera vez. Había atravesado la guerra y los bombardeos impávidamente. Si alguna vez temió algo lo disimuló tan bien como si no sintiera preocupación alguna. Pero ya no podía esconder su miedo.

—¿Y qué va a ser de ti? —interrogué, verdaderamente asustada.

—Soy chino a medias —repuso— y procuraré sacar partido de esa circunstancia.

—Pero ¿y ellos? —murmuré.

Habíamos llegado ya a la fase de llamar a los comunistas «ellos».

—Sabré hacerme indispensable —contestó mi esposo.

Yo hubiera deseado de todo corazón que aquella plática se desarrollara estando los dos solos, en nuestra casa de Pekín, con puertas y ventanas cerradas. Entonces me habría arrojado a su cuello y obligádole a decirme la verdad.

Claro que ¿quién era capaz de sacar a Gerard nada a la fuerza? Tenía una voluntad y una lógica tan propias...

A la sazón estábamos en el muelle y el viento agitaba mi cabellera. No supe más

que decir, casi estúpidamente:

—¿Y por qué, Gerard, quieres hacerte indispensable aquí?

—A veces hay que tomar una decisión en un sentido o en otro.

Y no hubo tiempo para más. Esperaba el vaporcito que había de llevarnos al buque. Entre la silenciosa multitud que se hacinaba en la cubierta no hubiera sido prudente explicarse. Recuerdo haber pensado con consternación: «¿Desde cuándo se ha tornado peligroso el hablar?».

¿En qué momento el pueblo, y con él nosotros, había dejado de ser alegre y comunicativo, sin ocultarse nada los unos a los otros? ¿Desde cuándo se había vuelto la gente silenciosa y medrosa?

Imposible precisar la fecha. El cambio fue gradual, pero en un momento dado se convirtió en absoluto. Y pareció culminar en el silencio que medió entre Gerard y yo cuando nos separamos.

No consigo dormir una noche entera. Me levanto y recorro la casa, procurando no despertar a Rennie, que tiene el oído muy fino y parece adivinar todo lo que hago. Desde luego comprende que algo va mal.

Pero nada le digo de la carta. Piensa que estoy disgustada porque no recibo noticias de su padre hace meses y meses. Un día me dijo:

—Mamá, tengo la certeza de que hay, no una, sino varias cartas para ti perdidas u olvidadas no sé dónde. Ya sabes cómo son los carteros chinos. Interrumpen a veces su trabajo para sentarse a tomar una taza de arroz caliente o para tenderse a la sombra al pie de un árbol.

—Hijo...

—Es cierto, mamá.

En realidad, lo es. El servicio postal con Pekín ha sido siempre excelente y no creo que haya empeorado ahora. Lo organizaron los ingleses, que saben hacer las cosas bien.

Cuando Rennie pretende consolarme de ese modo, sonrío.

—Tienes razón —digo— y me preocupo sin causa. Cuando no hay noticias, buenas noticias.

Este proverbio es viejo y exacto. ¡Cuánto más valdría que yo no escondiera la carta de Gerard en el cajón de secreter! La he metido en un sobre, sellándola con lacre rojo, en previsión de que Rennie, haciendo pesquisas, diera alguna vez con el mensaje. Y tras lacrar la carta me juré no volver a leerla.

Anoche me encontraba muy sola, con una soledad tremenda que a veces se abate sobre mí y que es mil veces peor que la muerte. Soy casada, pero no tengo marido. Cuando un hombre muere, su mujer muere también en cierto modo. Si le ha amado mucho, una parte de su ser se extingue y no podrá renacer jamás con otro hombre.

Pero yo no estoy viuda. Por la noche en mi desierto lecho, mis pensamientos vuelan más allá del mar, borrando tiempo y espacio en busca de mi amor. Y paréceme caminar por la bien conocida calle que conduce a nuestra casa y que está bien guardada contra posibles ladronzuelos. Mas yo, que no llego corporalmente, atravieso verja y patio y voy más allá de la cerradura de la puerta. El portero no se despierta. No puede oírme ni se opondría si me oyera. Estoy en mi casa. Sigue igual que la dejé cuando pensaba volver a ella en seguida. Entonces parecía imposible que Gerard y yo

nos separásemos.

Dije a los sirvientes:

—Conservadlo todo tal como está.

—Así lo haremos —prometieron.

—No lo olvidéis —insistí—. Y pensad que vuestro señor ha de tener la comida caliente aunque llegue muy a deshora de la noche.

—No lo olvidaremos —repitieron.

—Volveré —dije.

—Nuestra señora volverá —dijeron.

Recordando aquello mi alma recorre, sigilosamente, todos los cuartos hasta llegar a aquél en que Gerard yace dormido. Pero ¿estará solo?

Mi alma, temerosa, se inmoviliza ante la puerta. Y un momento después regresa a la realidad. ¿Qué día me escribió Gerard? ¿Lleva fecha la carta?

No estoy segura. Salto del lecho y abro el cajón del secreter. Rompo el sello de lacre que puse. Leo las palabras con que la carta comienza:

«Recuerda que sólo te quiero a ti...».

Inclino la cabeza y lloro. ¿No es bastante que él haya escrito esas palabras? ¿Qué importa, pues, que duerma solo o no?

Doblo la carta, vuelvo a sellarla y otra vez la guardo en el cajón.

No puedo volver al lecho. Cuando una mujer queda viuda por hecho natural, ¿morirá la pasión en ella? ¿O seguirá el cuerpo sufriendo y clamando por lo que está sepultado en la tumba?

Pero Gerard no ha muerto. Vive y no sólo vive en mi memoria. Está allí, en nuestra casa. Va a ella por las noches, come, duerme, despierta y vuelve a salir. Contempla la misma luna que yo contemplo desde mi dormitorio. Paréceme sentir el contacto de su cuerpo, y mi sangre enloquece. Le deseo, le ansío, le busco, porque sé que vive y no está muerto. Y él debe saber lo que siento y comprender que me encuentro sola, junto a la ventana, contemplando la luna que se alza sobre las brumas de primavera... Y recuerdo...

Porque fue en esta misma casa donde por primera vez consumamos nuestro eterno amor. Lo escribí en mi Diario. Nunca dije a nadie nuestro celestial secreto, ni él tampoco. Estoy segura.

Y dice que me quiere. Que me quiere sólo a mí, ocurra lo que ocurra. A nadie ha debido de contar nuestros secretos. Quizás erróneamente, celebro que ello haya sido así. Porque Gerard, siempre sensitivo en extremo, se sentía obsesionado por un extraño terror en los primeros días de nuestras relaciones, cuando apenas me hablaba si quiera de amor. Temía, sin duda, que me ofendiese el contacto de su carne china. Porque en verdad a veces parece más chino que americano.

Una vez indignada exclamé:

—¡Qué incompresiblemente necio eres, cariño mío!

Yo le dedicaba nombres afectuosos mucho antes de que él comenzase a hacerlo. Y

cuando principió a imitarme le resultaba difícil y por supuesto jamás lo hacía en presencia de terceros.

Recuerdo la mirada que entonces se pintó en sus graves ojos.

—Podría —dijo— vivir sin tu amor, pero no después de haberlo conseguido. Y por eso no me atrevo a pedirte que nos casemos.

Yo grité impetuosa:

—¡Te querré siempre!

Él adujo:

—No se sabe. Nunca se puede estar seguro. La carne tiene su propia voluntad.

Hablábamos así en una noche como ésta, una noche de luna... La primavera llegaba retardada aquel año. Nos habíamos entretenido bajo los árboles y procurando mantenernos alejados de mi madre. Hacía frío. Él se quitó su gabán y me lo puso sobre los hombros. Y caminé a su lado, protegida por él...

—Quien no tiene seguridad de tu cariño, eres tú y no yo —repuse.

Y en seguida pensé cómo podría cerciorarle de mi afecto.

—Si piensas que no te quiero y lo atribuyes a alguna razón misteriosa que yo no conozco —dije—, veámonos esta noche. No nos ocultemos nada el uno al otro. Asegurémonos de nuestro amor antes de casarnos.

Se estremeció. Comprendí que se sentía asombrado y emocionado a la vez.

—No puedo hacer eso —repuso.

Llegó junio antes de que se mostrara dispuesto a acceder. Ya se había doctorado en Harvard. Mi madre presenció la ceremonia y yo me sentía entusiasmada al ver los honores que mi novio recibía. *Summa cum laude*... Las palabras repercutían interminablemente en mi corazón. Mi madre le acogió con más cordialidad que hasta entonces lo había hecho cuando él, aún con toga y birrete, se acercó a nosotras. Me pareció que no podía haber hombre más guapo que él. Por el momento toda su reserva se disipó. Triunfal y feliz alargó las manos y cogió las de mi madre y las mías.

—Gracias por su asistencia —dijo—. Sin ustedes nadie de la familia habría venido. Me hubiera sentido muy solitario.

—Le felicito —dijo la madre.

—Gracias.

—Es justo.

Y le apretó la mano mientras yo le besaba en la mejilla. Era la primera vez que lo hacía delante de mi madre. Él se ruborizó, miró a mi madre y sonrió viendo que ella no me censuraba.

Aquella noche cenamos juntos los tres en un restaurante chino de Boston. Gerard había encargado la comida ya, y mi madre condescendió en probar un plato exótico tras otro. Yo comí de todo, todo me gustó, y Gerard rió. Comprendí que me quería aunque no saliese de su habitual reserva.

Al día siguiente nos acompañó hasta casa, en la que nos hallamos de noche los

tres. Me acuerdo de que hacía una noche muy clara y de que el aire era fresco y puro como sólo puede serlo el aire de las montañas. Mi madre dijo que se sentía muy fatigada y se acostó temprano. Gerard y yo permanecimos en la terraza que mi padre mandó construir el verano anterior a su muerte. Comencé a hablar de él a Gerard, sin saber el motivo.

—Hubiera deseado que le conocieses —dije.

—¿Por qué? —preguntó Gerard.

Y su mano, firme y fría, apretaba la mía, siempre mucho más ardiente y más apremiante.

—Porque hubiera sido conveniente que mi padre conociera al hombre que va a ser mi marido —repuse.

Hablaba con atrevimiento, más sabía lo que deseaba y no ignoraba el amor de Gerard. No podía comprender que no me hubiera propuesto todavía que nos casásemos, pero tiempo había para hacerlo, puesto que los dos estábamos enamorados.

Permaneció un rato en silencio, con mi mano entre las suyas. Luego se levantó del banco en que nos sentábamos, me atrajo hacia sí y me besó como no me había besado hasta entonces.

Me desprendí del apasionado beso.

—Estamos prometidos —susurré.

Me estrechó entre su brazos.

—Si estuviera seguro...

Un silencio solemne pareció descender sobre la noche. Los dos callábamos. Volvimos a sentarnos. Se adensaban las tinieblas. Y él me habló de Pekín, y de su niñez allí, y al fin —y por primera vez— de su madre.

No había sido —afirmó— una mujer muy bella. Su rostro era feo, pero en conjunto poseía una gran gracia de porte y movimientos. Sus manos eran muy delicadas y siempre fragantes. Recordaba el aroma que despedían cuando le acariciaba las mejillas.

—Las mujeres chinas no besan a sus hijos como las europeas —explicó—. Cuando son pequeños, los manosean y los huelen. Y cuando crecí mi madre me pasaba por la cara sus manos finas y suaves.

Pregunté:

—¿Quién era? ¿Y cómo conoció a tu padre?

—Sin tener certeza de ello —respondió él—, creo que mi padre sufrió un desengaño amoroso. La mujer americana con la que iba a casarse se negó a acompañarle a China, o bien se lo prohibieron sus padres. Y, no sintiéndose con fuerzas para desobedecerlos, rechazó a su novio. Él, resentido, fuese solo a China y vivió allí diez años. Luego ya sabes cómo son los chinos...

Se interrumpió.

—¡Qué tonterías digo! ¿Cómo vas a saber tú nada referente a los chinos? El caso

es que allí se supone que todo hombre y mujer deben casarse, porque así lo ordena el Cielo y porque no puede haber pueblo sano y feliz donde hombres y mujeres no están sanos y viven felices. Así que los amigos chinos de mi padre le persuadieron de que se casara, y su mejor amigo, mi actual tío, Han Yu-ren, le ofreció por esposa a su hermana. De este modo ella se convirtió en mi madre. No era joven ya. En cierta manera podía ser considerársela viuda, ya que el hombre a quien estaba prometida murió una semana antes del matrimonio. De haber mi madre sido una mujer menos independiente, creo que habría seguido la tradición y no se hubiera casado nunca. Incluso pudo hacerse monja.

Pregunté:

—¿Y no le pareció mal casarse con un americano?

—Eso fue lo que más atrajo a mi padre —contestó Gerard—. La mayoría de las mujeres chinas no aceptan por esposo a un extranjero. Cualquiera otra hubiera gritado y llorado, y dicho que los extranjeros eran velludos y que olían mal, y que en la intimidad resultaban repulsivos.

Calló. Yo interrogué:

—¿Conocía tu madre ya a tu padre?

Me fascinaba la imagen de aquella china que había sido madre de Gerard.

—Una vez que mi padre visitaba a Han, ella le vio en el vestíbulo. Mi padre no reparó en ella, que salió de allí inmediatamente.

—Tu padre era muy buen mozo —dije acordándome de que él me había enseñado una fotografía suya.

—Sí.

—¿Y fueron felices los dos? —persistí.

Él meditó.

—Felices hasta cierto punto. Era imposible ser desgraciado con mi madre. Nunca estaba alegre, pero nunca triste, y dondequiera que aparecía, imponía el orden en todo.

Exclamé:

—¿Tan importante es el orden?

Porque no soy ordenada por naturaleza. Me parece que hay cosas más importantes que el hecho de tenerlo todo en su sitio.

Gerard repuso:

—No hay dignidad en la vida cuando falta el orden.

Estábamos hablando despaciosamente, pensativos, con las manos entrelazadas. Estaba muy alta la luna y recortábanse, nítidos, bajo el cielo, los contornos de las montañas. Y mientras nuestras mentes erraban más allá del mar, sabíamos ya lo que la noche nos reservaba.

Gerard es un hombre que habla menos cuando más intensamente siente. Pero las características de su silencio, la luminosa expresión de sus ojos, la sofrenada suavidad de su voz hacen comprender la profundidad de sus emociones.

Oímos el viejo reloj del vestíbulo al dar las doce. Nos levantamos y subimos la escalera. El cuarto de los invitados se encuentra en el rellano donde acaba la escalera. Nos detuvimos.

Reinaba gran quietud en la casa. La puerta de la alcoba de mi madre estaba cerrada. El cuarto de invitados se encuentra en el rellano donde acaba la escalera. Nos detuvimos.

—Dejaré abierta mi puerta —dije con voz apagada.

Me tomó entre los brazos y me besó de nuevo, pero no apasionadamente, sino con gentileza y ternura. Con una profunda ternura. Luego entró en el cuarto de invitados y cerró.

Yo pasé a mi alcoba y cerré también, mientras procuraba prepararme. Una serena felicidad me invadía. Comprendía ya por qué el matrimonio implica un sacramento.

Me bañé, peiné mi larga cabellera y me puse una bata de noche, blanca. Luego abrí la puerta. La suya seguía cerrada. Senteme en el profundo alfeizar de la ventana y, esperando, contemplé las montañas que nos rodeaban.

Habría transcurrido una hora cuando percibí los pasos de Gerard en el pasillo. Me volví y le vi en el umbral. Llevaba una bata china, de seda azul. Me tendió los brazos y yo me precipité en ellos.

A veces, en las noches de invierno, me entretengo leyendo una novela mientras Rennie lucha con sus libros de estudio. Las novelas describen repetidamente lo físico entre la mujer y el hombre. Cuando leo esas descripciones me asombran su monotonía y su poco interés. Para ciertos autores el hecho de amarse puede ser incluso una cosa sin significación alguna.

Me maravilla semejante degradación. Pero comprendo que un amor así es degradante porque los que lo comparten están degradados. En ocasiones me pregunto si, de no casarme con Gerard, no hubiera caído yo misma en esa cadena sin fin de la repetición uniforme, hasta que lo que es el fenómeno más sublime de la Humanidad, puesto que produce su comunión y su creación, se hubiese convertido en la prisión de un acto puramente físico.

Agradezco a Gerard el haberme salvado de semejante abominación. Comprendo ahora la expresión desolada que se lee en los ojos de tantas y tantas mujeres. Porque es el hombre, mucho más que la mujer, el fautor principal de que el momento de su unión resulte horroroso o bellísimo. Cuando una mujer acoge al hombre con entusiasmo y es correspondida con egoísmo y prisa, queda en aquel mismo momento humillada. Se ha utilizado como si fuese una mera vasija de arcilla. Y la mujer, además de barro, es también espíritu.

No sé quién enseñó a Gerard tan alta verdad, pero la conocía cuando vino a mí. Acaso su madre se la explicara. Entre los dos debió de existir un vínculo muy nítido y claro, que a mí se me escapa, porque le perteneció a ella.

En la mente de Gerard no ha existido nunca confusión alguna entre la función de la esposa y la función de la madre. No buscaba en mí arrumacos maternos, ni, a través de ninguna concepción freudiana, me amaba porque había amado a su madre. En él no existían represiones. Creaba la relación entre nosotros con delicada destreza, experimentando y haciéndome experimentar un placer en ella. No puede describirse cómo lo conseguía. Basta que lo recordemos él y yo. Cuando Rennie se case me consideraré obligada a explicarle la responsabilidad que contrae ante la belleza.

Aquella noche, tan lejana ya, cuando Gerard entró por primera vez en mi alcoba, llegaba aureolado de belleza y belleza fue lo que me transmitió. La belleza que forma la fibra de lo verdaderamente romántico y noble. Y así continuó durante los años que vivimos juntos. Me convirtió en su eterna enamorada, nunca con prisa y siempre con

ternura. Ahora que él me falta, algo suyo me queda: la remembranza de nuestro mutuo amor.

Pero no debo insistir en mis añoranzas, porque acabarían siéndome insoportables. De haber muerto Gerard, su recuerdo sería todo lo que de él me quedara. El don habría sido entregado plenamente y la vida podría darse por conclusa. Pero Gerard vive. Y puesto que vive, es preciso que viva yo también, unida a él por mis evocaciones como por un cordón que nos impide separarnos. Mas, como nos separan ahora el espacio y el tiempo, ha de llenarse el tiempo y de ocuparse el espacio.

Me congratula que ya la pulpa esté a punto para ser recogida, porque no me queda otra opción que la de estar ocupada. Rennie ha obtenido permiso de unos días en el colegio. Como tiene muy buenas calificaciones, puede descansar un poco, lo que permitirá al profesorado atender a los alumnos más torpes.

En resolución, Matt, Rennie y yo trabajamos con todo ahínco del alba al anochecer. Por la noche me acuesto tan fatigada, que ni siquiera sueño.

Hoy se me ocurrió cortarme el pelo. Lo tengo muy largo y, trabajando al aire libre, las horquillas no bastan para sostenerlo y me cae sobre el rostro y la espalda.

Rennie protestó en seguida.

Yo insistí.

—¡Me cortaré esta inutilidad! —grité, asiendo con las dos manos las crenchas de pelo de un rubio pajizo y retorciéndolas.

El viento llevó aquellas palabras hasta Rennie, que se había alejado un tanto. Púsose las manos ante la boca, como si fueran un megáfono, y vociferó:

—¡No harás tal cosa!

Cuando, más tarde, entramos a almorzar, le pregunté por qué le parecía mal que me cortase el pelo, y se limitó a responder que no le gustaban las mujeres con la cabellera corta.

—Yo no soy una mujer. Soy tu madre.

Él rió.

—Tampoco me gustan las madres con el pelo corto —repuso.

Me pregunté si Gerard reiría tan espontáneamente cuando era mozo. Nadie puede decírmelo y nunca lo sabré.

Me extraña pensar en lo sinuoso que resulta en sus caminos el corazón humano. Apenas había escrito en mi Diario las palabras anteriores, recordé que estaba vivo el padre de Gerard. Él recordará cómo procedía su hijo. De esta ocurrencia dimanó en mi mente un plan inmediato, que, por lo pronto que lo acepté, debía de estar preparado previamente en algún recoveco de mi conciencia.

En cuanto terminen las operaciones de la zafra, Rennie y yo iremos a visitar al padre de Gerard. Mientras llevábamos los cubos a la parte alta de la plantación, dije a Rennie (y esto sucedía al día siguiente de adoptar mi decisión):

—¿Te gustaría, Rennie, que visitásemos al abuelo McLeod y le rogáramos que viniese a vivir con nosotros? Otro hombre en la casa siempre...

Rennie repuso:

—Creo acordarme algo de él.

El padre de Gerard marchó de Pekín antes de que entrara los japoneses. Comentó sencillamente que no podía tolerar semejante cosa y adquirió pasaje en el primer buque que zarpaba a San Francisco. Y de allí se dirigió a una pequeña población de Kansas llamada Little Springs.

No tengo la menor idea de cómo vive ahora. Nos escribió una vez, poco después de nuestra llegada a Vermont, y nos pidió noticias de Gerard. Le di las que pude. No me contestó.

Interpelé otra vez a Rennie.

—¿Qué me dices?

—Tengo que pensarlo.

Este muchacho por lo prudente, no parece mi hijo en muchas cosas. En todo caso no posee mi clase de prudencia, manifestada a veces en cosas minúsculas. Rennie es cauto y previsor. Piensa cualquier asunto antes de decidirse, pero, una vez resuelto, se entrega plenamente a lo decidido.

Pasaron los diez días mientras él pensaba. En la época de la zafra los días son a la vez muy largos y muy breves. Se trabaja de firme, desde luego, pero nosotros en eso somos afortunados. Mi padre hizo tender dos conductos para el zumo en medio de la plantación, y esos conductos convergen en tres tuberías principales. En virtud de la ley de gravedad, el zumo, siguiendo la inclinación del terreno, llega solo a un ingenio pequeño, pero moderno, construido en el fondo del valle y, no lejos de nuestra casa. Mientras yo me desarrollaba e iba al colegio, mi padre dedicaba su habilidad a tareas como la mencionada. Y ahora Rennie y yo, con la ayuda de Matt, producimos el azúcar con la mitad de trabajo que nuestros vecinos. Éstos lo ven, se maravillan, reflexionan y dedican elogios a mi padre, pero ninguno imita su ejemplo. Siguen llevando el jugo en cubos, como sus remotos antecesores. Esto me había indignado siempre, hasta que la vida en Pekín me hizo comprender el valor que tienen los antepasados en una familia. Me complace mucho que, gracias a su abuela paterna, Rennie tenga una genealogía de más de mil años a sus espaldas. Yo no puedo mencionarle sus antepasados ingleses, ni en mujeres ni en hombres, hasta más allá de doscientos años.

En los días calurosos y soleados fluye continuamente la pulpa hasta el edificio del ingenio. Rennie y Matt se ocupan en los trabajos exteriores y yo a los obradores. También tenemos que efectuar el ordeño. Generalmente comemos fiambres o de lo que tenemos preparado y almacenado, sin cocinar apenas. Todo se reduce a calentar al fuego el contenido, guardado en botes de cristal, de lo que cosechamos en verano y otoño.

No tenemos tiempo ni para hablar, porque nos acostamos inmediatamente después de la cena. Las mejillas de Rennie están arreboladas por el aire y las mías por la lumbre. Nos las untamos de aceite, para suavizarlas, nos retiramos y nos dormimos

enseguida.

Hoy ha vuelto el tiempo frío y los conductos se han helado. Una profunda capa de nieve cubre los caminos. Rennie y yo podemos descansar. Matt ha bajado al ingenio. Estamos desayunándonos en la cocina. Es sábado y Rennie, por primera vez en muchos días, ha cogido un libro.

Le interrumpo:

—¿Has pensado, Rennie, si te agradaría que tu abuelo viniese a vivir con nosotros?

Rennie, sentado en el hueco de la ventana con los pies pegados a la pared, se llevó el libro al pecho y alzó la vista.

—Lo he pensado —repuso— y me agradaría que viniese.

¡Cómo se ve que es hijo de Gerard! Ha pensado en silencio y, comprendiendo que la idea es buena, resuelve aceptarla.

Después de fregar los platos subí al otro piso para resolver qué dormitorio puede convenirle al abuelo.

La casa es demasiado grande para nosotros. Mi padre tenía la obsesión de la amplitud. Quería disponer de muchas estancias y que ninguna fuese pequeña. Así, nos legó mansión bastante para una familia con una docena de hijos. Construida de piedra y madera, mira al mediodía y al paisaje del valle. Todos los veranos alguna persona de Nueva York o de Chicago me ofrece un buen precio si le vendo la casa. Me han hecho propuestas que me permitirían no tener que depender de la zafra del azúcar. Pero siempre me he negado a vender.

Mientras recorro el ancho pasillo del piso superior, reflexiono acerca de los diferentes cuartos. Acaso elija el del rincón, orientado al Sur y al Este. Rennie ocupa el del Sudoeste, porque los días de vacaciones o sin clases le agrada levantarse tarde y que no le despierten los rayos del sol.

Pero los viejos no suelen dormir hasta muy tarde. Por lo tanto, el cuarto indicado es éste. Se trata de una alcoba cuadrada, como todas las de aquí, con cuatro ventanas con burlete y una chimenea entre las dos que miran al Este. Los alfeizares son muy anchos y bajos, permitiendo utilizarlos como asientos, y el pavimento es de anchas planchas de madera de pino. Las paredes están cubiertas de papel de desvaído color rosa.

Y eso es todo. Mi madre escogió este cuarto para ella misma cuando se sintió vieja, y allí continúan sus muebles de madera de castaño y estilo victoriano, así como las cortinas fruncidas que ella misma hizo y puso en los ventanales. El lecho resulta absurdamente grande, la cabecera muy alta y el tablero de los pies muy sólido. En resumen, un buen cuarto para un caballero de edad.

Hay también una mesa de escritorio. Mi madre hizo llevar allí la escribanía de mi padre. Aún me parece verla escribiendo cartas, con todos los papeles ordenados en sus respectivos sitios. Mi padre siempre lo tenía todo en desorden. Será grato ver otra vez a alguien ante la vieja mesa...

Luego me enfrento íntimamente conmigo misma. Quiero que venga el padre de Gerard para que él y yo podamos hablar de su hijo. Necesito conocer acerca de él muchas cosas que todavía no conozco. Creía conocerle en cuerpo, mente y corazón, pero eso era cuando vivíamos juntos y le veía con los ojos físicos. Mas ahora sólo me quedan los de la evocación, y hay mucho que no conozco porque no lo veo, o que no veo porque no lo conozco. Y alguien me lo ha de decir, ya que sé que si no acabará paralizándose mi corazón.

No podemos partir hasta termina la total recolección del azúcar. Y he aquí que la ha interrumpido una tormenta de nieve. En marzo, promediadas las tareas de la zafra, encapotose un día repentinamente el cielo y se cubrió de apretadas nubes, muy bajas, que se resolvieron en una cálida lluvia. Temimos que el zumo dejase de fluir y pensamos que a nosotros y a la vegetación nos había engañado un ficticio adelanto de la primavera.

De pronto helados vientos soplaron desde el Canadá y la lluvia se heló en árboles y arbustos. El jugo parecía quedar asegurado; pero en cambio, los ventarrones quebraron muchos troncos en los plantíos. Por la noche, insomne en el lecho, yo percibía el crujido de las ramas al romperse. Sonaban secamente, como tiros de fusil, y me parecían casi tan amenazadores aquellos ruidos como si fuesen detonaciones.

A la mañana del otro día el sol volvió a brillar, y Rennie y yo recorrimos la plantación para computar las pérdidas. De los extremos de las ramas rotas pendían carámbanos que, al fundirse al sol, derramaban estérilmente su dulzura sobre la tierra.

Aborrezco las pérdidas inútiles. Y con aquello no sólo perdíamos nosotros, sino los troncos que laboriosamente recogieran calor durante todo el verano. El caliente sol del verano crea en los planteles almidón y el sol poco ardiente de la primavera transforma el almidón en azúcar, para beneficio de la vegetación y nuestro.

Rennie me recordó que los troncos azucareros son prudentes y procuran no rendir nunca todo el azúcar que almacenan.

—Al menos podemos gozar la belleza de este espectáculo —comenté. Estábamos parados en lo alto del monte, detrás de la casa, y contemplábamos el resplandeciente paisaje.

Escenas y sucesos tales me impresionan y no puedo dejar de consignarlos por escrito.

Seis semanas de arduo trabajo nos habían valido un centenar de galones de ambarina y transparente miel de meple que más tarde, tras las operaciones de recalentado, había de convertirse en azúcar.

Doy mucha importancia al color del azúcar. El primer zumo obtenido es el más dulce y mejor. La zafra debe suspenderse cuando los retoños comienzan a hincharse. El jugo de última hora es espeso y fuerte y no produce buen azúcar.

Cuando los retoños principiaron a hincharse en abril, dije a Matt que tendría que efectuar él solo los trabajos de arado de primavera. Podía también contratar a Juan Stark, que vive en el valle, para que le ayudara. La razón era que Rennie y yo nos

íbamos a Kansas. Prometile volver antes de que empezase a germinar la sementera.

Para preparar a Matt indiqué:

—Acaso venga mi suegro con nosotros.

Matt no habla sino por precisión absoluta. Me miró con el rostro inexpresivo.

—Usted no le conoce —proseguí—, pero es viejo, está solo y puede que se quede a vivir con nosotros.

En el terroso rostro de Matt se pintó una rara mueca. Por lo visto, no creía que Gerard viviese. O eso me figuro, al menos.

—Ya conocía usted a Gerard —añadí.

Y era cierto, Matt ha trabajado aquí desde que tengo uso de razón.

—He olvidado cómo era —repuso.

Abrí el cajón de la mesa y le mostré una fotografía de mi marido, puesta en un marco. Por las noches, mientras Rennie estudiaba y yo cosía, solía sacar el retrato y tenía la impresión de que éramos tres en la velada.

De día, al revés, me es insoportable contemplar la fotografía, que me recuerda que Gerard se halla a miles de millas de distancia, allende el más extenso océano del Globo. Pero por las noches parece acercarse más. Le veo sentado en nuestra casa de Pekín, pensando en nosotros, como deseo que piense, según en él pienso yo.

—Éste es Gerard —dije a Matt.

Tomó con las dos manos la fotografía y contempló la faz de mi marido.

—Tiene muy buena apariencia —comentó discretamente.

Me devolvió el retrato y se alejó.

Al menos Matt sabe ahora que Gerard vive. Y lo contará al resto de la gente del valle, con lo que cabe que disminuya un tanto la reserva con que me tratan. Mi abuelo no pertenecía a la comunidad tradicional del valle y mis padres eran casi advenedizos. Por lo tanto, mientras yo viva no debo esperar que se me considere como una auténtica nativa del valle. Acaso haya quién sospeche que Rennie tampoco va a ser uno de ellos.

En abril, con las hojas de los arces en flor, Rennie y yo emprendimos nuestro viaje. Discutimos la posibilidad de ir en coche y rechazamos la idea. Era preferible el tren. Mejor y más rápido. Y también más cómodo para el viejo que nos acompañaría al regresar. Porque, si yo podía, haría que se uniese a nosotros. Sólo su voluntad le impediría entrar en el seno de la familia, y entrar de un modo directo.

Procuré redibujar la imagen del abuelo ante los ojos de Rennie a medida que transcurrían los días, pero en realidad aquella imagen estaba confusa en mi propia mente. Yo la veía siempre a través de la pantalla de mi amor por Gerard. Soy una de las pocas mujeres afortunadas que se han casado con su primer amor. No recuerdo antes otro alguno. Juan Burroughs dice que el primer amor es como el primer jugo desprendido de la caña de azúcar. «Siempre será lo mejor, siempre lo más pleno, siempre lo más dulce, y tendrá una pureza y delicadeza de sabor y aroma que superarán en mucho todo lo que venga después».

Mientras llanuras y montañas corrían ante las ventanillas del tren, dije a Rennie:

—Tu abuelo es alto, delgado y de apariencia muy aristocrática. Recuerda que procede de Virginia. Es asombroso que se casara con una china.

Rennie hizo un ligero movimiento de repliegue sobre sí mismo. Noto que ahora no le gusta hablar de su antepasada china. Es posible que los prejuicios del colegio empiecen a influir en él. En ese caso, el padre de Gerard me ayudará a transformarle.

—Tu abuelo tiene el cabello y los ojos negros como tu padre —proseguí—, aunque probablemente tendrá ya el cabello como la plata. —E insistí—: ¿Es posible que no le recuerdes?

Rennie se obstinó:

—No le recuerdo nada en absoluto.

Tampoco se acuerda de nuestra vida en Pekín. No quiere ser más que americano.

—Cuando veas a tu abuelo, le recordarás —aseguré.

Pero distaba mucho de tener tal certeza.

El paisaje volaba ante las ventanillas. Algún día me propongo viajar sosegadamente por los lugares que ahora recorremos tan de prisa. Me gustaría detenerme en todas las aldeas y en todas las ciudades, y errar por los caminitos comarcales que ahora perdemos de vista en un momento. Deseo experimentar la impresión de que mis raíces calan hondo otra vez en esta tierra.

Anoche, en la cama, descorrí la cortinilla y miré el contorno, iluminado por la luna. No sabía dónde estábamos, ni en qué distrito, ni en qué Estado si quiera.

No conozco nada más que el mío, y tiene unos límites tan extensos, que hasta puedo sentirme extraña dentro de él. No censuro a Gerard por no retornar, a menos que le destierren.

La última noche que pasamos en el hotel de Shanghai me deshice en sollozos sobre su pecho.

—¿Por qué no vienes conmigo? —pregunté—. ¿Dónde estarás mejor que con tu mujer? ¿Hay aquí algo o alguien que ames más que a mí?

—No hay nada ni nadie —respondió—. Pero considera, Eva, que si salgo ahora de China, ya no volveré nunca. Y yo soy extranjero en América.

Exclamé:

—¡Si vas a tenerme allí!

—Aunque te tenga allí —repuso con gravedad.

Recuerdo todo lo que él me decía, y no de una manera continuada, como en la evocación corriente. Es distinto. Sus palabras de entonces me parecen interpoladas con el presente que vivo. Y así, a medianoche, contemplando el país sobre el que corremos con celeridad vertiginosa, me siento extranjera aquí y recuerdo las palabras de mi marido.

Hallamos al padre de Gerard. Vivía solo en lo que es poco más que una cabaña, al extremo de una barriada de casitas de un solo piso, en una población del occidente de Kansas. Little Springs no llega a ser una ciudad. Se encuentra en una zona de meseta, a mitad de camino de las montañas.

No nos costó trabajo encontrarle. Preguntamos por él en la estación y allí todos parecían conocerle y le mencionaban de un modo respetuoso en el que parecía latir una íntima duda.

—¿McLeod? ¿Es ese señor anciano?

Tal dijo un hombre que estaba en la taquilla de billetes. Iba en mangas de camisa y hablaba con la boca llena de tabaco de mascar.

Nos encaminó al extremo de una larga calle. Recorrida una milla, encontramos la morada del padre de Gerard. Una morada sin pintar, consistente en una sola habitación.

La puerta estaba abierta, aunque aquí suele hacer frío incluso en abril. El anciano se hallaba sentado a una mesa de madera sin desbistar, vestía una túnica china, forrada, y leía en aquel momento un libro chino. Al vernos se levantó, y siguió en pie, sonriendo. Llevaba la barba crecida y el cabello muy largo. Nunca hasta entonces había reparado yo en lo mucho que se parecía a Gerard, pese a sus cabellos de plata. Está delgadísimo y tiene los ojos muy grandes. Me precipité hacia él y le abracé.

—Baba, ¿por qué vive usted aquí?

Yo le llamaba siempre Baba. Resulta más sencillo que decir papá o padre.

Oyéndome, se fijó en mí y me reconoció. No parecía sorprendido, cual si la escena no se le figurara anómala. No me abrazó, pero tampoco se desprendió de mi abrazo. Dijo, con un tono de voz ausente:

—Me puse enfermo en el tren donde viajaba. Me dejaron aquí y aquí por fuerza tuve que quedarme. Además, no existe razón alguna para yo viva en un sitio con preferencia a otro.

¡Cuán egoístamente vivíamos Gerard y yo en Pekín aquellos peligrosos días que precedieron a la guerra! No desconocíamos nuestro egoísmo y, con todo, nos asíamos desesperadamente a cuanto significase una hora de felicidad. También es verdad que creíamos que cualquiera que llegase a América había llegado al cielo. Creíamos a Baba bueno y a salvo sencillamente porque había abandonado las turbulentas

provincias de China.

Recibimos algunas cartas de él. Todas eran afectuosas y tranquilizadoras, asegurándonos que no le faltaba nada y que había encontrado buenos amigos. Y acabamos olvidándole, preocupados por las guerras, peligros y otras inquietudes propias que nos asediaban.

Baba miró a Rennie. Me separé.

—¿No recuerda a su nieto? —dije.

El anciano extendió su mano, fina y grande, e hizo señas a Rennie para que avanzase. Mi hijo obedeció con timidez.

—¿Es el hijo de Gerard? —preguntó tímidamente el viejo.

—¡Por supuesto! —confirmé.

Y empecé a preguntarme si a mi suegro no le flaquearía un tanto la memoria. Claro que Rennie era un niño de seis años la última vez que le vio.

El abuelo murmuró:

—Bien, bien... Siéntate, siéntate. Y tú también.

Como no había dos asientos en la habitación, Rennie se acomodó en el borde de la mesa y yo en un taburete.

—¿Qué nos dice de su vida, Baba? —interrogué.

Contestó vagamente:

—Lo importante es que vivo. Me traen comida y una mujer me limpia la casa y me lava la ropa. La gente de este sitio es muy agradable.

—Pero el dinero...

—No lo necesito.

Ni siquiera sabe dónde está. Abandonó el tren cuando se le acabaron los fondos y alguien le permitió ocupar esta casa, sin duda dependencia de otra, grande, que se alza a media milla camino arriba.

Baba añadió:

—No obstante, tengo dinero.

Abrió el cajón de la mesa y sacó de él un paquete envuelto en un fragmento de seda china. El envoltorio contenía cinco billetes de a dólar.

Rennie y yo nos miramos. Si alguna duda albergábamos, estaba disipada. Necesitábamos llevar urgentemente al abuelo a nuestra casa. De Little Springs sale cada día un tren en dirección al Este y otro hacia el Oeste.

—¿Ha almorzado, Baba? —pregunté, mientras pensaba que, de darnos prisa, aún podíamos coger el tren del Este.

—Creo que sí —repuso.

—¿Qué ha comido usted?

Levantose lentamente, se dirigió a una antigua nevera que había en un rincón y la abrió. Miré y distinguí una botella de leche a medio vaciar, una pastilla de manteca, tres huevos y una pequeña empanada de la que se había cortado un trozo.

Volvimos a sentarnos. Rennie, más allá de la puerta, dirigía la mirada a las

llanuras.

—Vayámonos cuanto antes —dijo.

Me volví a Baba.

—¿Quiere venir a vivir con nosotros?

El anciano, que se había vuelto a sentar a la mesa, cerraba cuidadosamente el libro chino.

—¿Tienes realmente interés en que vaya a vuestra casa? —inquirió.

—Muchísimo interés.

—¿Dónde está Gerard?

—Continua en Pekín.

—¿Volverá?

—Así... así lo espero.

Rennie dijo:

—Ahí viene alguien.

Aquel «alguien» era un hombre. Andaba a grandes zancadas y llegó a la puerta en un instante. No era precisamente joven ni tampoco maduro. Tenía los hombros cuadrados, el cabello terroso y el cutis, curtido por los vientos del Oeste, del mismo matiz que la cabellera.

Dijo con voz recia:

—He venido a ver lo que había. Suelo atender a mi buen vecino.

Pregunté:

—¿Es usted el propietario de esto?

—Sí. Es parte de nuestra finca. Mi padre poseía rebaños de ovejas y originalmente esta cabaña se destinó a cobijo del mayoral.

—Le agradezco mucho que haya dado albergue a mi suegro —dije.

Repuso con severidad:

—No sé qué pensar de personas que permiten a un anciano errar solo por el mundo.

Empecé:

—No teníamos la menor idea...

Me interrumpí. ¿Cómo explicar a un hombre de sentido al parecer tan recto que un anciano pudiera lanzarse solo a una aventura, llegar a un lugar no previsto y quedarse en él? ¿Cómo explicarle las cosas de Pekín y de China? Sería como tratar de describirle algún planeta distante.

—Ya le hemos encontrado —dije—, pensamos llevarle a casa.

Recordé que no me había presentado y rectifiqué el olvido.

—Me llamo la señora McLeod, mujer de Gerard McLeod. Y este muchacho es mi hijo Rennie.

—Yo me llamo Sam Blaine —contestó el hombre mirando a Rennie.

Imaginé sus pensamientos. Rennie le parecía diferente a nosotros. ¿Quién podía precisar las reacciones de aquellas gentes?

—¿De dónde son ustedes? —preguntó.

—Vivimos en Vermont.

—¿Y su marido?

Vacilé. Resultaría más fácil contestar que Gerard había muerto que explicar dónde estaba y por qué. Decir que mi marido había optado por quedarse en China bajo un Gobierno comunista, era tanto como exponernos a sospechas todos.

—Está en el extranjero —manifesté.

Sam Blaine se apoyó en la puerta y nos miró, pensativo. Después interpeló a Baba:

—Amigo, ¿conoce usted a esta señora y a este joven?

Baba asintió plácidamente.

—Son la mujer de mi hijo Gerard y mi nieto.

—¿Y va a marcharse con ellos?

—Sí.

—No vaya por la fuerza. Si prefiere quedarse, yo me encargo que no le falte nada.

Baba repitió:

—Quiero irme.

El hombre seguía dubitativo.

—Si usted lo desea...

—De darnos prisa, podemos alcanzar el tren de la tarde —dije.

—Los llevaré en mi coche —dijo Blaine—. El anciano tiene poco que llevar consigo. ¿Y el equipaje de ustedes?

Rennie repuso:

—Lo dejamos en la estación.

Sam Blaine indicó:

—Volveré dentro de un cuarto de hora.

Y salió.

Rennie se sentía acongojado. Miraba a su abuelo y no sabía si hablar o no.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—¿Va el abuelo a tomar el tren vestido con esa túnica china?

Baba contempló la prenda aludida.

—Es de muy buena calidad —dijo—. La compré en Pekín. La seda se conserva bien, y en conjunto es una vestidura caliente y cómoda.

Rennie exclamó:

—¡Mamá!

Calmé los ánimos.

—No llevaremos la túnica, desde luego, Baba —le prometí—. Pero convendrá que busquemos su chaqueta. A los americanos no les agradan las gentes que difieren mucho de los demás.

El anciano no alegó nada. Ya Rennie había levantado una cortina que ocultaba un hueco al parecer destinado a guardarropa. Y sacó de allí la americana de color gris

oscuro con que el abuelo había salido de Pekín, así como el gabán negro que Gerard le comprara en la sastrería inglesa del antiguo Barrio de las Legaciones.

Todo parecía poco usado. Evidentemente Baba había prescindido de aquellas prendas hacía mucho, para atenerse a su túnica china, que al separarse de nosotros colocó tan cuidadosamente dentro de las maletas.

Dejó que Rennie le encajara el traje gris y el gabán y le buscara su anticuado sombrero. Mostraba una apariencia encantadora. Nada le conturbaba. Es, sin duda, un hombre gentil y obediente. Y muy suave.

¿Estará algo trastornado? No puedo decirlo. Ni siquiera sé a ciencia cierta si sabe lo que le sucedió cuando vino a dar a este rincón del mundo. En todo caso, se entregaba sin resistencia a nuestras manos.

Fragores y polvaredas ante la puerta señalaron el regreso de Sam Blaine. Yo había preparado ya la maleta. Rennie condujo a su abuelo hacia el coche. Sam Blaine saltó al camino, con diestro movimiento de sus largas piernas. Y en medio minuto nos encontramos en el coche, corriendo a toda velocidad y dejando detrás nubes de humo. El vehículo era monstruoso, pintado de amarillo y rojo, muy espacioso y tan cómodo como un lecho.

—En mi vida había visto un coche así —dije a Sam.

Me había sentado a su lado. Baba y Rennie ocupaban los asientos posteriores.

—Está hecho de encargo —repuso Sam Blaine—. Me lo hicieron a mi gusto.

Y seguía corriendo. Callé. Nunca me acostumbraré a la velocidad. Años enteros de viajar en *rickshaws* y carros de mulas han reducido, quizá permanentemente, mi concepto del tiempo.

Llegamos a la estación a tiempo de alcanzar el tren. Baba, ayudado por Rennie y Sam Blaine, subió los estribos.

—Adiós, señora —despidiose Sam Blaine mientras me estrechaba fuertemente la mano—. Le agradeceré que me escriba dándome noticias del anciano.

—Lo haré —le prometí.

El tren empezaba a ponerse en movimiento. El mozo del vagón me empujó hacia arriba y cerró la puerta. Baba, Rennie y yo nos acomodamos en el departamento. Experimenté una impresión de dolor físico y no tardé en saber dónde lo sentía. Era la mano, que tan fuertemente me estrechó Blaine.

Matt ha estercolado el jardín y arado los campos. Este año me propongo tener en la finca pastos permanentes. Creo que sólo así se puede compensar la corta cantidad de forraje que la temporada normal proporciona en nuestras montañas. Hace cien años los hombres labraban campos entre las rocas y los sembraban de cereales, con el resultado de que al cabo del tiempo las tierras se tornaban infecundas. Dicen los anales que una vez se congregaron dieciocho mil personas en las laderas del Monte Stratton para oír hablar a Daniel Webster. Dudo de que hoy pudieran juntarse ni mil ochocientas aunque el mismo Daniel Webster se levantase de la tumba.

Las gentes de entonces, con sus hijos y demás descendientes, han abandonado estos parajes y viven ahora en lugares muy apartados. Han emigrado en busca de hogar, como yo regresé para encontrar el mío.

Comienzo a presentir que nunca volveré a mi antigua casa de Pekín. Ha de dejar de existir para mí, aunque continúe en pie como ha existido durante siglos y siglos. Una casa con un recinto rodeado de tapias, y en ellas una puerta de pesado cedro, con sólidos quicios y goznes de bronce. Y mi amor sale y entra por aquella puerta, pero mi lugar en la casa ha quedado vacío para siempre.

Las raíces que allí eché deben secarse. He vuelto a la tierra de mis antepasados. Me pregunto sin cesar si debo leer a Baba la carta de Gerard, para que sepa lo que a él y a mí nos ha pasado. Pero en seguida reflexiono que, por ahora al menos, no puedo soportar la carga de compartir mi secreto con nadie.

No, hoy no puedo hacerlo. Es el aniversario de nuestra boda, día quince de mayo... He pasado el tiempo en el campo, sembrando lo que espero que trueque en permanente forraje. Entre tanto, Matt limpia el cobertizo y ordeña las vacas. Y mientras trabajaba, no he dejado de recordar.

Hace veinte años que Gerard y yo nos casamos, sin aparato, en el salón principal de la casa. Sólo asistieron a la boda mi madre y el hermano y la cuñada de Gerard.

Cuando fui a China con Gerard me sumí de lleno en su inmensa y soñadora vida. Me sentí allí a gusto, como todos se sienten. No sé por qué ocurre así. Son muchas las personas que van a Pekín por una temporada y se quedan para toda la vida.

Gerard procuraba explicarme todo lo que yo no comprendía y me traducía las palabras de las gentes con las que nos cruzábamos en las calles. Y como nada le era extraño a él, nada tampoco me era extraño a mí.

Reflexiono que ahora todo debe de haber cambiado, incluso en aquella ciudad eterna. El largo sueño de centurias ha pasado y una terrible energía posee a la gente. Nadie puede tener interés en verme allí. No, aunque me quieran. Porque no acierto a creer que mi amiga y vecina Sumei, que vivía pared por medio de nosotros haya dejado de quererme y de recordarme en su corazón. Evoco los días en que cuidábamos a nuestros hijos, y hablábamos, y reíamos, y nos decíamos la una a la otra lo que habíamos pagado aquel día en el mercado por el pescado, la fruta y los huevos.

Ni creo que la anciana señora Li haya dejado de apreciarme. ¡Cuántas veces me hacía sentarme a su lado para tener, afirmaba, el placer de suavizar sus manos con las mías!

Eran buenas amigas. Las sigo teniendo por tales y de fijo ellas piensan lo mismo. Como Gerard me dice en su carta, también me dirían de seguro que seguirán estimándome pase lo que pase. Sí, pero...

¿Cómo puede haber peros donde el cariño continúa? Ésa es una pregunta a la que no puedo responder. Y el silencio se extiende entre nosotros...

Cuando llegué para hacer la cena, Baba tomaba el sol del atardecer en la terraza de la cocina. Viste a diario su túnica chinesca, habla pocas veces y se pasa el tiempo leyendo viejos libros chinos.

No sé qué pensar de él. El doctor Bruce Spaulden, médico de nuestro valle, asegura que mi suegro ha debido de sufrir alguna fuerte impresión, o un ataque cerebral acaso, cuando se hallaba solo en su choza de Little Springs.

Yo inquirí, la primera vez que se me insinuó tal posibilidad:

—¿Y puede suceder una cosa así sin que nadie se entere?

Bruce Spaulden es un buen hombre y un buen médico. Tiene gran estatura, las facciones acusadas y la expresión sincera. No puedo definirle mejor porque no le conozco bien. Rennie y yo nunca estamos enfermos y no necesitamos de sus servicios.

—Sí, pueden suceder cosas así —repuso con vivacidad—. Y nada podemos hacer. Siga usted cuidándole como hasta ahora.

—¿Nada más?

—Es lo único.

Spaulden es persona poco comunicativa. Nunca parece tener prisa. Vino a examinar a Baba a petición mía, porque yo no acabo de comprender a este viejo que he traído a casa.

No parece que el hombre que recuerdo como padre de Gerard. En Pekín, Baba acreditaba la mente ingeniosa, cultivada y atractiva de un auténtico intelectual. Cuando vivía en su casa, con Gerard, yo me sentía a la vez encantada e intimidada por él. Todo parecía saberlo y aclaraba cuanto ignorábamos con una naturalidad que nunca parecía condescendencia. Poseía esa sutil suavidad, flexibilidad y madurez que China presta a todos los que penetran en su espíritu.

La primera noche que pasamos en Pekín, pregunté a mi marido:

—Gerard, ¿cómo me las ingeniaré para complacer a tu padre?

Gerard repuso:

—No necesitas complacerle, querida. En primer lugar, él, a su manera, simpatiza con todo el mundo. En segundo, le agradas mucho porque no eres orgullosa. Él tampoco lo es. Habéis de aceptaros tal como sois.

Baba conserva aún hoy esa naturalidad y su innata cortesía. Sin decir una palabra,

está enseñando a Rennie buenos modales, que el muchacho empezó a olvidar desde que se matriculó en una escuela americana. Baba, por ejemplo, nunca se sienta a la mesa hasta después de haberme sentado yo. Siempre que sale a dar uno de sus cortos paseos hasta el ingenio, me lo avisa, y también me informa de su regreso en cuanto se encuentra en la casa.

Le place caminar lentamente a la sombra de los arces y de los helechos que medran, jugosos, al pie de las arboledas. Matt y Rennie se encargan de quitar los yerbajos y los helechales fingen ya una alfombra de verde jade.

Baba me cuenta todas las cosas menudas y bonitas que ha visto, y eso constituye la base de nuestras conversaciones. Rennie ahora suele llegar tarde, porque se ha inscrito en el equipo de béisbol del colegio. Mientras le esperamos, Baba se sienta a mi lado, en la cocina, y los dos hablamos.

Mas ¡cuán diferente es su charla de la que yo le conocía! No se expresa de un modo pueril, pero algo ha huido de él. El antiguo y centelleante ingenio se ha apagado y la mente reposa.

Es muy dulce y amable en todo, no se queja de nada y facilita la convivencia de cualquiera con él. No muestra nostalgia de su antigua vida. Conoce, de un modo u otro, aquello que no volverá. Se limita a aceptar el plan cotidiano.

Y ni siquiera tengo la certeza de que sepa dónde está. A veces parece olvidar incluso quién soy yo. Mira a Rennie de vez en cuando con extraña reflexibilidad, pero nunca dice nada. Me parece que en ocasiones se pregunta si el muchacho es Gerard, o el hijo de Gerard, o acaso un desconocido.

Sería cruel enseñarle la carta de Gerard. No lo haré.

Hoy, después de cenar, Rennie salió con sus amigos al cine. Es sábado y se lo permito, tanto más cuanto que las notas escolares de Rennie son excelentes.

Baba y yo nos quedamos solos. Encendí la lámpara. Mientras él permanecía hundido en un sillón, yo me apliqué a hacer punto.

Y mientras preparaba un chaleco rojo para Rennie, no podía dejar de pensar en Gerard. Nunca, en los años transcurridos desde nuestra separación, transcurrió un aniversario de nuestra boda sin que él me escribiese. De una forma o de otra se arreglaba para hacerme llegar la misiva por vía Hong-Kong. Todas las tengo arriba, en una cajita de madera de sándalo. Y otros años yo las releía en conjunto, animada por la fe de que algún día habíamos de reunirnos. No sé si tendré valor para hacer lo mismo esta noche.

Baba no pronuncia palabra si no hablo yo primero. Permanece inmóvil, mirándome con sus ojos pacientes. Y hoy, no pudiendo soportar el silencio, inicié la plática.

—Dígame, Baba: ¿recuerda usted cuándo se casó con la madre de Gerard?

El viejo no pareció impresionado. Dijérase que en aquel mismo momento estaba pensando en su difunta mujer.

—La recuerdo —dijo—. Se llamaba Ai-lan. Tenía el sobrenombre de Han. Era

una buena mujer y una buena esposa.

—¿Cómo se casó con ella?

Meditó. Tenía en los ojos una expresión difusa.

—No puedo precisarlo —contestó al fin—. Yo era entonces consejero del emperador joven. Mi amigo Han Yu-ren me propuso casarme con Ai-lan, que era su hermana y mucho más joven que yo. Pero él me creía muy solitario.

Pregunté:

—¿Y usted se sentía solo?

Reflexionó.

—Supongo que sí. De lo contrario, cabe suponer que no me hubiera casado.

—¿Estaba usted enamorado, Baba?

Otra pausa. Le miré. Era un espectáculo impresionante el de aquel anciano sentado en el antiguo sillón, de oscuro cuero, de mi padre. La luz de la lámpara daba de lleno en su vistosa bata china de seda, de color carmesí. Tenía cruzadas las manos sobre las rodillas y sus blancos cabellos y barba brillaban, mientras en sus pupilas se pintaba una expresión confusa. Estaba haciendo un esfuerzo para pensar.

—No se preocupe de lo pasado, Baba —dije—. Hace tanto tiempo.

Repuso:

—No se trata de que quiera ocultarte nada. Es que estoy procurando recordar. Creo que sí, estaba enamorado. Pero no de Ai-lan, sino de otra. Y esa otra es la que intento traer a mi mente.

Yo, a sabiendas de la inutilidad de la pregunta, dije:

—¿Era una mujer china?

—No.

—Pues ¿qué era?

—No puedo recordarlo.

—¿Y su nombre?

—Se me ha olvidado también.

¡Asombroso! Se me cayó la labor de las manos. ¡Haber estado enamorado y llegar a olvidar el nombre de la persona amada! ¿Era posible que esto ocurriera? Acaso un día Gerard en Pekín, llegara a olvidarse hasta de mi nombre.

Baba seguía luchando por evocar sombras del pasado. Habló de nuevo.

—Sí, yo me sentía muy solo. Creo que se debía a que la mujer cuyo nombre he olvidado no correspondía a mi amor. Sí, esto es positivo. Yo amaba a alguien que no me quería a mí.

—¿Le propuso casarse?

—Me parece que sí. Pero no estoy seguro. En todo caso, me sentía muy abandonado y cuando Han Yu-ren me dijo que tenía una hermana soltera, me pareció bien casarme con una mujer china. Hasta pensé que ello me sería útil en mis relaciones con los chinos.

Reanudé mi labor.

—Resulta extraño que una china estuviese sin casar.

—Sí, se casan muy jóvenes. —Y Baba agregó, con naturalidad—: Había estado prometida para casar, pero su novio murió a destiempo. Creo que durante una epidemia de cólera. Yu-ren me dijo, si no me engaño, que ello había sido cuando su hermana era muy joven todavía. Debía tener unos quince años.

—¿Sí?

—Sí. De eso estoy seguro. Ai-lan tenía veinticinco años cuando nos casamos y yo había cumplido treinta.

Expuse:

—Es raro que consintiese Ai-lan en casarse con un extranjero.

Yo había logrado abrir una puerta en la cerrada mente de Baba. Y resolví explotar mi ventaja fundándome en razones puramente egoístas. Deseaba conocer espiritualmente a la madre de Gerard. Baba, antaño, nunca hablaba de ella. Ni siquiera tenía un retrato suyo en la casa de Pekín. Y a Gerard tampoco le gustaba hablar de su madre. La quería mucho, casi hasta el dolor, de una manera que yo no podía comprender.

Nos circuía la quieta noche de Vermont. Una noche tibia, callada, sin luna. En nuestro valle, el mes de mayo se manifiesta cálido o frío, pero aquella noche se manifestaba claramente cálido.

Yo había cerrado las ventanas, pero no para defendernos del frío, sino para impedir que las libélulas acudiesen a la luz. La casa estaba en silencio. Todos los trabajos del día habían terminado.

Yo no sentía barrera alguna entre Baba y yo. Y él, que no la sentía tampoco, hablaba con la encantadora espontaneidad de un niño, ora expresándose en inglés, ora en chino. Resultaba extraño y delicioso escuchar los líquidos tonos del antiguo lenguaje pequinés en aquella habitación tan distante de China.

¿Qué habría pensado mi madre? Pero ¿con qué interés hubiera mi padre atendido! Ninguno de los dos, empero, hubiese entendido palabra.

Mas yo sí, y me alegré de haber aprendido el chino. Las horas invertidas con el señor Chen, el profesor que me buscó Gerard, quedaban bien compensadas aquella noche.

Y poco a poco Baba fue contándome su historia, mientras se sentaba en el viejo sillón, unas veces con los ojos fijos en mi rostro y otras en el hueco de la ventana.

Los hechos fluían de sus labios a medida que su memoria iba recobrando vida y la claridad, y Baba se convertía en otro hombre. No era el penetrante intelectual y el distinguido caballero de Virginia que yo había conocido como padre de Gerard, sino un pobre anciano que revivía trabajosamente un puñado de los años floridos de su mocedad.

Él y la madre de Gerard se habían casado según los antiguos ritos búdicos. La familia de la novia, aunque confuciana y escéptica por educación, volvía a las tradiciones budistas en ocasiones solemnes como el nacimiento, la muerte o el

matrimonio.

Pregunté a Baba:

—¿No tuvieron los padres de la novia inconveniente en aceptar a un americano?

Los padres de Ai-lan habían muerto y el hermano mayor, Han Yu-ren, era el jefe de la familia. Al principio no consiguió persuadir a su hermana, que se miraba ya como una viuda y consideraba poco casto casarse en su situación. Incluso había pensado hacerse monja budista, como tantas mujeres jóvenes de las familias distinguidas de China, pero su mente, lúcidamente agnóstica, se lo había vedado. No estaba dispuesta a ceñir su vida a un ritual en el que no creía. No obstante, llevaba prácticamente la vida de una monja mientras vivía en casa de su hermano Han, continuando sus estudios.

Le interrumpí:

—¿Era bonita, Baba?

Meditó un rato.

—No.

—¿No?

—No, no lo era. Sin embargo, había ocasiones en que se aproximaba a la belleza.

—¿Qué veces eran ésas?

La pregunta rayaba en descocada, porque bien podía esa belleza manifestarse sólo en los momentos de amor.

Baba no se impacientó. Repuso, siempre del mismo modo tranquilo:

—Era bella, por ejemplo, cuando leía las antiguas poesías que tanto le gustaban. Entonces resultaba una delicia mirarla.

—¿Además...?

—Además tocaba muy bien el laúd, que acompañaba con su canto. Tenía una voz muy dulce y melancólica. Cuando tocaba por las noches, siempre acababa teniendo que secarse las lágrimas. Yo no sabía por qué lloraba.

—¿Y después del nacimiento de Gerard fue feliz?

Una expresión vagamente turbada pasó por el rostro de Baba.

—No sé si lo que sentía puede llamarse felicidad. Cambió mucho.

—¿En qué?

—Dejó de leer poesías y de tocar el laúd. En cambio, empezó a interesarle mucho la marcha de la revolución.

—¿Es posible?

—Sí. Hasta entonces no le habían importado los asuntos políticos. Ni recuerdo que leyera ningún periódico hasta después del nacimiento de Gerard. Pero sé que desde entonces comenzó a leer libros muy distintos a los de antes. Y también revistas. De una manera indirecta se sentía partidaria de Sun-Yat-sen. Recuerdo que llegamos a reñir por ello.

Dije:

—No le imagino riñendo con nadie, Baba.

No me oyó, o no quiso hacerme caso, y prosiguió:

—A mí no me agradaba Sun-Yat-sen. Desconfiaba de él profundamente. Hay que tener en cuenta que yo era por entonces consejero del Trono. Creía que la forma más antigua de gobierno era la mejor. Además, Sun no tenía una preparación fundada en el conocimiento de los clásicos. Sólo había asistido a escuelas misioneras.

Me sorprendió oír hablar a Baba con tan buen juicio. Una parte del hombre conocido antes reaparecía ante mí.

Dejé la labor y escuché con atención.

—De suerte que ella y yo diferíamos de criterio político —siguió explicando Baba—. Ai-lan, mujer educada en las antiguas tradiciones, se tornaba de pronto una persona distinta a aquella con la que yo me había casado.

—¿En qué?

—En muchas cosas. Como dama china que era, nunca había salido de casa. Y después, como un niño cuando empieza a tener años, no hacía más que andar de un lado para otro. Cuando yo le preguntaba dónde iba, respondíame que a una u otra reunión política. Y así fue como supe que le gustaba oír a Sun-Yat-sen. Le dije que aquel hombre era un advenedizo, hijo de un hombre campesino. Y ella me contestó con injurias.

—¿Injurias?

—Me acusó.

—¿De qué, Baba?

El anciano me miró patéticamente. Le temblaba el labio inferior.

—De que, por ser extranjero, no deseaba que triunfara la revolución china. Afirmaba que quería sostener al emperador y al Trono para seguir gozando de mi salario.

—¿Qué dijo usted?

—Que estaba dispuesto a dimitir inmediatamente mi puesto.

—Entonces...

—No valió de nada. Me acusó de atenerme a mis ideas por amor a mi país. Y añadió que dos razas antagónicas como las nuestras no debían mezclarse nunca. Afirmó que yo no era leal más que a mis convicciones y cosas propias. Hasta entonces siempre se había mostrado dulce y bondadosa, pero en aquellos instantes se reveló indigna y ruda. Añadió que yo no la había amado nunca.

¡Aquella era la razón del cambio! Me hice cargo de todo, porque para algo soy también mujer. Ai-lan amaba y sabía que no la amaban, y por eso abandonaba su casa en busca de algo que pareciera ofrecerle confortación. No tuve corazón para decir a Baba que no sabía cómo somos las mujeres... o que lo había olvidado.

—¿Y todo eso fue consecuencia del nacimiento de Gerard?

Movió la cabeza.

—No lo sé.

Yo sí lo sabía. El corazón de una mujer china había despertado al ver a su hijo.

Había dado a luz un niño medio blanco, ignorando hasta entonces su destino. ¿Dónde estaba el lugar del niño?

De ir a la tierra de su padre, ella se quedaría sin amor. Tenía que permanecer en su país, y para que Gerard ocupase en él un puesto adecuado, ella debía conseguirle uno.

Sin duda yo describo esto muy crudamente. Ai-lan no lo hubiera dicho, ni quizá pensado de igual manera. Sin duda imaginaba que lo que hacía era por patriotismo. Escuchaba los argumentos manidos: que su pueblo había sido insultado, que su tierra estaba amenazada por los extranjeros... Pero me consta que todos esos argumentos son especiosos. Todo lo que efectuamos, lo hacemos en virtud de secretos impulsos personales, y esto puede aplicarse a cualquier país donde residan hombres y mujeres.

Ai-lan no deseaba más que conservar a su hijo. Y comprendí la tela de araña que desde entonces procuró tejer en torno a Gerard.

Baba había callado.

—¿Qué pasó después, Baba? —le pregunté.

Suspiró mientras yo recomenzaba mi labor de punto. Siguió callado un rato. Comprendí que se le nublaban las ideas. Su mente comenzaba a traicionarle. Pero yo necesitaba imperiosamente seguir conociendo aquella historia.

Dije, pues, con tanta suavidad como pude:

—¿Cuántos años tenía Gerard cuando murió su madre?

Baba habló con repentina prontitud, sorprendiéndome tanto que volví a dejar caer la labor.

—No murió, la mataron.

—¡Cómo!

Nos miramos fijamente el uno al otro. En los ojos de Baba brillaba una expresión terrible, que no era de disgusto ni de vaguedad. Estaba horrorizado.

—Conste que se lo advertí —dijo.

Temblaba de tal modo, que se advertía el entrecocar de sus rodillas bajo la seda de la bata.

—Le dije que yo no podría salvarla si insistía en el camino emprendido. Se había trocado en revolucionaria.

—Eso...

—En revolucionaria de acción. No era simplemente una patriota más. Se convirtió en afiliada militante de los revolucionarios.

—No es posible, Baba.

—Sí, sí...

—¿Y cómo?

—Empezó haciéndose amiga de la esposa de Sun-Yat-sen. Las dos pasaban juntas horas y horas, a veces en mi misma casa. Tuve que terminar prohibiéndolo.

—Lo comprendo.

—Yo sentía temor por Gerard y por mí. Le dije: «Si quieres reunirse con esos traidores...».

—¿Eso dijo?

—Traidores fue la palabra que empleé. «Si quieres reunirse con esos traidores, Ai-lan, no lo harás en mi casa ni en presencia de mi hijo». Entonces ella recogió sus cosas y me contestó de un modo...

—¿Cómo?

—Diciéndome: «¡Tu hijo!».

Me parecía percibir las palabras de la mujer china con tanta claridad como si estuvieran sonando en el cuarto donde nos sentábamos. A una distancia de miles de millas, transcurridos no sé cuántos años, yo oía con toda nitidez aquella frase.

—¡Oh, Baba!

—Tras aquello salió de mi casa y no volví a verla más.

—¿La mataron entonces?

—Entonces, no. Fui a buscar a su hermano, que era muy amigo mío, y los dos emprendimos su busca. Han, como te harás cargo, estaba enteramente a mi lado. Me pidió perdón por haberme propuesto la boda con su hermana. La trató con duros epítetos y censuró su proceder. Manifestó que pensaba borrar su nombre del libro genealógico de la familia. Con todo, al cabo fue él quien la encontró. Pero no quiso decirme su paradero, observando: «Es mejor que no lo sepas». Entendí muy bien su significado. Se había unido a los revolucionarios. Estaba con ellos en el Sur, donde sostenían la guerra. Ella y la mujer de Sun-Yat-sen eran como hermanas.

—¿Y no volvió Gerard a verla nunca?

Lo dije porque, durante todo el tiempo que Baba empleaba en hablar, yo no había dejado de pensar en Gerard. Y le adivinaba creciendo, solo, en aquella casa china, al lado de su padre. Pero soñando, como yo suponía, con su madre. ¿Qué niño no sueña con ella?

Y recordé mi caso. Cuando terminé los estudios del colegio pasé un año de aprendizaje de puericultura en un orfanato de Nueva York especialmente dedicado a las muchachas. Allí se alineaban camitas y cunas de niños abandonados. De día jugaban y a veces reían, pero de noche solían despertarme con el doloroso acento de su llanto. Mi estancia estaba en otro pabellón y no tenía deberes nocturnos que cumplir, ya que los niños estaban a cargo de una enfermera especializada. Pero no por ello dejaban de despertarme. En ocasiones, un niño murmuraba «mamá» y veinte o treinta más despertaban y repetían idéntica expresión:

—Mamá, mamá...

Y sus llantos llenaban el aire de la noche, y despertaban otras salas llenas de niños abandonados y todo el edificio acababa estremeciéndose con las voces de niños apenados, que llamaban a madres que habían olvidado o quizá ni siquiera conocido.

¿Quién podía mitigar tales penas? Abandoné mi empleo y me alejé de semejante ambiente. Pero nunca pude olvidar a aquellos niños llorosos, que soñaban en sus madres desconocidas. Y el niño que había sido Gerard, solo en la casa donde su madre le dejara con su padre, parecíame que ocupaba un lugar análogo al de aquellos

otros niños llorosos.

Baba dijo, como respondiendo a mi muda pregunta:

—Gerard veía de vez en cuando a su madre. Ella se mostró muy correcta en ese sentido. No podía verle secretamente, puesto que había abandonado mi casa, pero en ocasiones preguntaba, a través de su hermano, si Gerard podía ir a visitarla.

—¿Y no se negaba usted?

—Al principio, sí. No quería que la mente de Gerard se contaminase. Así se lo dije a Han Yu-ren. No podíamos tolerar que se pervirtiese la mente del niño. Mas ella continuó siendo correcta. Dijo que no pensaba enseñarle nada y que yo debía ser quien le instruyese. Entonces permití que se vieran. Y ella iba a Pekín a veces para verle a él. Se reunían en casa de los padres de ella.

Pregunté:

—¿Por días o por horas?

—Unas veces por horas y otras por días, según Ai-lan consideraba que estaba obligada a los suyos. Porque ellos eran siempre antes que nada.

Mucho debía de haberlo sentido el pobre niño. ¡Con lo sensitivo que es Gerard! Ni creía que yo le quisiese antes de casarnos, ni después de casados admitía que fuera verdad, y yo tenía que probarle que sí porque él era digno de amor. Y eso muchas y repetidas veces. Incluso tuve que recurrir a fingir que estaba celosa, como cuando nos invitaron a un baile en una Legación, el último invierno que pasamos juntos.

Yo dije:

—¿Verdad, Gerard, que no bailarás más que conmigo?

Él se puso encarnado.

—No seas boba —dijo.

Pero ignoraba que yo no tenía celos. Estaba segura de él porque estaba segura de mí. Nada me importaban las bellas muchachas extranjeras que pudiera haber en un baile diplomático.

No, no estaba celosa. Reconocía que Gerard era lo bastante apuesto para producir celos en cualquier mujer. Pero él es mío. Ni siquiera temo la competencia de las mujeres chinas modernas, con sus ropas largas y rectas. Y aun hoy me agrada recordar que no temía a ninguna, aunque era emocionante ver cómo a él le impresionaba la idea. Le quería y le quiero mucho, pero sé que, espléndido y magnífico como es, tiene mucho de cándido.

Baba seguía hablando.

—No me agradaba que el niño quisiera seguir viviendo en la casa materna. Luego no volvía a mí con mi agrado. Pensaba que en casa de su madre le daban dulces y que los criados y parientes de poca monta le mimaban en exceso. Ya sabes lo que pasa.

Yo lo sabía de sobra: las antiguas familias chinas adoran a los hijos varones. En los niños creen encontrar la fuente de la vida eterna. Así los halagan y los tratan como a seres extraordinarios. Los absorben en un océano de amor que tiene siglos de existencia. Sólo los muy fuertes o muy independientes saben salir de eso y

convertirse en seres con vida propia. Creo que mi primera hija hubiera estado en ese caso de haber sido un niño. Pero no lo era. La llamamos Ruan. Siempre he procurado no pensar en ella. He visto muchos niños pero ninguno como ella. Gerard era lo bastante chino para que yo leyese la decepción en sus ojos cuando, al llegar a la clínica donde yo estaba, halló que su primer vástago era hembra. La niña yacía acurrucada en mi brazo. ¡Cómo recuerda uno los pormenores más tontos!

Dije a Gerard:

—Aquí tienes a tu hija.

Yo me sentía muy feliz en aquellos días. Me satisfacía mi vida, mi marido, mi casa, la ciudad de Pekín y el país de China.

Gerard se sentó en el borde del lecho y examinó gravemente a la niña. Yo notaba que hacía todo lo posible para encubrir su desilusión.

—Es muy pequeñita —dijo.

Me enojé.

—No tanto, Gerard. Pesa ocho libras. Y además es muy inteligente.

—¿Inteligente? —murmuró él, mirando la faz de la niña dormida.

—Sí.

Yo cedía en todo cuanto hablaba con Gerard, pero no estaba dispuesta a ceder en cosas de mi hija. Porque la veía bella, fuerte e inteligente. Y así continuó siendo hasta que murió a la edad de cinco años.

Pero no era cosa de pensar en eso el día que se cumplía el aniversario de mi boda.

Recogí la labor.

Baba —dije—, está usted algo cansado. Más vale que se acueste. Ya seguiremos hablado de eso otra vez.

—No he terminado —dijo.

Y, como no se movió, yo esperé.

—No te he dicho cómo mataron a la madre de Gerard —manifestó.

No, no me lo había dicho... Me pareció que aquella muerte iba a transcurrir, recordada, como en sueños. Notaba los dilatados ojos del viejo dirigidos a la ventana, su nariz afilada y blanca, sus labios temblorosos.

—Le pegaron un tiro —dijo.

Temblaba de pies a cabeza. Era algo insoportable.

—No me lo diga, Baba, ni piense en ello.

Continuó como si yo no hubiese hablado.

—El año mil novecientos treinta, en la ciudad de Nankín fue detenida por orden de la Policía secreta del Gobierno nacionalista. Entonces vivía sola y no en compañía de la señora Sun. No había acompañado a los demás en la larga marcha que emprendieron. Por razones que nunca he sabido, la dejaron en la ciudad. Acaso se sirvieran de ella como espía. No lo sé. Pero una fría madrugada de principios de primavera la sacaron de la cama, y, vestida con sus ropas de dormir, la llevaron a la Torre del Tambor, la pusieron de espaldas a la pared y, sin vendarle los ojos, la

fusilaron.

No hubiera querido preguntar más. Pero no había otro remedio.

—¿Cómo lo supo usted, Baba?

—Tenía una sirvienta de confianza. Y ella me lo notificó. Su señora le había encargado que me avisase.

Se extinguió lentamente la voz del anciano. Toda su figura parecía haberse encogido. No había más que decir. Sus párpados se entornaron.

—Venga, Baba —dije—. Está usted rendido.

Le llevé a su cuarto, le acosté y esperé a que se durmiera.

Quisiera haberle preguntado otra cosa. Y era si Gerard conocía la forma en que había sido muerta su madre. Creo que lo ignoraba. Acaso no fuera necesario preguntarlo. Los chinos se lo cuentan todo unos a otros. ¿Quién puede guardar un secreto en China? Incluso si no hubiese hablado Baba ni con la vieja sirvienta, otro lo hubiera hecho. Gerard debía estar enterado.

Ayer recibí respuesta a la pregunta no formulada. El cartero trajo una revista con sellos chinos. Tres cubrían las tapas. Yo no había visto hasta entonces aquellos nuevos sellos comunistas. Uno era anaranjado, otro de color púrpura y otro azul. En cada uno se representaba la faz de un hombre joven. Uno era un maquinista, otro un soldado y otro un campesino. No venía nombre en la faja. Sólo se leía: P. O. B., número 305, Pekín (China).

Supe en seguida que la revista provenía de Gerard. En cuanto la abrí, vi que estaba dedicada a un mártir de la revolución. Un mártir femenino. Había sido fusilada en Nankín el 15 de mayo de 1930. Se llamaba Han Ai-lan. Era la madre de Gerard. Se veía una fotografía suya en la cubierta.

La miré situándome junto a la ventana para verla mejor. El rostro, enjuto, es severo y sereno, los ojos grandes y brillantes, el cabello peinado hacia atrás, y los labios, acaso finos en la juventud, muy apretados. De aquel rostro parecía surgir la faz de Gerard. Las líneas de las facciones son las mismas.

Así he recibido respuesta a lo que no he preguntado. Gerard lo sabe todo. Es indudable que la vieja sirvienta le llevó un mensaje de su madre. Ésta debió de comunicar al hijo que iba a morir y cuál era la causa.

De modo que él lo sabía y lo recordaba. Él fue quien decidió el día de nuestra boda. El quince de mayo. No me explicó el por qué de su preferencia, pero ahora la comprendo. No ha podido escribirme, pero sí enviarme el retrato de su madre y la historia de su vida. No de la vida de aquella mujer como esposa y madre, sino como revolucionaria. A él la revista no le menciona para nada. Pero él desea que yo me haga cargo. Lo procuraré, amor mío...

No resulta nada fácil vivir sola, en calidad de mujer sin marido. Empiezo a sentirme dura. No soy lo suave que solía ser. El ejercicio diario del amor ha desaparecido y me siento como atrofiada. Me pregunto cuál será el caso de otras mujeres que, teniendo maridos, han dejado de tenerlos en sus brazos. Gerard vive. No lo he perdido. No ha muerto. No leo las Escrituras a menudo ni con regularidad, pero ahora necesito alimento moral y lo encuentro allá donde el espíritu del hombre ha depositado el fruto de su trabajo. Esta mañana, que no es por cierto Pentecostés, sino de primeros de junio y llena de vida, he contemplado el jardín ubérrimo, los árboles en plena floración, la hierba plenamente desarrollada. Mi sangre circula, fuerte y viva, por mis venas, y mi alma anhela una ayuda que la anime. Cojo el diminuto libro, encuadernado en piel, que contiene el Nuevo Testamento que fue de mi padre y al abrirlo topo con estas palabras: «Porque él no ha muerto, sino vive».

Basta con eso. He cerrado el libro y me he aplicado a mis tareas.

¡Bendito sea el intenso trabajo que siempre da la administración de una finca! Fui al establo y descubrí que mi mejor vaca, *Cecilia*, me había agasajado por la noche con un ternero. Madre e hijo estaban bien y *Cecilia* me miró con expresión comprensiva. Es una vaca de Guernesey, de hocico rosado, con la cara algo aplastada. Su figura es impecable dentro del tipo de las Guernesey. No se levantó al verme, sin duda considerando que ya había hecho bastante durante la noche. El recental es primoroso, con muy buenas líneas y arrogantes ancas. Me miró con cierta alarma, puesto que no me conocía, pero su madre le lamió, como para tranquilizarle. Ya se habían limpiado todas las huellas del nacimiento. *Cecilia* es entendida en tales materias. Le ofrecí, como presea, una papilla que Matt prepara para tales ocasiones, y la vaca la comió delicadamente, sin avidez, casi como si me hiciera un favor.

Salí muy animada, y no sólo por verme propietaria de un nuevo ternero. La vida fluye continuamente, pase lo que pase. Fui al huerto y me dediqué a quitar las malas hierbas, lo que es una de las tareas que más aborrezco. Pero como los hierbajos crecen, no hay más remedio que desarraigarlos.

Trabajé de firme todo el día, no interrumpiéndome más que para preparar el almuerzo de Baba y el mío... En días como el de hoy Matt almuerza en la terraza y Rennie, que está en las últimas etapas del curso, no viene a mediodía. En otoño irá al internado. No sé lo que eso será para mí. Temo lo sola que me voy a encontrar, pero

no me mortifico pensándolo de antemano. Además, vivo con Baba tan plácidamente como si fuésemos dos antiguos amigos...

Sólo que yo no lo soy. Anoche, cuando se alzó la luna nueva, no quise acostarme. Hoy Rennie ha salido. Me parece que está enamorado. Se puso el mejor de sus trajes —uno de color azul marino— con una camisa blanca y una corbata carmesí. Incluso se limpió sus zapatos del domingo. No sé qué novia tendrá. Habrá que esperar.

Baba se acostó temprano. Le gusta hacerlo hacia las ocho y media. Pero como entonces comienza en realidad la noche, yo salí a la estrecha terraza, bajo la luna, y me acomodé en una silla extensible. El aire es frío, aunque estamos en junio, y por lo tanto me envolví en un chal blanco y me puse a pensar en mi amado. No dejaré que mi amor muera mientras él viva. Me aliento, pues, de sueños. Si mi bienamado hubiese muerto, no podría soñar. Pero no estoy viuda. Mi amor vive.

Mi mente vuela, como un fantasma, hasta la ciudad donde él reside. Me deslizo mentalmente por las calles y llego hasta su puerta. ¡Cuántas veces he imaginado hacerlo en los años que llevamos separados! No son muchos —sólo cinco— y nada eterno hay en nuestra separación. En cualquier momento él puede volver a mi lado. Y, si lo hace, no le formularé una sola pregunta. Le abriré los brazos y le recibiré en ellos. Si llegamos a viejos nunca le formularé la interrogante que me corroe el corazón. Bastará con que él vuelva.

En el cielo flota la luna. Recuerdo una noche de verano, en Pekín. Nos hallábamos en el patio que mira a Oriente. Nuestra casa había pertenecido antaño a un príncipe manchú, no de primera estirpe, sino segundón. La mansión no era tan grande como para llamarla palacio, pero sus propietarios la amaban y habían procurado llenarla de pormenores de belleza. Así, las puertas que comunicaban un patio con otro estaban trazadas en forma de media luna, con quiciales de azulejos, de intrincado dibujo. En el patio oriental había un estanque de lotos; un bosquecillo de bambúes en miniatura encubría la tapia. La calle estaba al otro lado de la casa y en el patio reinaba una gran quietud.

Por aquel patio se llegaba a nuestro dormitorio. El lecho chino, muy grande, se apoyaba en la pared. Al principio, estando recién casados, me quejaba del lecho, que me parecía muy duro. En realidad se reducía a un armazón de madera con un entretejido de algodón a guisa de colchoneta. Me gustaban sus cortinillas de seda rosadas, sujetas por garfios de plata a la estructura superior del dosel, pero aborrecía el colchón. Gerard reía y alegaba que a mí me placían las bellezas de la vida China, mas no sus aspectos duros. Yo respondía que no había que dormir sobre madera pudiendo tener un colchón de muelles. ¿O es que la comodidad constituye un pecado?

—En este caso no es pecado, sino incoherencia —repuso él.

—¿Sí?

—Claro. Hemos de ser una cosa u otra.

Yo me negué a reconocer semejante punto, puesto que era fácil tener lo mejor de

una cosa y de otra. Y entonces Gerard, cuando fue a Tien-tsin a encargar suministros para el colegio, que entonces empezaba su curso, me trajo un colchón americano de muelles. Y los dos nos reímos mucho cuando yo le insistía en que confesase que dormía así mucho mejor y él se obstinaba en afirmar que le gustaba la dureza de las camas chinas.

En aquellos días Gerard y yo reíamos por cualquier cosa. No recuerdo que él riese nunca, ni siquiera con Rennie ni con sus discípulos ni con Baba. En esto no se parecía a sus amigos chinos, gente que ríe fácilmente y con toda espontaneidad. Pero Gerard es grave, incluso sombrío. Cuando se siente así, suele guardar silencio. Yo en tales momentos procuraba animarle, pero no conseguía hacerle hablar. Sólo el amor, un franco amor físico promovido por la mente y por el alma, le hacía volver a mí. Y hoy, sentada sola en la terraza, yo experimentaba la impresión de tenderle los brazos, por encima del ancho mar...

Cuando llegó Rennie a medianoche, me encontró sentada todavía en la terraza.

—No estarás esperándome, mami... —dijo.

Este muchacho se americaniza cada vez más. El nombre de madre o de mamá, en los que tanto insistía Gerard, ha quedado reducido al de *mami*.

No dije nada. Inútil querer imponer la sombra de un padre cuando la sustancia falta.

—No —repuse—. Estaba pensando en tu padre y preguntándome lo que hará esta noche. Seguramente estará trabajando.

A esto se ha quedado limitada la sustancialidad de que hablé. Rennie no contestó. Encendió un cigarro lentamente, no sin cierta prosopopeya. Sé que fuma y él ya sabe que no lo ignoro, pero ésta es la primera vez que lo hace en mi presencia.

—Hazme el favor de un cigarro —pedí.

Se mostró sorprendido. Me sentí un poco divertida. Tendiome el paquete.

—No sabía que fumaras —dijo mientras me encendía el cigarrillo.

—Y no fumo —contesté—. Pero, puesto que tú parece encontrar placer en ello, ¿por qué no he de probar a encontrarlo yo?

Se mostró confuso. Sospecho que le quité el contento que pudo experimentar con el tabaco. Acaso sea necesario para los jóvenes encontrar algunas restricciones en la vida. Me parece que no les complace la libertad absoluta que modernamente les concedemos. Así no hallan nada en que ensayar su fuerza de voluntad.

Rennie tiró muy pronto el cigarrillo. Yo terminé el mío por completo.

—No veo gran satisfacción en esto —dije—. Creí que era otra cosa.

—Hay que tragar el humo.

—Cuando tenga tiempo, lo intentaré.

La luna estaba muy alta y era como una esfera de oro blanquecino en un pálido cielo sin estrellas. Rennie se tendió en la hamaca y se puso las manos detrás de la cabeza. Le oí suspirar.

—¿Cuántos años tenías cuando te casaste, mamá?

Tal me preguntó.

—Veintitrés años, hijo. Me había licenciado en el colegio el curso anterior.

—Ya estabas bastante crecida.

—No lo representaba —afirmé—. Tu padre y yo fuimos novios durante un año.

—¿Por qué no os casasteis antes?

¿Es lícito revelar ciertas cosas a un niño? No obstante, Rennie, cuyo rostro se recortaba bajo la luna, no tenía los perfiles de un niño. Este año ha crecido tres pulgadas y media. Ya es tan alto como Gerard. Sus huesos tienden a endurecerse y sus facciones a acusarse. Cuando surgen estos signos externos de masculinidad, corresponden sin duda a análogos cambios interiores.

Expliqué:

—Tu padre temía que no me gustase China. Además, deseaba cerciorarse de que yo iba a amar lo que de chino había en él. Hasta entonces no quería casarse.

—Pero...

—Pero exigía tiempo. Tu padre no cedió de una vez.

Nuestro hijo reflexionó.

—¿Y qué tiene mi padre de chino?

—¿No lo sabes?

En realidad yo misma no sabía qué contestar.

—No. Ni siquiera le recuerdo con suficiente claridad.

—Pero, Rennie, si tenías doce años cuando dejaste de verle...

—Ya lo sé. Debería recordarle. Pero no lo consigo, e ignoro por qué.

La razón es muy sencilla: no quiere acordarse de su padre. Pero no puedo decírselo. Sería acusarle, y no debo hacerlo. Puedo aprovechar esta oportunidad para ayudarle a recordar.

—De su aspecto no te habrás olvidado.

Rennie dijo a regañadientes:

—Sí. Parece chino.

—Ya ves cómo le recuerdas. En efecto, parece chino, pero cuando está entre chinos parece americano.

—Mas aquí parecía chino del todo.

—¿Y qué? Los chinos son muy apuestos, especialmente los chinos del Norte, donde residían tus abuelos maternos. ¿Recuerdas a tu tío Han Yu-ren?

—No.

Acaso esto sea verdad. A Han Yu-ren dejamos de verle muy pronto. Colaboró con los japoneses y cuando los chinos reconquistaron la ciudad, desapareció. Rennie no lo ignora.

—No quisiera que pensases que tu tío fue un traidor. Estoy segura de que creía hacer lo mejor que podía hacerse. Acaso de no ser por él Pekín hubiera sido destruido. Yo comprendo muy bien que en tiempos de guerra, cuando el enemigo nos invade y traspasa nuestras puertas, haya muchos patriotas que prefieran ceder por el momento, con tal de asegurarse la posesión eterna de su nación. A China la han salvado muchas veces patriotas así. Piensa en los conquistadores mongoles, piensa en los manchúes... Los hombres como Han Yu-ren parecen someterse a la voluntad de esos vencedores. Pero los vencedores pasan y China permanece. Recuerda siempre

que Pekín no resultó destruido.

Rennie no adujo nada. Escuchaba, como suelen hacerlo los jóvenes, en silencio. Nunca se comprende qué piensan en esos momentos los mozos hasta que se ve cómo viven en años posteriores.

Evoqué a la abuela de Rennie y madre de Gerard. ¿Debía hablarle del fin que tuvo la pobre mujer?

No, todavía no. Ya llegará tiempo adecuado. Entretanto, guardaré su secreto y la revista en que se conmemora su muerte.

Rennie, tras mirar largamente la luna, se volvió hacia mí.

—Interiormente, ¿qué es mi padre? ¿Americano o chino?

Respondí lo más verídicamente que pude.

—Resultaría difícil explicarlo. Yo misma me he hecho muchas veces esa pregunta. Yo creo que cuando siente en chino, es chino hasta la médula. Y en otras ocasiones, muy americano.

—¿Por ejemplo?

Rennie tiene la precisión mental de un hombre de ciencia. ¿Qué puedo contestarle? ¿Cómo hablarle de las horas en que Gerard y yo no éramos otra cosa que hombre y mujer? Porque cuando estábamos solos, como mujer y marido, Gerard se manifestaba muy americano. Y seguramente tal era su verdadero carácter. Entonces dejaba de lado los velos de la tradición y el hábito, y ningún elemento de alejamiento se alzaba entre nosotros.

Manifesté:

—En asuntos de familia, tu padre es muy chino. Trata a los hijos como un padre chino, es decir, amablemente, pero con inexorable firmeza. No sólo te hace recordar que eres hijo, sino además nieto, bisnieto y descendiente de un millar de predecesores tuyos. Las generaciones están siempre con uno, ¿comprendes?

Rennie dijo de mala gana:

—Sí. —Y añadió—: Pero yo tengo otros antepasados, que son los tuyos, mamá, y puedo parecerme más a ellos.

—Es muy verosímil.

Empezó otra vez.

—¿Crees, mamá, que mi mezcla de sangre china impedirá que me quiera una mujer americana?

—¿Una mujer americana?

—Por supuesto.

¡De modo que se trataba de aquello!

—No impedirá nada —repuse—. Más fácil sería que tu sangre americana contribuyese a que no te quisiera una mujer china.

—No seré yo el que me enamore de una china.

—Acaso sí. Muchas son muy bonitas.

—No pienso volver a China.

—Algún día podrías ir a ver a tu padre si él no viene a vernos a nosotros.

—¿Crees que vendrá?

Aquél era el momento en que procedía hablar de la carta guardada en el cajón de mi mesa. Antes o después habré de hablarle de ella. Pero ahora temo hacerlo. Rennie es demasiado joven para comprender y demasiado ignorante para sentir clemencia.

—Creo que vendrá. Esperémoslo. Pero ¿de qué muchacha me hablabas, Rennie?

Porque no había duda de que en aquello mediaba una mozuela. Toda la conversación no tendía más que a eso. Me sentí repentinamente como fatigada.

Él se incorporó, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

Reprimí la risa.

—Lo sé, y basta. Estoy más enterada de lo que tú piensas.

Volvió a fijar los ojos en la luna.

—Por ahora no creo que merezca la pena hablar de eso. Se trata de la hija de unos veraneantes que ocupan la casa blanca y encarnada que hay camino abajo.

Sabía que habían llegado veraneantes a la casa, pero he andado últimamente muy atareada y no he tenido tiempo de ir a visitarlos. Ahora tendré que hacerlo.

—¿Cómo se llama la muchacha?

—Alegría.

—¡Curioso nombre!

—Pero bonito, ¿verdad?

—Puede...

—Se apellida Woods.

—¿A qué se dedica el padre?

—Tiene no sé qué negocios en Nueva York. Viene pocas veces. Alegría vive generalmente con su madre.

—¿Cómo os habéis conocido?

—Un día que ella se dirigía, camino adelante, hacia las cataratas de Moore, me crucé con ella y me preguntó por dónde se iba.

Opiné:

—Si realmente te gusta, debes presentármela.

Incontables advertencias y premoniciones se agitaban en mí. Mi hijo estaba en peligro. La hora que yo previera en cuanto le tuve en mis brazos, recién nacido, ha llegado ya. Se ha encontrado con una mujer. ¿Qué clase de mujer será?

Murmuré:

—Está levantándose frío. Pasemos dentro y cerremos las puertas.

Confió en que la amistad de mi hijo con esa mujer no se convierta demasiado deprisa en otra cosa. Ya me ha presentado a Alegría. Creo que se ven a diario, lo que aquí, en el valle, es facilísimo. Los largos días de verano empiezan pronto y terminan tarde. Cierto que Rennie trabaja de firme con Matt, limpiando los planteles azucareros los días despejados y empaquetando azúcar o preparando jarabe, mientras yo atiendo la casa, el huerto y los establos. Pero siempre quedan horas libres después del atardecer, antes de retirarse a dormir. No voy a estar preguntando siempre al muchacho adónde va o de dónde viene. En esos instantes desea ser libre.

Hoy después de cenar, cuando ya había yo retirado el servicio, Rennie salió. Le vi caminar por la carretera con el paso firme de quien sabe adónde va. Menos de una hora después regresaba acompañado de una joven.

—Te presento a Alegría Woods, mamá —dijo hablando con toda seriedad.

Yo, a la luz de la lámpara de la sala, me ocupaba en repasar la ropa. Baba se había acomodado, pacífico y silencioso, en el vasto sillón de cuero y sus pies, calzados de pantuflas chinas, se apoyaban en el borde de la chimenea. Vestía, desde luego, su túnica de seda carmesí. Yo le había ayudado a lavarse la barba y cabello, y una y otro aparecían blanquísimos.

No me levanté.

—¿Cómo está usted, Alegría?

Me quité las gafas por mero impulso habitual, ya que no entra en las buenas maneras chinas recibir a un amigo o a un desconocido con las gafas puestas.

La joven hizo un gracioso movimiento de deferencia, que no era una reverencia ni siquiera una leve inclinación. Luego me tendió su fina mano.

—¿Cómo está usted, señora McLeod?

—Muy bien. Este señor es el abuelo de Rennie —dije, mirando a Baba.

Por razones que no puedo comprender, Baba se mostró arisco. En vez de saludar a Alegría, preguntó claramente, en chino:

—¿Quién es esta mujer?

Rennie se sonrojó. Asegura que ha olvidado el chino por completo, pero cuando se le antoja lo entiende perfectamente.

Habló en recio inglés.

—Mi amiga Alegría Woods, abuelo. Mi madre deseaba conocerla.

Baba miró a Rennie, inclinando dos o tres veces la cabeza con la gravedad de un viejo mandarín y no dijo palabra a la muchacha. Ni si quiera la observó.

—Debería estar en su casa con sus padres —indicó en chino.

Reí.

—No le haga caso, Alegría. Mi suegro ha vivido en China tantos años, que hasta casi olvida que es americano.

Alegría abrió mucho sus azules ojos.

—¿En China? Rennie no me había hablado de eso.

Puesto que Rennie no se lo había explicado todo con franqueza, yo había de proceder con una prudencia muy grande.

—Sí —dije afablemente—. Hemos pasado muchos años en China. En China está aún mi marido. Por cierto que el propio Rennie nació en Pekín.

—¿De verdad?

—¡Ya lo creo!

—¿No es comunista, China?

—Ahora, sí.

—¿Y cómo el padre de Rennie...?

—Es rector de una Universidad muy importante y considera su deber no abandonar a sus alumnos.

—Comprendo.

Pero no comprendía nada, que yo supiera. Miraba pensativamente a Rennie con sus grandes ojos azules.

—Trae un mantecado, Rennie —dije—. Tenemos en la nevera.

Él tomó la mano de la muchacha.

—Ven, Alegría.

Éste es el principio. Ignoro cuál será el fin.

Vivimos en un valle muy reducido. Una palabra puede cundir como el fuego en un bosque. Una palabra como comunismo. O una palabra como China.

Aquella noche, al volver a casa, Rennie rezongó:

—¿Era necesario que se lo soltaras todo de golpe?

—No se lo he dicho todo.

Baba se había acostado. Yo esperaba a mi hijo, presta a enfrentarme a su acusación.

—Alegría asegura que ya sabe por qué encontraba algo raro en mí —dijo Rennie.

Calló, sofocado.

Le habría abrazado con gusto, pero a él no le hubiera hecho la menor gracia. Más vale decir la verdad, sin andar con rodeos.

—Tienes que aceptarte tal como eres —manifesté—. Y eres parcialmente chino. En una cuarta parte por la sangre, y probablemente más por gustos e inclinaciones. Ya veremos. Pero una cosa me consta, y es que no serás feliz hasta que no te sientas orgulloso de ti mismo en conjunto y no sólo en una parte de tu persona. Posees una

noble ascendencia, pero en los dos extremos del Globo.

Le besé la mejilla, sin mirarle, y salí. Las Alegrías de este mundo no son para él, pero procede que lo descubra por sí mismo. Cuando los dolores menudos se disipen, hallará una mujer digna de ser suya. Puede ser americana o china. A nadie le importa. ¿Qué más da?

Me pregunto qué sería lo que me hizo comprender que Gerard me estaba reservado. Yo era, ahora lo veo claramente, una muchacha como las hay a montones. Mi niñez no había tenido elementos capaces de hacerme excepcional. La de mi propia madre era una influencia limitada. No sentía grandes emociones ni inclinaciones mundanas. La iglesia donde concurríamos no me enseñó gran cosa acerca de la tan decantada y poco practicada fraternidad humana. Y mi padre era escéptico, aunque no predicara sus ideas.

Recuerdo un día de primavera cuando estudiaba el curso superior, en Radcliffe. Yo me dirigía a la clase de Filosofía, con no sé cuántos libros al brazo, porque era una jovencita muy estudiosa, cosa de la que en mi época no nos avergonzábamos. Ahora, si soy buena juzgadora, a través de lo que Rennie me explica, a los muchachos no les gustan las jóvenes estudiosas. Alegría, por ejemplo, tiene la especial gracia de parecer muy obtusa, aunque no estoy segura de que lo sea. Pero no me agradan esos fingimientos. Y vuelvo a aquel día, en mi colegio. Llegaba algo tarde a clase y me desazonaban mucho la belleza de la jornada primaveral y el calor del sol. A la vez me esforzaba en mantener ordenados en mi cabeza los principios del imperativo categórico de Kant. Y en aquel momento vi a Gerard bajar corriendo, con grandes pasos, la escalera del local donde yo iba a entrar. Siempre recordaré, aunque mis ojos cieguen con el transcurso de la edad, cómo resplandecía el sol sobre el negro cabello de aquel joven, y cuán vividos parecían sus oscuros ojos y cuán nítida y fina era su piel, de suave tono cremoso.

Los chinos tienen no sé qué mágico en su piel. Dijérase que la purifica un aflujo de sangre interior. Rennie posee el mismo cutis impecable de su padre. No me extraña que a Alegría le guste bailar con él apoyándole la cara en la mejilla, como los vi el otro día, en nuestro pequeño círculo local. También me gustaba a mí bailar así con Gerard.

Aquel día de nuestro encuentro en la escalera no cambiamos palabra alguna, pero nuestras miradas se cruzaron, e instantáneamente tomé una resolución. Me informaría del apellido de Gerard y procuraría que se convirtiese en el mío.

No sucedió nada en un día ni en una semana, pero sí en un mes. Yo no dejaba de mirarle, pensando que era, no sólo un hombre guapo, sino el más guapo que yo había conocido. Para entablar conversación me bastó coincidir con él ante una puerta que él

se preparaba a franquear en sentido opuesto. Gerard se manifestó tan tímido, que fui literalmente yo quien hubo de acompañarle a él a lo largo del pasillo, y hasta la puerta, y aun por la calle.

De haber dependido de él, creo que se habría marchado. Pero no consiguió desprenderse de mí. Después, so pretexto de que él era extranjero y tenía pocos amigos, me obstiné en presentarle a mi madre. Estaba enamorada.

Y cuando al fin, tras un larguísimo espacio, de tres o cuatro meses, él acabó diciendo que me quería, lo hizo también entre dilaciones, tartamudeos y aplazamientos.

Yo, riendo alegremente, le animaba:

—Sigue, sigue...

—No sé si me consideras un buen amigo...

Y se humedeció con la lengua los resecos labios.

Yo repuse:

—Sí.

Después de casarnos le pregunté por qué vacilaba tanto aquel día. Porque fue a primera hora de la tarde. Nos habíamos sentado en un banco, frente al río Charles, y teníamos los libros apilados a nuestros pies. Y al contestarme, ya casados, volvió a vacilar, aunque entonces estábamos en nuestro dormitorio, situado en el patio oriental de nuestra casa de Pekín, y éramos muy felices y nos aprestábamos a dormir.

—Pues el caso...

Nuevo titubeo.

—Habla.

—El caso es que nunca creí posible enamorarme de una mujer americana.

Bromeé.

—¿No? ¿Y con quién te hubieras casado con gusto, no siendo conmigo?

Habló con gravedad.

—Siempre creí que debía casarme con una china. Mi tío afirmaba que tal era la voluntad de mi madre.

Eso me había dicho Gerard hacía mucho tiempo, cuando para mí su madre no era más que una difunta cuya opinión me era completamente indiferente. Incluso había olvidado aquella noche hasta que hoy Alegría me la ha traído otra vez a la memoria.

Miro la fotografía de la madre de Gerard. La contemplo repentinamente. Y siempre me propongo no volver a hacerlo, al menos hasta que me parezca oportuno hablar a Rennie. Mas luego el rostro de aquella mujer se dibuja en mi mente y siento la necesidad de verla de un modo más físico.

Esta noche, pues, he sacado la fotografía del cerrado cajón de mi mesa y la he colocado ante mí. Siempre la misma faz, serena e inmutable... Pero no fría, a no ser en la superficie. Las dos hubiéramos podido ser muy amigas, salvo que ella resolviese desde el principio tenerme por enemiga.

Sí, ella y no yo, lo hubiera decidido. Tras los tranquilos ojos de la mujer leo una

intensa fuerza íntima. Las chinas no me han engañado jamás, ni aun ésas que parecen frágiles como tallos de flor. Porque no hay mujeres más fuertes en el mundo. Pareciendo ceder siempre, no ceden jamás. Sus hombres son débiles a su lado.

¿De qué proviene esa fuerza femenina? Yo creo que es la fuerza adquirida en el curso de los siglos, la fuerza que acaban teniendo los menoscabados. En los matrimonios chinos, sólo se celebra el nacimiento de los hijos varones. Éstos únicamente reciben privilegios, protección, amor y arrumacos. Y las niñas han de soportar eso en silencio, generación tras generación, sin una protesta. Así toda china aprende a pensar en sí misma ante todo, a defenderse por medios secretos, a apoderarse de lo que le niegan, a mentir para que la verdad no le irroque perjuicios, a usar para sus fines el engaño y la astucia. Y esos fines son su beneficio e interés menudo cuando se trata de una mujer menuda moralmente, pero rayan en sublimes y heroicos cuando los alberga una mujer grande, como la madre de Gerard lo era.

Depositó la fotografía en el cajón y volví a cerrarlo. Pero tengo la preocupación de verla de continuo. Parece que me persigue.

Hoy es sábado, y Baba y yo almorzamos solos porque Rennie ha ido de pesca, o eso, al menos, me ha dicho.

No he podido resistir la tentación de volver a hablar de Ai-lan.

—¿Recuerda, Baba, el día que hablamos de la madre de Gerard?

—Sí.

Baba comía usando palillos, hábito en que incurre siempre que preparo arroz, lo que sucede a menudo, porque es manjar que toma con gusto aun hallándose desganado.

—Sí, hablamos de ella —dije— y me agradaría seguir hablando.

Baba soltó los palillos.

—¿Qué deseas saber?

—Mire: tengo un retrato de ella en mi alcoba.

Palideció.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Es de una revista.

No quise explicarle que me la había mandado Gerard.

—Tráelo —dijo.

Corrí escaleras arriba, volví con la foto y la coloqué ante el anciano. Él se puso los lentes y la miró detenidamente.

—Sí, la reconozco. Pero está muy cambiada.

—¿Cómo era?

Frunció las blancas cejas, meditando.

—Cuando le levanté el velo de novia, casi me pareció bella.

—¿Sí, Baba?

Claro. Por eso había callado tan largo tiempo...

—Después no me sentí tan seguro. Me miraba de un modo muy raro.

—¿Raro?

—Como si fuese una extraña.

—¿Por qué sería eso?

—No se lo pregunté. No vivíamos con la intimidad bastante para interrogarnos sobre ciertas cosas.

No pude contenerme.

—Pero ¡si tuvieron un hijo!

Un débil sonrojo cubrió las mejillas del anciano mientras respondía:

—Bien, eso sí.

Yo quise burlarme.

—No negará usted su paternidad a Gerard.

—No. Pero ya sabes...

—No sé nada, Baba.

—Tener un hijo no significa gran cosa. Son hechos que se producen y...

—Será así para los hombres. Para las mujeres, no.

—Verdad es —carraspeó—. De todos modos, después del nacimiento de Gerard dejamos de relacionarnos en todo sentido.

—¿Por iniciativa de usted?

—No. De ella.

—¡Qué buena memoria tiene usted, Baba!

Repuso vagamente:

—Pues olvido muchas cosas.

Empuñó otra vez los palillos y reanudó el yantar. Este hombre recuerda las cosas, pero no las siente. Y yo me digo que acaso, por un raro azar, aquella china le amó, hace muchos años, sin que él la correspondiera. Y entonces ella se adueñó de su hijo, resuelta a hacerlo exclusivamente suyo. ¿Quién puede saberlo? Y aquel niño era Gerard.

Hoy la luna llena resplandece sobre las montañas y el valle queda sumido en negras sombras. Es un valle muy ancho y nuestra terraza da directamente a él, en sentido occidental. La grava de la carretera tiene tonalidades argentadas.

Veo avanzar dos figuras enlazadas por los brazos. Son Rennie y Alegría.

Es una pena que estos jóvenes se hayan conocido en primavera. En invierno resulta más difícil enamorarse. El amor invernal es un amor hogareño, de casados, en una casa rodeada de nieve, con la lumbre chisporroteante.

En Pekín nieva abundantemente, depositando ante las puertas montones de copos que son tan seguros como los más sólidos pestillos. Los chinos admiran la belleza de la nieve y a sus pintores les gusta reproducir la blancura de la nieve tardía en contraste con el tono encendido de la piel del albérrigo o de las encarnadas bayas del bambú indio. En cambio, a ningún chino le agrada andar pisando la nieve con sus calzados de terciopelo, y en consecuencia Gerard y yo teníamos pocos visitantes las noches nevadas. Hasta el anciano portero permanecía prudentemente refugiado en su pabelloncito junto a la entrada, y mi marido y yo nos quedábamos solos. Cargábamos de combustible la chimenea, apagábamos las luces y permanecíamos únicamente iluminados por la claridad de la lumbre. Y aquella era la hora del amor, y la noche se extendía ante nosotros, ofreciéndonos tiempo y tiempo de felicidad sin fin.

En cambio, en Vermont la nieve me hace también prisionera, pero no del amor. Yo me siento, sola, al lado del fuego, en tanto que Rennie estudia en su cuarto. Y ahora es verano y yo me encuentro sola, porque Rennie pasa el tiempo con Alegría.

En este momento han llegado a un recodo del camino. Separándose de la zona iluminada por la luna, han desaparecido de mi vista bajo un grupo de arcos. No es la primera noche que sucede esto.

Con la luna nueva ha sobrevenido un cambio. Lo he notado en Rennie antes que en nada. Mi hijo anda silencioso y apresurado, no porque tenga nada especial que hacer, sino porque algo en su interior le desazona e impele. Sale y entra sin hablarme, y si me sorprende mirándole, sé que sabe que me pregunto qué ha dado motivo a su cambio, y entonces vuelve la cabeza y no responde a mis preguntas.

Anoche, cuando volvió, sentí que no podía soportar más. ¿Qué será de mí si Rennie me deja? Yo había esperado en la terraza hasta después de las doce, envolviéndome en un chal de lana encarnada.

Vi de pronto a Rennie en la cuesta. Alto, corpulento y fuerte, reaciamente recortado en la noche, parecía un hombre hecho y derecho. Algo —no sé qué— le ha convertido rápidamente en hombre. Se acercó, me vio y en vez de pasar por la terraza entro por la puerta de la cocina.

Llamé:

—¡Rennie!

Al oírme se detuvo, con la mano en el picaporte.

—Di, mamá.

—Ven.

Obedeció, no a disgusto, pero si con lentitud deliberada.

—Es tarde —dijo—. ¿Cómo no te has acostado todavía?

—Te esperaba.

Habló con el acento de un hombre formado.

—No debes esperarme.

—No puedo dormir cuando no sé dónde estás —le contesté.

—Pues tendrás que acostumbrarte.

Hablaba con frialdad. Me sentí repentinamente enojada, porque comprendí que decía la verdad. Y como me sentía enojada, resolví expresarme con franqueza.

—Sé que pasas con Alegría todas las noches.

—¿Y qué?

—No acaba de gustarme esa muchacha.

Era la primera vez que expresaba mi antipatía por la mujer a quien Rennie está comenzando a amar.

¿Comenzando? ¿Sé hasta qué punto se siente enamorado? Ni siquiera conozco sus conceptos sobre el amor. De estar Gerard aquí, como debiera, él me ayudaría a velar por nuestro hijo y yo le pediría consejo. Pero ¿querría hablar de esto a Rennie?

Mi vecina, la señora Landes, abuela ya, dice que los padres no saben hablar a sus hijos. Según ella, su marido nunca «habla» a los muchachos. Muchachos que ya son crecidos y están casados, pero el padre no les habla y ella, en consecuencia, tampoco.

Yo le pregunté:

—¿Por qué?

—Porque sería como quedarme desnuda delante de ellos.

Los hijos de la Landes se han casado con buenas jóvenes del valle, muy conocidas. Y quizás, entre quienes viven existencias vulgares, que yo diría inarticuladas, sea mejor no «hablar». Las palabras pueden ser estorbos para cosas tan sencillas como la mera unión física. Pero yo he conocido un amor pleno, una consecución total en extensión y profundidad, y deseo para mi hijo alegrías análogas.

Le interpelé.

—Siéntate, Rennie. Es tarde, pero no demasiado para lo que voy a decirte.

Se instaló bajo el bajo balaustre de la terraza, de espaldas a la clara luna. Así su rostro quedaba en la sombra y el mío bañado en luz.

Proseguí:

—No desapruero a Alegría por lo que en sí sea. Como muchas otras mujeres jóvenes, es agradable, bonita y superficial. Hará completamente feliz a cualquier hombre, es decir, a un hombre que no le pida demasiado, que sea como la mayoría de los hombres, que no exija mucho moralmente a nadie, que forme parte de dos o tres círculos, que sea de esos tipos simpáticos que saludan a todo el mundo efusivamente y alternan con todos, que tenga muchos amigos y pocos íntimos, que no lea libros, que prefiera la música alegre, si es que le agrada alguna, que vaya al cinema los sábados por la noche y le gusten las películas del Oeste.

Hice una pausa.

—Un hombre así será feliz con Alegría, y ella con él, y los dos se entenderán a maravilla, porque los corazones de los dos tendrán una medida determinada que no podrán superar, y así los dos se satisfarán mutuamente. Pero tú, Rennie, no quedarás satisfecho con una sola medida de amor. Necesitarás una fuente viva y eterna. Necesitas encontrar una mujer que sienta mucho, hijo mío, una mujer cuyas emociones le desborden el corazón. Y cuando la encuentres, créeme, no seré yo la que pase las noches en vela, esperándote, por muy tarde que vengas. Entonces descansaré.

Rennie repuso:

—No conoces a Alegría.

—Una madre siempre conoce a la mujer amada por su hijo.

Nunca había dicho semejante cosa ni la había pensado siquiera, sino que se me ocurrió de pronto, como una verdad que me llegara bruscamente desde el fondo de las muchas generaciones de mujeres que vivieron antes que yo.

Rennie replicó:

—Alegría cree que tienes celos de ella.

—Lo cree porque comprende que yo sé que no es ella la mujer a quien debes amar.

Mi hijo y yo estábamos a riesgo de enzarzarnos en una discusión que nos hubiese costado grandes amarguras. Advertí el abismo a tiempo y retrocedí. No quería oírle proferir expresiones que nos hubieran lanzado juntos al mismo precipicio. No deseaba oírle afirmar que tendría que separarse de mí en vista de que no le comprendía. Llamé mentalmente a Gerard en mi ayuda y procuré explicarme con calma y serenidad.

—Una cosa que puedo decirte. Si tanto interés tengo en que encuentres una mujer digna de tu amor, quizá sea porque tu padre y yo nos hemos amado mucho y sido muy felices. Desde el momento que conocí a Gerard, adiviné que era el hombre que me correspondía. No había estado enamorado nunca, como yo no había estado enamorada jamás.

—Pero...

—Ya sé que te parece que hablo de modo un poco anticuado. Ahora se dice que

en cuestiones de amor lo mejor es experimentar primero y que no importa ensayar con muchos si al final se encuentra aquel ser que de verdad le conviene a uno. Acaso eso sea cierto para los que tienen un corazón superficial. Pero para los de sentimientos profundos, no. Estas gentes podrán ser pocas, mas tu padre y yo figuramos entre ellas. Nuestro amor fue completo, entre otras cosas, porque en los dos era inédito y cada uno daba al otro algo que era absoluto y nuevo en él. Te aseguro que era verdad.

¡Cuánto celebré en aquel momento no haber enseñado a Rennie la carta que guardo en el cajón de la mesa de mi alcoba! Porque, signifique esa carta lo que pueda significar, sé que lo que digo es muy cierto. Me consta que Gerard sigue amándome. Pero Rennie no sabría juzgarlo como yo. Pasará mucho antes de que sea capaz de ello, y quizá toda la vida si no encuentra la compañera necesaria.

Rennie dijo con crueldad:

—Mamá, ¿no encuentras extraño que mi padre no te escriba?

Respondí:

—No, no es extraño. Él sabe que yo no ignoro que me quiere y que por mi parte le quiero y siempre le querré. Hay alguna razón especial para que no me escriba, y una razón que no se relaciona contigo ni conmigo. En este mundo de ahora existen muchas razones de esas que separan a las personas entre sí. Pero causas así no deben destruir un amor. Hemos de seguir amando, y esperar.

Estoy intentando convencerme a la vez que a Rennie, pero no estoy segura de que se dé cuenta de ello. Mientras uno es joven, sólo sabe hacerse cargo de muy pocas cosas. ¿Qué sabía yo en mi mocedad? Una cosa supe: que Gerard era el hombre que me estaba destinado. Y ello en cuanto le vi. Y no obré por íntima sabiduría, porque entonces sabía muy poco y muy poco sigo sabiendo.

Rennie se levantó, acercose y me besó en la mejilla, cariñosamente.

—No te preocupes, mamá —dijo—. Creo que te engañas respecto a Alegría. Es una buena muchacha. De todos modos yo no soy mi padre, ni tú eres ella, y cada uno hemos de vivir nuestra propia vida.

No supe qué replicar. Él subió la escalera. Veinte veces al día me recuerda, a sabiendas o no, que no es su padre y que tiene que vivir su existencia personal.

Cuando se oscureció la ventana de su cuarto, subí a mi alcoba, y esa noche dormí bien. Soñé que registraba toda la casa de Pekín y no lograba encontrar a Gerard. Se había ido.

Desperté, aterrorizada, y me hallé en la seguridad de mi casa de Vermont. Pero ¡qué sola estoy!

Hoy, cuando Rennie, por la noche, surgió de entre las sombras, le vi detenerse un momento para despedirse de Alegría. Tomola en brazos y estuvieron largo tiempo enlazados así. No se preocupaban de nada porque, dada la hora, era difícil que nadie lo viera. La gente del valle suele acostarse temprano.

Y allí estaba mi hijo, con su espigada estatura, estrechando entre sus brazos a una esbelta joven que alzaba su rostro hacia el de él.

Cambiaron el apasionado beso del primer amor y luego, cogidos del talle, bajaron el camino, plateado por la luna, en dirección a la casa de la muchacha. En la puerta los perdí de vista. Y pasó más de un cuarto de hora antes de que mi hijo, solo ya, saliera de entre las sombras. Y avanzó por el camino con las manos en los bolsillos.

Yo estaba en la terraza, como de costumbre, cuando él llegó a nuestra casa. Me sentía resulta a hacerle saber que no me sentía tranquila ni se habían calmado mis inquietudes. Alegría era para mí lo mismo que la noche anterior.

Rennie me vio instalada en la silla extensible y esta vez fue él quien me llamó:

—¡Buenas noches, mamá!

—Buenas, hijo.

Le oí subir precipitadamente la escalera trasera, desde la cocina a su alcoba. Mi padre había hecho construir aquella escalera para que el hombre de servicio pudiera subir y bajar sin molestar a la familia. Y este verano Rennie se empeñó en dejar el cuarto, contiguo al mío, que había ocupado hasta entonces.

Es una habitación cómoda, baja de techo, pero espaciosa, con un baño propio, porque mi padre era muy minucioso.

—Los hombres que sólo se bañan los sábados necesitan un baño independiente —decía.

Me consta muy bien que Rennie prefiere esa habitación. En ella puede ir y venir con libertad, sin pasar ante mi puerta. Sé, aunque me disguste, que tiene derecho a ir y venir sin darme explicaciones. Y si Alegría fuese del género de muchachas que quisiera yo para él, todo me tendría sin cuidado. Pero Alegría...

De sobra sé que una madre no puede salvar de complicaciones a su hijo. Sólo le queda el recurso de mirar, esperar y retorcerse las manos si se siente desesperada. ¿Sabrá lo que quiero decir cuando hablo de un amor profundo? Seguramente no.

También deploro el caso por Alegría, porque si las cosas siguen como hasta

ahora, él acabará solicitando de ella cosas que la muchacha no podrá darle. La pasión de Rennie excede en mucho a la de la joven y ella se sentirá desgraciada, porque adivinará que no puede concederle todo lo que él quisiera de ella.

Cuando pienso así me digo que es Alegría a quien compadezco más y a quien en el fondo debo proteger contra Rennie. Aunque su corazón sea diminuto, al fin es mujer y tiene derecho a no vivir desgraciada. Yo defiendo a las mujeres incluso contra mi hijo. No había pensado en ello antes, pero ahora veo que en mí la femineidad se sobrepone al instinto materno. Este descubrimiento —que efectúo ahora precisamente, mientras escribo— es desconcertante y no sé qué puedo hacer con él.

De todos modos me siento, de extraña manera, algo más sosegada. Ya no sólo pienso en Rennie. Lo que pienso es mucho más general, puesto que abarca a todos los hombres y todas las mujeres. Fue una casualidad, una noble y bendita casualidad, la que hizo que Gerard y yo nos conociéramos. De no haber mi padre, en su testamento, dejado dinero para que se me enviara al colegio, especificando que había de ir a Radcliffe porque no tenía hijo alguno a quien enviar a Harvard, yo podía haber hecho una elección como la de Rennie. A esa edad se toma lo primero que se encuentra. Tengo que salvar a Rennie como mi padre me salvó a mí, pero también he de salvar a Alegría.

Es ya mucho más de medianoche. Estoy hartó fatigada para pensar despejadamente en esa nueva posibilidad. La mañana traerá la luz.

Hoy Rennie parece estar muy contento. Imagina haber dejado claras nuestras mutuas relaciones. Sin duda se considera libre.

Esta mañana bajó rebotante de vida y contento, resplandeciente la hermosa faz y en los ojos una expresión afectuosa. Me besó alegremente en la mejilla, siempre procurando no rozar mis labios, y se sentó a la mesa para comenzar el día con un buen desayuno.

Interpelome en voz alta y clara.

—Creo que conviene ir a desbrozar la parte alta de la plantación de azúcar —dijo—. Matt puede ayudarme cuando haya terminado la tarea en el establo. Hay que llevar estiércol a los prados.

—Me parece bien —dije.

Rennie salió, con aire optimista, y yo lavé los platos e inicié los demás trabajos de la casa. Rennie cree que yo debería tener una asistente, pero no quiero. Me gusta, después de las comidas, pasar un rato en serena reflexión, con las manos hundidas en las olas de jabonosa agua caliente y la ventana de la cocina ante mis ojos.

Además, me agrada cuidar de mis propios platos. Algunos los traje de Pekín y otros pertenecieron a mi madre y los he usado desde niña. No comprendo a las mujeres que se quejan del trabajo que les dan sus maridos, y sus hijos, y las faenas de la casa. ¿No es esto nuestro trabajo cotidiano?

No me gustan las innovaciones. Hacerse a las cosas que se tienen, cuesta cierto tiempo y luego no querría una que cambiasen. Siempre que se rompe un plato, se va con él una parte de nuestra vida.

Esta mañana empleé los tazones azules chinos, ribeteados de amarillo, que trajimos de Asia y son de porcelana fina. Y mientras lavaba el mío se me deslizó de entre los dedos, cayó en el fregadero y se hizo pedazos. No pude evitar que acudiesen lágrimas a mis ojos. Y me fue imposible tirar a la basura los fragmentos del tazón. Los llevé fuera de casa y los enterré al pie del añoso manzano que crece frente a la puerta.

Al volver a la cocina encontré a Baba, esperando el desayuno. Mi suegro envejece de día en día y se va tornando alarmantemente pueril. Le puse la servilleta al cuello, pero no acertó a levantar la cuchara con la mano y hube de darle de comer yo misma. Absorbió el alimento pacientemente, fijos los ojos en el cielo, más allá de la ventana.

Ahora jamás viste prendas que no sean chinas y nunca habla más que en idioma chino.

Cuando vio vacío el plato, dijo:

—Voy a volverme a la cama.

Insinué:

—¿Por qué no se sienta un rato en la terraza?

Se negó con la cabeza. Quise animarle.

—¿No recuerda cómo los ancianos de Pekín salen a tomar el sol juntos a los muros de las casas? No se levantan para ir a comer y volver a acostarse. Les agrada el sol. Y precisamente hoy hace muy buen día, sin viento y con una claridad espléndida.

Se levantó, obediente, y yo le puse al cuello una bufanda y, tomándole de la mano, le conduje a la terraza y le acomodé en un banco apoyado en la pared. Permaneció allí inmóvil, con los ojos cerrados, como si durmiera, y no pensé más en él.

No pensé hasta mediodía en que volví a recordarle. Salí presurosamente, algo avergonzada de mi distracción, y le encontré un tanto jadeante por el calor, con las mejillas empurpuradas y una expresión de reproche en sus azules ojos, muy abiertos.

—¿Puedo ir ya a acostarme? —preguntó.

—Claro que sí —repuse—. Pero tomará un poco de té y arroz con un huevo cocido.

Comió sin hacer melindres, recreándose en el té chino, y después le llevé al lecho, corrí las cortinas y le dejé dormido. El sol y el aire le convienen, pero haberle olvidado tantas horas es imperdonable. Eso de no pensar más que en mi hijo resulta, en el fondo, muy egoísta.

Pero las horas de sereno pensamiento mientras arreglaba la casa me han aclarado la mente. No hay mejores momentos para que una mujer reflexione que mientras está quitando el polvo, barriendo y haciendo las camas. La actividad física aviva la circulación de la sangre y estimula la mente.

Sé ya lo que tengo que hacer: visitar a la madre de Alegría. No sé hasta qué punto comprenderá lo que he de decirle. Y cuando vuelva daré cuenta de mi gestión a Rennie. No quiero secretos. Y mantendré que tengo tanto derecho a actuar como él cree tenerlo.

Cuando abrí la verja del jardín vi a la señora Woods sentada en el pórtico de acceso a su casa. Casa por cierto muy agradable, pintada de blanco, con persianas verdes, convencional en todos los aspectos, desde los lechos de flores hasta los senderos que entre ellos serpentean.

La señora Woods estaba cosiendo a punto de aguja, labor que mi madre me enseñó, pero que olvidé en seguida porque no me gustaba nada.

Cuando me acercaba a la entrada de la casa, la señora Woods se levantó. Es una mujer madura, rolliza sin llegar a gorda, con el rostro redondo y afable y el cabello rizado. Un tipo de mujer tal como puede verse a la entrada de cualquier casa de clase media, esto es, una persona buena, tímida, como las mujeres americanas lo son a menudo, sin que yo sepa precisar por qué. Las mujeres chinas podrán alguna vez ser tímidas, pero en nueve casos de cada diez lo fingen, imaginando que a las mujeres les sienta la timidez, y que a los hombres les gustan las mujeres así. Pero en realidad no tienen de tímidas nada en absoluto.

La señora Woods, un poco cortada, dijo:

—Pase, pase...

—Soy vecina de usted —expliqué a la señora Woods, y vivo aquí cerca, en el camino.

—Conozco a su hijo Rennie —respondió—. Suele visitarnos con frecuencia. Vale más que pase, porque el calor molesta algo. Yo iba precisamente a entrar ahora.

Por un estrecho pasillo cubierto de una alfombra encarnada llegamos a la escalera. A la derecha veíase un primoroso comedor y a la izquierda una sala bastante grande, amueblada como suelen estarlo casi todas las salas de América. Todo resultaba cómodo y atractivo. En la mesa, junto al diván, había unas cuantas revistas, pero ningún libro. ¿Podría Rennie vivir en una casa sin libros?

La señora Woods dijo:

—Siéntese en esta butaca. Es la más cómoda y por eso la usa siempre mi marido.

Y en sus grises ojos apareció una chispilla de burla. Empecé a simpatizar con aquella mujer.

Me senté y fui derecha al asunto.

—No sé si sabrá usted que Alegría y Rennie son medio novios. Yo quisiera saber qué opina usted de eso. Los dos son muy jóvenes y en este lugar no hay otros muchos

jóvenes. Ya me comprende.

Una expresión de preocupación se pintó en el rostro de la señora Woods. Todo era redondo en aquel semblante. Redonda la boca, redondos los ojos y redondos los orificios de la nariz, que permitía distinguir claramente su perfil, un tanto respingón. En resumen, todo en aquella faz resultaba infantil. De niña debió de ser muy linda. Alegría, desde luego, es mucho más guapa que su madre. Tal vez deba al padre la mayor energía de sus facciones. Por lo demás, tiene los curvos contornos de su madre, con las caderas rotundas y el pecho pletórico. Detalles muy atractivos en la juventud, pero no para siempre.

La señora Woods lleva un corsé ceñido. Y yo, mientras esperaba que hablase, procuraba fijar en mi mente todos aquellos pormenores.

Mi interlocutora convino:

—Sí: nuestros hijos son todavía muy jóvenes. Mi marido y yo nos hemos preocupado algo de eso. Queremos que Alegría se sienta muy libre. Hasta el próximo año no pasa al grado superior en su colegio. Vivimos en Passaic, en Nueva Jersey. Allí hay muy buenas escuelas. No quisiéramos que Alegría se casara sin terminar los estudios de la Escuela Superior.

—¡Cielos, no! —exclamé, horrorizada. Y aclaré—: Rennie tiene que ingresar también en Harvard, donde ya estudiaron su abuelo y su padre, y luego habrá de pasar algunos años más perfeccionando sus estudios. Tendrá que ir a Europa y probablemente a China, donde todavía reside su padre.

Una expresión de horror se pintó en el rostro de mi vecina.

—¿A China? Si dicen que no dejan a nadie ir allí...

—Ahora no, pero es de esperar que esto cambie cuando el mundo mejore. Y entonces Rennie podrá reunirse con su padre.

La señora Woods preguntó:

—¿Acaso es su padre chino?

Hablaba con acento de previa excusa.

—No —respondí—, ni puede serlo puesto que se apellida McLeod. Su padre, el abuelo de Rennie, es americano y habita con nosotros. Es viejo y no se encuentra bien de salud. Nunca sale de casa.

Había explicado tantas cosas, que me pareció razonable que mi interlocutora deseara saber más. Para complacerla, proseguí:

—Mi marido es rector de una Universidad china muy importante, instalada en Pekín. Esperábamos que se uniese a nosotros pronto, pero él considera que su deber le reclama allí donde tiene su cargo.

—Por supuesto, no será comunista —dijo la señora Woods, con acento ligeramente reprobatorio.

—No.

—¡Hay tantos en China!

—Sí —repuse—, pero le aseguro que mi marido no figura entre ellos. Sin

embargo, considera oportuno seguir donde está y no interrumpir su trabajo.

La verdad se impuso y me obligó a ser enteramente sincera.

—Además su madre era china y...

—¡China! —exclamó la señora Woods con asombro—. Entonces por eso Rennie... A veces hemos pensado que debía de tener sangre india, pero...

—¿No ha hablado Rennie de eso a Alegría?

—No. Estoy segura de que no. Ella me lo hubiera contado.

—Pues celebro haber sido yo la que comunique la noticia. Podrían haberse enamorado de veras y...

—Opino como usted.

Se veía que la mente de aquella mujer se concentraba en el estudio de mi rostro. Meditó, se ruborizó, se mordió los labios y acabó olvidando ostensiblemente mi presencia allí. Sus gordezuelas manos se cruzaban sobre el regazo. Súbitamente alzo la vista y sus ojos se encontraron con los míos.

—Esto es terrible para usted, ¿verdad? —murmuró, compadecida.

—¿El qué?

—Mujer, toda la cuestión. ¡Descubrir que se casa una con un chino!

Contesté:

—Mi marido es americano. Su padre legalizó su nacimiento en el registro de la Embajada americana en Pekín. Y Rennie figura registrado de la misma manera.

—A pesar de todo, ¡varían así las cosas tanto!

Afirmé:

—Yo me siento completamente feliz. Tanto que quiero garantizar el que Rennie sea feliz también. No le permitiré que se case con una mujer que se limite a tolerar la parte que de chino tenga mi hijo. Ha de sentirse orgullosa de ese aspecto suyo. Y ha de alegrarse de tal circunstancia. La esposa de Rennie ha de comprender que eso enriquece su personalidad como hombre, como persona e incluso como americano.

La pobre señora Woods se esforzaba en entenderme, pero no lo conseguía. De todos modos, yo la apreciaba cada vez más. Era una mujer sencilla y sincera. Pase lo que pase, espero seguir teniéndola como amiga. Me gustaría conocerla íntimamente, para que pudiésemos hablar de mujer a mujer.

Echo mucho de menos el trato de una buena amiga. La mujer de Matt es buena, pero muy ignorante, y para colmo se pasa la vida riñendo con Matt a propósito de un agravio del pasado del que nunca me explican nada. Los dos viven solos en la montaña opuesta a la ladera donde se alza nuestra casa. Sus hijos han dejado ya el hogar paterno y ellos dos se pasan el día en continua trifulca. A veces, en las grises mañanas, Matt se queja:

—¡Dios mío! Hace cuarenta años que esta mujer me lleva lentamente a la tumba.

Y cuando yo regalo una lechuga o cosa así a la esposa de Matt, ella se entrega a explicaciones sobre la maldad de su marido, añadiendo que no se afeita más que una vez a la semana, a pesar de la insistencia de ella, y diciendo que ha sido su verdugo

durante cuarenta años. De modo que en esa mujer no queda sitio para la amistad.

Pero la señora Woods es una esposa y una madre feliz. Se nota a primera vista. No tiene culpa de la poca capacidad emotiva de su corazón.

Y le ayuda la fortuna en el sentido de que su esposo no le pide más. Por cierto que, mientras hablábamos, llegó. Es un hombre delgado, calvo, de ojos azules en extremo. Me dijo que se encontraba de vacaciones. Trabaja en una oficina administrativa de Passaic y una vez al año le dejan quince días libres para hacerlo que quiera.

Oyéndole, le compadecí. ¡Dos semanas!

—¿Le agrada su trabajo, señor Woods? —pregunté.

Ya habíamos sido presentados y él, tras contarme cosas referentes a su labor, había iniciado un panegírico de la holganza.

—Me gusta el empleo, pero trabajar no —repuso en el acto.

Su mujer le reprochó:

—¡Pues no será porque no tengáis cosas que hacer!

Pero, a pesar de su tono admonitorio, hablaba con benignidad. Él sonrió.

No la temía, ni era ella de esas mujeres amigas de amargar la existencia a sus esposos. Aquél constituía un agradable matrimonio entre iguales y, por lo tanto, demasiado placentero para contemplarlo sin envidia. Podían comprender los dos muy bien lo que yo quería decir cuando hablaba de felicidad, pero siempre que ésta se midiese con un rasero muy pequeño.

—Como somos vecinos, señor Woods —dije francamente—, he venido a visitarles con respecto a las relaciones entre nuestros hijos. ¡Son tan jóvenes los dos!

Woods se sintió inmediatamente tan turbado como todos los americanos de tipo medio cuando se habla de cosas de esa clase en presencia de sus esposas, sus madres, e incluso las mujeres de edad madura. A pesar de su interés de adolescentes en los problemas del sexo, los americanos varones son en general puros y poco complicados. En aquellos días derramaban pródicamente su semilla en Europa y Asia, con la misma irresponsabilidad que puede hacerlo un gato callejero. Se detenían un momento, se unían a una hembra y continuaban adelante.

La señora Woods dijo, con significativo acento:

—Nuestra vecina me asegura que su marido es chino.

Protesté:

—¡Nada de eso! Digo que es americano, y que tiene ciudadanía americana. Lo que pasa es que su madre fue china. Era una mujer de ilustre cuna, miembro de una de las principales familias de Pekín. Y ha muerto.

—¡Bromea usted! —exclamó el señor Woods con voz apagada. Y añadió—: En la vida he oído hablar de un enlace parecido.

Estaba asombrado. Resulta obvio que estaba abrumado y que su cortesía le impedía mostrarlo. No quería ofenderme.

No, no quería. Deploraba mi situación y no acertaba a expresarlo en palabras.

Miró a su mujer, como pidiéndole ayuda. Los dos eran buena gente. De eso no me cabía duda, como tampoco de que no comprenderían la situación jamás. Bien había hecho Gerard quedándose en Pekín.

Pero tenía que pensar en Rennie. Me levanté.

—Gracias por todo —dije tan animosamente como pude—. No se disgusten. Rennie marchará al colegio en seguida y los jóvenes olvidan pronto las cosas. No creo que estén muy profundamente enamorados. Y como Alegría es tan bonita, le sobrarán admiradores.

Los dos recogieron con gusto la indicación. La madre dijo orgullosamente:

—Sí, es muy popular.

El padre agregó:

—Y tanto, que el curso pasado se celebró votación para decidir cuál era la muchacha más popular del colegio y salió ella vencedora.

La señora Woods agregó:

—Muchos amigos nuestros piensan que debería presentarse al concurso de belleza, para ver si la proclaman la mujer más hermosa del Estado. Pero a su padre no le hace gracia la idea.

—No —apoyó él.

—Coincido con usted, señor Woods —dije—. Sería una lástima meter a la muchacha en estas cosas.

En aquel momento entró Alegría. Había estado durmiendo y tenía las mejillas muy encarnadas. Llevaba un vestido sin mangas, corto y ajustado, pero de un corte severo que sólo podía sentar bien a una joven extremadamente linda.

Confieso que es seductora. Comprendo que mi hijo se haya enamorado, aunque deseo que no muy profundamente.

—Saluda a nuestra vecina, pichoncito —dijo la señora Woods.

Era conmovedor ver cómo aquellos padres adoraban a su única hija.

Alegría sonrió.

—¿Cómo está usted, señora McLeod?

—Temo —dije— que Rennie te entretuviera anoche hasta muy tarde y te hiciera perder horas de sueño. Ya le llamaré al orden.

—Para mí cualquier hora es buena para dormir.

Sentose en el diván, junto a su padre. El buen hombre le ciñó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Cómo está mi cariñín?

—Muy bien —repuso Alegría.

Y apoyó la rubia cabeza en el hombro de su progenitor.

—La señora McLeod tiene razón. No debes acostarte tan tarde.

La joven se enfurruñó y no correspondió a las ulteriores caricias de su padre. La señora Woods los miraba con ternura.

—Parecen unos chiquillos —murmuró.

Y hablaba como quien se refiere a dos cosas de su propiedad.

De todos modos, se les notaba deseosos de que me marchase. Era comprensible. Delante de mí no podían hablar a su hija. Me levanté, aunque no con precipitación, y me despedí.

Nada importante parecía haber sucedido y, sin embargo, habíamos entre los tres dado un rumbo nuevo a dos vidas. La familia me siguió hasta el pórtico y allí nos entretuvimos algún tiempo. Permanecimos inmóviles, mirando las flores que bordeaban el sendero y que, con la verja al fondo, eran todo el panorama que se dominaba desde allí.

Volví a casa y cuando Rennie llegó a la hora de la cena no le conté ninguna de mis actividades. Comió apresuradamente, sin quitarse la ropa de diario, y luego voló hacia su cuarto para cambiarse de traje y bañarse. A los pocos minutos cruzaba la cocina, llevando unos pantalones azules y una camisa limpia.

Al salir se despidió.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo.

Y salió camino de su cita. Yo, después de fregar los platos y acomodar a Baba, subí a mi alcoba y cerré por dentro. Aquella noche no permanecería insomne. Me convenía dormir. Pasase lo que pasara, por la mañana lo afrontaría.

Rennie dijo:

—Se ha ido.

Yo me había despertado temprano y levantándome en seguida, sabedora de que mi hijo me esperaba. Y cuando bajé le hallé ya sentado a la mesa de la cocina. Habíase preparado un cazo de café fuerte y caliente, y lo bebía a grandes tragos.

Observé:

—No te has acostado.

Me miró.

—¿Crees que hubiera podido pegar ojo?

Me senté y me serví también una taza de café, y exhorté a Rennie:

—Di todo lo que tengas que decir. No te contengas nada.

El aspecto de mi hijo era horroroso. Tenía la faz muy pálida y sus negros ojos despedían llamaradas. Los labios, resecos, mostraban señales de habérselos mordido.

—Has ido a ver a los padres de Alegría y se lo has contado todo.

Repuse con calma:

—Sólo expuse la verdad.

—¡Cierto! No podías siquiera esperar a que me conociesen mejor.

¡Qué amargura vibraba en su voz y qué doloroso resultaba oírle!

Manifesté:

—Valía más que se supiera la verdad desde el principio. Si me hubiese parecido que ella te quería lo bastante para desafiar a sus padres, te juro que no hubiese hablado nada.

—Pudiste advertírmelo, por lo menos.

Resolví no ceder.

—Necesitaba saber lo que esa gente sentía y saberlo viéndolo con mis propios ojos. Los sentimientos de esa pareja no pueden vencerse a menos de que tú y Alegría os améis con igual intensidad. Lo sé de sobra.

Rennie murmuró:

—Ella me quiere. Me lo ha repetido.

—Te quiere con todo su corazón, pero ese corazón no te basta. Y no te bastará nunca, porque es muy pequeño. Te lo aseguro. No creas que la censuro. No puede evitar haber nacido así. Pero tu corazón ha nacido grande, grande como el mundo.

Cuchicheó:

—¡Maldita seas!

Le miré.

—Celebro que tu padre no esté presente.

Nos miramos, midiéndonos con la vista.

—Algún día me lo agradecerás —comenté.

E inmediatamente me arrepentí, porque éstos son los lugares comunes usuales en los padres. Igual que hablaba mi madre cuando quería impedir que me casase con Gerard. Pero él y yo ya habíamos llegado a cuanto había que llegar, y nada podía separarnos.

Comprendiéndolo así, yo arrostraba a mi madre, diciéndole:

—Nunca te agradeceré que intentes desunirnos.

Y yo, y no ella, era quien tenía razón. Incluso a pesar de la carta que en mi cajón encierro sigo persuadida de mi acierto y del error de mi madre.

Sostuve la mirada de mi hijo. Él, orgulloso siempre en los pesares, esta vez no pudo mantener el reto de mis ojos y apartó los suyos.

—¿Por qué me habrás traído a este mundo? —rezongó.

Y subió, sollozando, a su habitación.

La casa está muy silenciosa. Cuando esta mañana desperté comprendí que Rennie se había marchado. Hacía un día gris y una lluvia suave empapaba los árboles y velaba el horizonte de mi abierta ventana. Las cortinas pendían desoladamente. Pasaba del alba con mucho y urgía empezar el ordeño.

En aquel momento parecióme oír moverse a Rennie. Me levanté, cerré la ventana y permanecí contemplando el valle medio oculto por la lluvia.

Reuniendo todo mi valor resolví ir al cuarto de mi hijo. Quise pensar en Gerard, pero el corazón no me obedecía y no tuve respuesta. Ni siquiera podía dibujar mentalmente su rostro. Y cuando al fin dirigí hacia él los ojos de mi mente, no distinguí más que enormes extensiones de solitaria tierra y milla tras milla abandonado mar entre nosotros.

Fui a la estancia de Rennie, y empujé la puerta y la abrí. El lecho estaba vacío y bien arreglado. Lo mismo sucedía con todas las demás cosas del cuarto.

Aquel orden insólito me asustó. Las demás mañanas las ropas de Rennie aparecían amontonadas en una silla, los zapatos tirados en cualquier sitio, los libros abiertos sobre la mesa. Sólo cuando dejaba por algún tiempo su habitación la ponía en orden, y desde luego nunca tanto como esta vez.

Crucé el dormitorio a la carrera, temerosa de abrir el armario y encontrarlo vacío. Pero toda su ropa estaba allí. Sentí una gran alegría.

Conté sus trajes. Allí estaba el de color castaño. Y las prendas de trabajo, y las chaquetas y pantalones. Sólo faltaba el traje azul marino, el mejor que tenía.

Después, sobre un libro en la mesa, distinguí un sobre. Estaba dirigido a mí con las palabras:

«A mi madre».

¿A mi madre? Sí: no a mami.

Hube de sentarme para leer la carta, porque me flaqueaban las piernas.

La carta de Rennie decía:

Querida madre:

Me voy en busca de Alegría. Necesito hablar con ella a solas y conocer el motivo de su cambio de actitud. Suponiendo que haya habido tal cambio. No procures buscarme. No me telefones ni me escribas. Hablaremos cuando

regrese a casa.

Y firmaba a secas:

«Rennie».

Los padres de Alegría se la habían llevado del valle al día siguiente de nuestra entrevista. Rennie desde entonces no me había hablado apenas.

¿Qué podía yo hacer sino esperar? Menos mal que me quedaba el viejo Baba.

Volví a mi cuarto, me bañé, me vestí y bajé a la cocina para preparar el desayuno.

¡Qué curiosa es mi vida! ¡Y qué solitaria! Me siento horriblemente sola en mi propia tierra. Todos parecen vivir igual: solos, siguiendo solitarios caminos... No confiamos unos en otros, no compartimos nuestros sentimientos... La misma vastedad del país nos divide. Yo, hasta hace poco, me hallaba tan lejos de Kansas y de la cabaña donde Baba vivía perdido —porque en realidad lo estaba— como podía hallarme en Pekín. O más lejos, porque al menos mis recuerdos me ayudan a viajar mentalmente sobre los mares.

En aquel momento oí gemidos procedentes del piso superior y reconocí la voz de Baba. Subí en el acto. Estaba tendido en el lecho, con las sábanas apretadas y subidas hasta el cuello y los ojos muy abiertos y con una expresión vaga.

Murmuró:

—No tengo fuerzas para levantarme.

—¿Le duele algo, Baba? —pregunté.

—No siento dolor alguno —contestó con voz clara.

—No se mueva —dije—. Mandaré llamar al médico.

Me dirigí al teléfono, hice girar el disco y telefoneé. Bruce Spaulden no había salido aún de casa.

Interrogó sin preámbulos:

—¿Qué pasa?

—Bruce, me parece que a Baba le ha repetido el ataque.

—Voy en seguida.

—¿Hago algo entretanto?

—Nada. Tápele bien y procure tranquilizarle.

Colgué el receptor, fui a anunciar a Baba que ya venía el médico y después hice la limpieza del cuarto. Baba es muy pulcro. A fuerza de vejez su carne no despide olor alguno. Posee la inocua nitidez de la ceniza. Permaneció en el lecho, quieto y callado, mirándome, y de pronto noté que comenzaba a volver insensiblemente el rostro hacia la izquierda. Él se dio cuenta de ello y quiso explicármelo. Le calmé.

—No importa. Bruce llega en seguida.

Por las noches no dejo abierta la ventana de Baba. Hay muy poco calor en su cuerpo y, por lo demás, suele respirar sin dificultad. Pero la mañana de hoy era espléndida. Así, abrí la ventana y aire y sol entraron a chorros en el cuarto, llenándolo de animación. Cerré la ventana otra vez.

Oí las pisadas de Bruce en el pasillo del piso bajo. Un momento después entraba en el dormitorio.

—Buenos días, Isabel —saludó.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. Experimenté un sobresalto.

—Buenos días —dije—. Aquí está mi pobre Baba esperando.

Baba miró patéticamente al doctor.

Bruce se sentó junto al lecho y empezó a reconocer al enfermo. Encuentro maravillosa la forma en que los médicos reconocen a los enfermos, concentrando su mente en la tarea y sus manos en la exploración.

Permanecí de pie, respetuosa, admirando a Bruce. ¡Qué americano es este hombre! Resulta asombroso que no se haya casado. Hubiera sido un buen esposo, porque es un hombre de probada integridad y lo bastante sensitivo para que cualquier mujer le comprenda.

Como la mayoría de los vermontianos, es delgado, alto y muy serio cuando se pone grave. Sus ojos tienen un color indefinible, que acaso pueda definirse como gris-azulados. Tiene el cabello oscuro, como tanta y tanta gente, y crespo. La nariz es recta y la boca muy firme. Cuando sonrío su expresión cambia por completo. Se muestra jovial y hasta pícaro. Tiene el carácter muy igual e inclinado a la taciturnidad y la meditación. Todas ellas son cualidades propias de un buen marido.

Yo, que he absorbido en mi ser mucha parte de la curiosidad china, más de una vez hubiera querido preguntarle por qué no se ha casado. Para una mentalidad china no tiene nada de raro preguntar cualquier cosa, como hacen entre sí los amigos.

Arrojo cuidadosamente a Baba.

—Esto no es nada serio —dijo—. Volverá a sufrir algunos de estos ataques de poca monta. Procure que descanse y que duerma mucho.

En efecto, Baba se había dormido ya y respiraba con suavidad, pero muy perceptiblemente. Le dejamos solo y bajamos a la sala.

—¿Se ha desayunado usted? —pregunté.

Bruce respondió con franqueza:

—No.

—Ni yo. De modo que nos desayunaremos juntos. Hoy me siento muy sola, porque Rennie se ha ido.

—¿Es posible?

—Supongo que por pocos días, pero no lo sé.

Y hablé a Bruce del caso de Alegría. El hombre sonrió adustamente.

—Volverá —vaticinó—. Los hombres siempre volvemos a nuestras madres. Excepto que la muchacha ésa sea como usted, porque en tal caso no será usted necesaria a su hijo.

Aduje:

—Tengo la certeza de que Alegría no es como yo.

Y me dispuse a colocar el desayuno sobre la mesa. Para el invitado dos huevos duros y uno para mí. Las gallinas están mostrándose muy ponedoras, lo que me congratula. Las gallinas me desagradan por el cuidado que requieren, pero en cambio me gustan los huevos y no se puede tener una cosa sin la otra. Serví también café, tostadas y frutas. Nuestro desayuno habitual. Que Rennie se arreglara como pudiera.

Cuando nos hubimos sentado, ocupando yo el puesto de honor, ya que la mesa al fin y al cabo es mía, formulé la siempre contenida pregunta:

—He sido tan feliz en mi matrimonio, Bruce, que quisiera saber por qué no se ha casado usted.

Él respondió, mientras untaba manteca en una tostada:

—Porque he estado siempre muy ocupado.

—Es cosa que no me importa pero...

—Siga —dijo él—. Mi vida es diáfana y no tengo secretos.

—¿No le hubiera ayudado una mujer a ahorrar algún tiempo?

—No. Yo tendría que pensar en ella, ser su compañero...

—¿Vive usted feliz?

—No sé. Creo que sí. No me lo he preguntado.

Le serví una segunda taza de café. Por mucho que yo le preguntase, aquel hombre callaría lo que quisiese callar. En esto es también un auténtico vermontiano.

Cuando el médico se hubo ido, tuve una rara sorpresa. Y fue que rompí a llorar pensando en Gerard, y en Gerard exclusivamente. Hacía meses que no lloraba. Además, mi llanto era inútil. Las puertas de la casa de Pekín me han sido cerradas.

Subí de puntillas la escalera para dar un vistazo a Baba y le encontré profundamente dormido. Tampoco él me necesita, por ahora.

... Por la mañana, al volver de las compras del mercado del sábado —cosa de poco trabajo ahora que estoy sola, porque Baba ha vuelto al régimen dietético de un niño y rara vez come otra cosa que pan, leche, arroz y algo de fruta—, quedé gratamente sorprendida por el espectáculo de una oveja negra que conducía con ella dos corderillos blancos. Las tres reses pastaban en un rincón verde, a la vera del camino.

Sentí un inexplicable placer. Detuve el coche sólo para reparar en aquella madre y sus crías. El sol era brillante y tibio, aunque, como sol de Vermont, nunca calienta lo que el de China.

El lugar estaba muy solitario. Me apeé y me senté en una peña. En aquel momento la cordera pareció alarmada y baló suavemente. En el acto los corderillos se pegaron a ella y, erguidos sobre sus largas patas, me contemplaron con desconfianza.

—No temáis... —murmuré.

Tan solitaria me siento, que pronuncié las palabras en voz alta. Y esa misma sensación de soledad me hizo desear que fuese mía la cordera negra, y los dos corderillos blancos, para llevarlos a casa y cuidarlos yo misma. Así podrían pastar la corta hierba de la ladera de la montaña y, a las puertas de mi casa, conocerían algo semejante a un prado.

Decidí ir en busca del campesino propietario de la oveja y los corderos. Después de una búsqueda algo prolongada, no encontré un campesino propiamente hablando, sino uno de esos individuos tenaces que se aferran como lapas al suelo de Vermont, viviendo en corta parte de lo poco que labran y dependiendo para lo demás de practicar cualquier oficio que se les pone a mano. Gentes así viven en la miseria mientras no se les presentan hipotéticos trabajos y, aun si los consiguen, no se esfuerzan en tender la mano para asegurarlos.

Tipos así abundan en la región. Y aquel hombre pertenecía a semejante progenie. A la sazón se ocupaba en recomponer una mesa de madera sin desbastar. Yo aparecí inopinadamente desde detrás de su casa, primorosamente pintada de blanco, con las ventanas verdes. El individuo, que hasta entonces se inclinara sobre su trabajo, se incorporó a medias al verme.

—¿Qué hay? —se limitó a decir.

Ni si quiera me saludaba. Yo le correspondí no dirigiéndole tampoco saludo alguno.

—Quisiera saber —declaré— si tiene a la venta su oveja negra y sus dos corderillos blancos.

—Puede —repuso.

—¿Cuánto pide por los tres? —pregunté.

Sin duda me conoce de sobra como la mujer sin hombre que vive en la falda de la montaña, y que debe ser considerada como viuda, puesto que su marido se encuentra en China. Pero no dio señal alguna de reconocermelo.

—No sé realmente qué pedir —repuso.

Y aplicó la regla a un trozo de madera.

—Ni yo sé qué ofrecer —contesté—. De todas modos, me parece que bien podía usted pensar en el trato.

—Lo pensaré —dijo.

—Hágalo. Yo estaré en casa por la tarde.

Aquella tarde el hombre no apareció, desde luego, puesto que era yo quien marcaba la hora, pero dos días después se presentó llevando la oveja y los corderillos sujetos por una burda cuerda.

Dijo a secas:

—Diez dólares en metálico y el resto en jarabe de arce.

Discutimos cosa de media hora la cantidad de jarabe de arce, pero al fin cedí, porque él, como vermontiano, no lo hubiera hecho. Y a la sazón ya la oveja y los corderos pastan la hierba de mi jardín. La oveja no se dejaba amansar al principio, así que hube de ponerle una cuerda al cuello, atando el otro extremo de la soga a un árbol, que fue el manzano de la puerta. Ya el animal se va tranquilizando y dentro de pocos días le dejaré pastar sin cuerda alguna.

Y se ha confirmado que la oveja y los corderillos me causan una satisfacción íntima cuyo alcance no puedo atisbar. Siempre consuela la presencia de una madre a quien el amor de sus hijos retiene apegada a la tierra. Poseo, pues, algo más, y algo vivo.

Sí: ahora que mis principales raíces se han separado del suelo, tendré que afincarme a él mediante otras secundarias.

¿He perdido mi principal raíz? No la he perdido, pero no está aquí. Ha quedado enterrada en una región muy lejana de mi vida, juntamente con la presencia de Gerard y con nuestro amor. Y ahora debo plantar en tierra nuevas raíces. ¿Podré conseguirlo hallándome tan sola?

No he recibido la menor noticia de Rennie.

Una vez dije a Gerard:

—Yo no soy lo bastante religiosa.

Contesté con esto a una pregunta que me dirigió, titubeante, una noche, preguntándome si me satisfacían los dioses chinos.

Añadí una pregunta a mi respuesta:

—¿Lo eres tú?

Una mujer enamorada pierde su ser personal y yo, desde luego, lo perdí. Anhelaba creer en lo que Gerard creía y adorar lo que él adoraba. Mas a la larga averigüé que sus creencias no eran hijas de un impulso espontáneo del alma.

Dejé, pues, de discutir con él toda cuestión religiosa. A veces, errando por los caminos camperos de China, más allá de los muros de la ciudad, dábamos con algún labriego prosternado en reverente adoración ante cualquier tosco santuario rural. En el interior del santuario se veían dos ídolos, hombre y mujer, o pareja casada, porque así place a los chinos mirar a sus dioses. No les cabe imaginar un dios solitario ni varón sin hembra. Ello les parece contrario a la ley natural de la vida. Y el campesino quema ante los ídolos unas barritas de incienso, mientras en el fondo de su alma pedía que las deidades le concediesen algo que les pedía.

Era una cosa bella y grata. Se lo dije así a Gerard. Y aún añadí:

—Nosotros deberíamos creer y orar del mismo modo.

Mi situación presente me impele a rezar. Movida por la intensa ansiedad que me causa la suerte de mi hijo, todas las noches desde que se marchó, subo a su abandonado cuarto y allí rezo por su seguridad.

No sé qué eficacia tendrán mis impetraciones. Pero al menos la oración parece desahogar la tremenda congoja que me llena el corazón. Y me siento aliviada. Será por necesidad, pero creo que, cuando rezo, se me aligera la carga que llevo encima.

Hasta ahora no he querido —aunque lo deseaba— descolgar el teléfono, llamar a casa de Alegría y pedir noticias de mi hijo. No sería tan difícil preguntar si estaba Rennie allí y decir después si podía ponerse al aparato.

Pero no lo haré. Y no sólo porque él no me lo perdonaría, sino porque creo que debo acostumbrarme a vivir sola.

Mientras razonaba así oí a Baba llamándome. Subí a su alcoba y le encontré en el suelo. Se había desplomado al intentar levantarse, y yacía inmóvil, imposibilitado, sin

saber qué decisiones tomar.

En realidad, Baba no vive más que de un momento para otro, sin que nada en la vida le importe, excepto la necesidad de cada ocasión presente. Había despertado, quiso vestirse y se cayó.

Le ayudé a levantarse y me hizo ademán de que saliera. Por inciertos que sean sus movimientos, conserva el sentido común suficiente para no querer tenerme delante mientras se lava y se viste. Sólo cuando se ha puesto la túnica china me llama para que le abroche los botones del cuello.

Esperé al otro lado de la puerta y, cuando me llamó, pasé, le sujeté los botones y le declaré listo para bajar a almorzar.

Baba vive feliz y serenamente. No tiene necesidades, ni temores, ni deseos de adoración, o de plegaria. Según Bruce, la simple rotura de un vaso sanguíneo, causándole un reducido daño en el cerebro, le ha liberado de toda suerte de cuidados. ¿Quién puede afirmar que los dioses no son bondadosos?

... Rennie ha vuelto a casa. Cuando cesé de rebelarme contra el dolor, cuando mi corazón se calmaba en parte y yo, resignada, incluso había dejado de orar, la inmensa perversidad del Universo pareció favorecerme.

Rennie llegó anoche, ya muy tarde. Yo dormía, pero desperté al sentir un chirrido en las puertas. Oí abrir una: la de la cocina. La había cerrado como de costumbre, puesto que nadie más que Rennie y yo tenemos llaves de ella. Comprendí, pues, que era él. Después oí abrir y cerrar la nevera.

Tras este sonido, ¿qué podía hacer? Hubiera querido saltar de mi lecho, bajar corriendo la escalera y abrazar a mi hijo. Pero la soledad me ha hecho más cauta. No se trata ya de dar a Rennie lo que yo quiera, sino de que él desee aceptar. Puesto que una vez se ha ido, otra y mil veces hará lo mismo. Ya ha aprendido a vivir sin mí y sin la casa.

Por lo tanto, no bajé. Más valía que él pensase que yo no había despertado. Por la mañana creará sorprenderme y yo me fingiré sorprendida. Los días de la dichosa comunión entre madre e hijo, durante la infancia, han pasado ya.

No hice un solo movimiento. Ni siquiera puse un pie en el suelo. Permanecí en el lecho, escuchando, mientras la claridad de la luna penetraba tenuemente por los cristales de las ventanas.

Por los ruidos deduje que mi hijo estaba comiendo en la mesa de la cocina. Oí un ruido de platos y arrastrar una silla. Y Rennie debió de comer con apetito, porque permaneció en la cocina no menos de media hora. Después le oí abrir la puerta de la escalerilla de caracol que no conduce a otro lugar de la casa que a su dormitorio. Percibí el sonido del agua saliendo parsimoniosamente del grifo y cayendo, escasa, en la bañera. El muchacho no quería despertarme.

De manera que yo había obrado con sentido común. No entraría en su alcoba, ni siquiera para mirarle cuando se durmiera. Pero ¡qué feliz me hacía que hubiese vuelto a casa!

Mi corazón saltaba del pecho y elevaba a los cielos su regocijo. ¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

Cuando todo se tranquilizase, yo me dormiría. Pero ¿podría conseguirlo hasta no saber cómo se encontraba él? En todo caso, no debía ir a verle. Yacía en su lecho, en un cuarto sólo separado del mío por otro intermedio, pero en aquellos instantes se

hallaba tan alejado de mí como Gerard en la remota Pekín.

Entre mi hijo y yo se había levantado un muro. Se había convertido en un hombre y yo no lo ignoraba.

Resumen: yo había de esperar a que él me dijera lo que quería ser para mí. Acaso ya no necesitara una madre y sí sólo una amiga, una amiga de más edad que él y que podía ser su madre, pero de modo subsidiario y como casual.

Esperé. El tiempo transcurría lentamente. Yo procuraba de continuo imaginar qué hora era. Al fin miré el reloj que tenía al lado de mi lecho.

Oí moverse la puerta lentamente. Permanecí inmóvil, sin encender la lámpara. Y entonces le vi en el umbral de la puerta, vistiendo su encarnado albornoz de baño.

Le hablé con tanta naturalidad como si nos hubiésemos visto el día anterior.

—¿Eres tú, Rennie?

Pregunta tonta. ¿Quién podía ser? Pero en los grandes momentos no suelen proferirse más que palabras bobas.

Me respondió con tanta naturalidad como yo empleara en hablarle.

—Yo soy, mamá.

—Me alegro.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Decidiste volver?

—Sí.

—¿Has comido algo?

—Tomé un bocado anoche en la cocina.

Se acercó a mi lecho y se sentó en el borde. Nos miramos mutuamente. La luna iluminaba nuestros rostros.

—¿Enciendo? —le pregunté.

—No —repuso—. Sigamos así. A no ser que tengas sueño. ¿Te he despertado?

Fingí sentirme soñolienta.

—Acaso; pero no importa. Ahora no me levanto tan temprano como antes. Matt se encarga de ordeñar las vacas.

—¿No hay novedades?

Hablé con indiferencia.

—He comprado una oveja negra con dos corderillos blancos. Eso nos quita el trabajo de recortar la hierba.

—Los vi cuando llegaba.

Al parecer, poco más teníamos que decirnos. Yo debía aceptar cualquier respuesta que él quisiera darme. Pero no me sentía preparada para lo que me habló a continuación.

—¿No me preguntas dónde he estado, mamá?

—Como no me escribiste diciéndomelo...

—No, no te escribí, ni tiene importancia dónde haya estado o no.

—Como te parezca.

—Otras veces te he interrogado sobre una cosa, mamá.

—¿Cuál?

—¿Por qué me trajiste a este mundo?

Le recordé:

—Nunca esperaste a que te respondiera.

—Pues ahora esperaré —contestó.

De modo que es él quien pregunta y yo quien debo contestarle lo más sinceramente que me sea posible.

—Tu padre y yo —le expliqué— nos queríamos con todo nuestro corazón y cuando un amor así se produce entre dos seres humanos sanos y jóvenes, siendo uno hombre y el otro mujer, siempre se desea tener hijos.

—Pudisteis haber pensado lo que ello significaba para mí.

¡Qué amarga protesta encerraban aquellas palabras!

—He de hacer justicia a tu padre —aclaré—. Él me señaló lo mismo que tú y yo disipé sus dudas. Afirmé que nuestro hijo sería tan fuerte, tan bello y tan dueño de sí, que afrontaría cualquier situación dispuesto a vencerla.

Los ojos de Rennie parecían negros como ascuas apagadas en el fondo de su rostro, de tono cremoso.

—Cuando yo estaba en China —dijo—, todos me consideraban extranjero. Nada me importaba entonces, porque creía tener una patria distinta. Y esa patria, mamá, era América.

Yo sentía lengua y labios secos como la pez solidificada.

—Aquí la gente se ha portado muy bien contigo —empecé.

—No quiero que se porten bien. Lo que quiero es amor.

—Pues de eso no puedes quejarte —repuse—. El amor de tu padre por ti es muy grande y yo te quiero mucho también. Y otros te querrán y algún día alcanzarás el amor de una mujer.

Adujo:

—Alegría no puede amarme. Sus padres se lo han prohibido.

Indiqué:

—¿Y no puede desobedecerlos? Mi madre me prohibió también querer a tu padre, pero no le hice caso. Y nunca me he arrepentido de ello.

Y es verdad. No me arrepiento, a pesar de la carta de Gerard, que guardo en el cajón de mi mesa, en la alcoba. No me hace arrepentirme ni esa carta, que es para mí un viviente manantial de disgusto y zozobra.

Rennie dijo:

—Todas las mujeres no son tan fuertes como tú —me miró con cierto desagrado—. Pero el que una mujer no sea fuerte —prosiguió—, no significa que su amor sea menos valioso.

Traté de esconder mi desdén.

—Pero ¿qué teme Alegría?

—A mí, no.

—Lo supongo.

—Pero sí a esa parte de mi persona que yace escondida en mis venas. Quiero decir a mis principios genéticos, a mis antepasados, a esa ineluctable parte interior que no puedo separar de mi persona.

Concreté:

—O sea, a lo que tienes de chino.

Asintió y junto apretadamente las manos. Sus manos son auténticamente las de un americano, no finas y pálidas como las de Gerard, sino fuertes y de sólidas coyunturas.

—Veo —dije— que quisieras desprenderte de la parte mejor que hay en ti y la que más amo yo por lo que me recuerda a tu padre.

—Justo.

—¿Y no te da vergüenza ese sentimiento, Rennie?

Exclamó:

—¡No puedes comprenderme! Eres americana y de ascendencia pura.

—¡Pura! —exclame.

Y continué, acalorandome:

—¿Puros los rebeldes proscritos de media docena de naciones de Europa? ¿Qué pureza de raza puede haber en el hijo renegado de un Lord inglés y una mujer irlandesa, en unos holandeses defraudadores que arrojaron a los indios, con engaños, de sus tierras, o en un grupo de alemanes que...?

—Todo eso no importa nada. Tú eres blanca por completo —repuso, obstinado.

Resolví ceder. El momento no parecía propicio a la discusión.

—Di lo que quieras —respondí.

Explicó:

—Quiero marcharme a Kansas, Trabajaré este verano en el rancho de Sam e iré al colegio en otoño. Sam me proporcionará una beca.

No decía cosas como «si te parece, mama», o «si tú estás de acuerdo», o «a no ser que necesites mi ayuda aquí». Nada.

Pero yo soy también muy orgullosa y en último caso puedo prescindir de los servicios de mi hijo.

—Es raro que hayas venido para decirme eso —indiqué.

—Vale más, porque así ya lo sabes.

Y Rennie apretó las mandíbulas, que parecían tan duras como el hierro.

Mi destino se perfilaba claramente ante mí. Había de aceptarlo sin quejarme.

—¿Cuándo piensas marcharte? —pregunté.

—Tendré que esperar un poco para ver a Baba, ¿no te parece?

—O acaso algún tiempo más —insinué.

Y me preguntaba si sería aquélla la ocasión oportuna para contarle la historia de

la mujer de Baba, su abuela. Porque parte de la sangre rebelde que en él latía procedía de ella, sin duda. También Ai-lan había sufrido porque no la amaban. Y quizás ella, o sus hechos, pudieran prestar al muchacho una ayuda que no estaba en mi mano darle.

—Quédate un día por lo menos, Rennie. Hay cosas que debes saber antes de marcharte. Son cosas que no te he revelado nunca.

Me lanzó una rápida mirada de sus negríssimos ojos.

—Muy bien. Si lo prefieres...

¿Dónde hallar asentamiento para mi hijo? ¿Dónde procurarle un país en el que se sienta como en el suyo real?

Cuando Baba despertó a la mañana siguiente, Rennie y yo subimos a su cuarto. Baba yacía inmóvil en la misma postura en que se acostara, con el blanco cabello casi sin desordenar, y una expresión vaga en los ojos entornados. Le hablé.

—Buenos días, Baba. Mire quién viene a verle.

Abrió los párpados y nos contempló.

—¿Quién es?

—Ya lo sabe usted.

—¿Gerard?

—No, no, es Rennie.

Pero no parecía conocerle. Incluso había olvidado a su nieto.

Movió los labios para inquirir:

—¿Es un amigo?

—Sí —repuse—. Es el hijo de Gerard y mío.

Meditó.

—¿De Gerard? ¿Tiene Gerard hijos?

Me volví e imploré.

—Perdónale, Rennie. Es tan viejo... Ha perdido la memoria del todo...

¡Qué expresión de tristeza se pintó en el rostro juvenil!

—No importa —dijo Rennie—. En realidad, no importa nada.

—Duerma, abuelo —aconsejé—. Volveré dentro de poco.

Salimos de puntillas. Yo reflexionaba en lo que había perdido. Baba, vuelto a la edad de la inocencia, no me recordaba a mí ni a los míos. Atrincherado en los retiros de la vejez, ya no éramos para él nada.

Experimenté un afán frenético de sentirme más cerca de mi hijo.

—Ven a mi cuarto, Rennie —le pedí—. Quiero enseñarte unas cosas antes de que te vayas.

Me siguió en silencio. Ya en mi alcoba se sentó con la gravedad de un visitante, y esperó. Yo saqué mi caja de fotografías y encontré una de la madre de Gerard.

—Ésta —expliqué— es la mujer china con la que se casó Baba. Por lo tanto, es tu abuela y la madre de tu padre. Ya ves que es hermosa, aunque algo seria y retraída.

Debes enorgullecerte de esta ascendencia, porque tu abuela pertenecía a una gran familia china, de las de más arraigo en Pekín. No creo que hayas olvidado a tu tío Han Yu-ren, ¿verdad?

Rennie tomó la fotografía y contempló la pálida faz de la china.

—¿Por qué se casó Baba con ella? —preguntó serenamente.

—Lo hizo porque quería integrarse en el país al que había dedicado su vida. Creía que de ese modo estaría más cerca de las gentes a quienes amaba. Anhelaba dejar de ser extranjero.

Rennie repuso:

—Y ahora lo ha olvidado todo. Ni a mí me reconoce. Seguramente nunca tuvo cariño alguno por su mujer.

—¿Cómo puedes hablar de lo que no sabes, Rennie?

—De haber amado a mi abuela, no me habría olvidado.

No me atrevo a negarlo. Sé que, por mucho que mi cuerpo envejezca y se transforme mi ánimo, no olvidaré nunca a Gerard ni a su hijo.

—Baba hizo lo que él pensaba acertado —manifesté.

—No basta —contestó Rennie—. En cosas de éstas ha de haber amor además.

Y me devolvió la fotografía. Púsose en pie, inclinó su elevada estatura y me besó en la mejilla.

—Adiós, mamá —dijo.

Oí el fragor del motor de su viejo coche y un momento después le vi partir entre una nube de polvo. Ahora ya no volvería. Claro que no lo sé de modo fijo. Sólo recuerdo que me ha hablado concisamente y tal como su padre le enseñó, es decir, en inglés clásico y puro.

La jerga a que tan aficionados son los jóvenes americanos, parece haberse borrado de sus labios. No sé lo que eso significará.

No puedo seguir a Rennie. Imposible acompañarle aunque quisiera, porque aquí tengo a Baba que me necesita.

Vivo aislada en esta antigua casa campesina, sin relación con nadie, salvo con Matt y con su mujer. Y los dos viven solos hace mucho en el valle y, como todos los de ambientes estrechos, sólo conocen el lenguaje del amor, pero de un amor íntimamente cargado de odio. Disputan y se complacen en hacerlo durante todo el día, y sin duda continúan en la misma ocupación durante la noche. Hasta me siento segura de que sus principales conflictos se provocan de noche, en el vasto lecho matrimonial que llena todo el entrepaño septentrional de la cocina. Siete hijos han traído a este mundo y probablemente cada uno fue fruto subsiguiente a una disputa. Son dos personas que no necesitan otra compañía ni se interesan por ninguna cosa. Lo creo firmemente así. Matt es locamente celoso, y su mujer se siente orgullosa de ello y se jacta de la opresión en que mantiene a su marido.

Suele alardear de forma parecida a ésta, muy frecuente en ella:

—Si Matt ve el sombrero de un hombre en casa, le falta poco para tener un

ataque. Como puede comprenderse, yo pago las consecuencias.

Y su rostro, menudo y arrugado, se contrae de placer.

De modo idéntico me habló esta mañana cuando yo, abrumada por mi soledad, recorría el polvoriento camino para saludarla y alabar sus flores. Yo iba a contestarle que tiene mucha suerte con que Matt haya sido y siga siendo tan celoso, pero antes de empezar a hablar vi pasar al cartero. Le llamé y corrí a su encuentro.

A la sombra del vasto arce que crece ante la puerta de la casa de los Matt, el hombre se detuvo y me entregó unas cuantas cartas. Ninguna parecía tener importancia, excepto un sobre grande y gris con el matasellos de Singapur. Conocidos me eran los sellos, pero no así la letra de la dirección.

El cartero preguntó:

—¿Es de su marido?

—No —dije.

Me atemorizaba pensar en lo que podía contener aquella misiva. Separeme, pues, del funcionario y me dirigí a la peña que hay junto a la cercana fuente. Me senté a la sombra de un manzano y rasgué el sobre.

La carta comenzaba: *Querida hermana mayor...*

Era, pues, de la otra...

En el curso de todos aquellos meses yo no había contestado a la carta de Gerard. Él me pedía un permiso y yo no se lo había concedido. En el fondo de todo yo sabía el motivo de aquella dilación, aunque lo mantuviera escondido como un pecado. Ahora ya era inútil encubrirlo más.

La mujer escribe en inglés, aunque no correctamente. Desea informarme de algo importante. Y es que no quiere entrar en mi casa hasta que yo le conceda mi permiso.

El texto era éste:

Querida hermana mayor:

Tú has vivido en Pekín muy largo tiempo. Creo que nos comprendes muy bien a los chinos. Aquí la vida es dura para todos. Y lo es también para el señor McLeod, tu marido, que necesita una mujer para que le atienda la casa, le zurza la ropa, le cocine y le haga las demás cosas de que ya te formas idea.

A petición mía te escribí ha tiempo para pedirte que me autorizaras a que yo fuese a vivir en su casa en calidad de mujer provisional. Ya sabes que esto es ahora muy corriente. No se toma una segunda mujer ni una concubina, según el antiguo sistema, sino que se busca una mujer provisional que haga las veces de la esposa ausente.

Desde luego, si tú vienes yo saldré de la casa, en el supuesto de que lo desees. Y te dedicaré todos los respetos que los más jóvenes deben a los de más edad. Ten la bondad de concederme tu permiso y darme instrucciones sobre la forma de atender bien y complacer a tu esposo. Procuraré cumplir lo que me mandes y hacerle feliz. Ése es mi deber.

Pero ante todo necesito tu licencia, porque creo que ésta es cosa de vida o muerte para él. Envío secretamente esta carta a través de un amigo de Singapur. Te ruego que respondas por el mismo conducto.

Tu humilde hermana menor,

MEI-LAN.

Y me da la dirección de una tienda de sedas de Singapur. Supongo que ese alguien, ese amigo a quien se refiere es una persona en contacto con la extraña China de hoy, que me rechaza a mí.

Quisiera tener valor para escribirle francamente a Gerard. Pero ¿qué puedo decirle? ¿Voy a darle permiso para que otra mujer ocupe mi lugar? ¿Podrá desempeñarlo debidamente? Reflexiono. Es dudoso que mujer americana alguna se haya visto jamás en semejante trance.

Esta casa mía, entre los bosques y las rocas de Vermont, dista ahora tanto de Gerard como si él no existiera. Y acaso hasta yo haya dejado de existir. ¿Para qué existir cuando nadie nos necesita ni ama?

¿O quizá me quiere todavía? En todo caso, no puedo responder hoy a esta carta. Tengo el cerebro embotado y no acierto a pensar. No sabré qué decir hasta que mentalmente vuelva a encontrarme identificada con Gerard.

Vuelvo a mi casa y entro en mi cuarto. Saco la carta que tenía guardada y la releo, aunque había jurado no hacerlo nunca más.

Paso al papel literalmente el texto, para hacer las palabras de Gerard más mías. Y aquí inserto la carta de Pekín:

Mi querida esposa:

Antes de que te diga lo que he de decirte, deseo que sepas que te quiero como siempre. Pase lo que pase, recuerda que sólo te quiero a ti. Si no vuelves a recibir carta mía, piensa que mi corazón está escribiéndote a diario.

Te digo esto en virtud de lo que a continuación voy a explicarte. Es imperativo para mí aceptar en mi casa a una mujer china. No se trata sólo de que necesite quien vigile las tareas domésticas, me planche y me cosa. Ya sabes lo inútil que soy en esos aspectos, en los que tan eficaz me has resultado siempre. Pero, además, tengo que probar ciertas cosas.

No basta que yo jure lealtad a los que ocupan el poder. Se trata de que debo renegar de todo el pasado, abjurar de la sangre no china que tengo y declararme contra la parte extranjera que en mí se contiene.

En fin, me han ordenado que me busque una mujer. Te lo digo francamente porque tú y yo siempre hemos sido sinceros el uno con el otro. De faltar ahora a esa sinceridad, sería que he olvidado nuestra vida en

común. Pero nunca te olvidaré y quiero que lo sepas.

Puede ser que no vuelva a escribirte más. Podría ser peligroso para mí e incluso para nuestro hijo. Tú le crees a salvo en nuestro país, pero en rigor no lo está, a menos que yo le repudie y te repudie.

Si oyes decir que lo he hecho así públicamente, no creas bajo ningún concepto que lo he hecho en realidad. Me propongo, si puedo, vivir hasta que pasen estos momentos. Y si encuentro la muerte a pesar de mis esfuerzos por evitarla, recuerda que mi único pensamiento habrás sido tú, Eva mía. Te quiere,

GERARD

Desde luego tendré que dar el permiso que me piden. No sé por qué lo he demorado tantos meses cuando desde el principio sabía que tendría que hacerlo. Ahora que la mujer me escribe y veo por su carta que todavía no se ha unido a Gerard, comprendo que no puedo dilatar ni un momento más mi consentimiento.

Puedo cablegrafiar. Pero ello llamaría demasiado la atención. Recibir un cablegrama de América puede causar complicaciones a un chino, incluso si reside en una colonia británica.

Más valdrá que escriba por correo aéreo. Lo hago y copio la carta aquí, para tener siempre constancia de ella. Si alguna vez Gerard y yo volvemos a reunirnos, dispondré así de un archivo adecuado.

Sí, querido amor mío, escribo y copio sólo pensando en ti. Si no puedes venir a mí ni yo reunirme contigo, algún día cabrá quizás enviarte la copia. Quisiera poder decirte en este último día que tú también debes llevar un archivo análogo.

Pero no, porque sería peligroso en el país donde vives. Tus criados pueden recibir pagas distintas a las tuyas. En este quieto valle de Vermont no tenemos espías, o a lo menos eso imagino yo.

Redacto la carta a Mei-lan. Y noto entonces que ella no cita su apellido de familia. Mei-lan es un nombre corriente y con él no podrá localizarse a la que lo usa. Pero ¿qué importa el nombre?

El texto de mi carta reza:

Querida hermana menor:

He recibido y leído tu carta. Te concedo el permiso que necesitas. No podrás sustituirme porque cada mujer ocupa un lugar distinto en la vida de un hombre, pero sí puedes entrar en mi casa y ocupar un lugar en ella. No explicaré el caso a ninguna persona en mi país, porque nadie sabría hacerse cargo. En cambio yo, como bien dices, si me lo hago, y de sobra. Pero tengo desgarrado el corazón. Cuida bien a Gerard, porque le quiero mucho.

ISABEL

Cierro y sello el sobre personalmente y lo llevo a la oficina de Correos, donde lo deposito en el buzón que hay al pie de la ventana.

No obstante, Myra repara en que lo hago. Myra desempeña el empleo de encargada de Correos. Es una mujer simpática y rolliza y, como no está casada, le despierta curiosidad cuanto concierne al matrimonio, y especialmente al mío.

Me interpela, pues, jovialmente:

—¿Qué? ¿Escribe a su marido?

Tiene las mejillas rosadas y redondas, aunque arrugadas por muchos lugares. Sus ojos son azules, no tiene cejas y su boca es roja y diminuta, y rizado su rubio cabello.

—No es para mi marido —respondo.

Coge el sobre y lo examina.

—Como va al extranjero... A China, ¿no?

—No, a Singapur, que es colonia británica.

—Creí que los ingleses no tenían ya colonias.

—Han devuelto la India a los hindúes, pero reservan Hong-Kong y Singapur.

—Lo ignoraba.

Y calla, aunque no parece muy convencida. Yo no explico más. Hecho lo que debía hacer, regreso a casa. Baba no se ha levantado todavía. Se muestra embotado, soñoliento, incapaz de darse cuenta de nada.

Contra mi costumbre, no intento persuadirle de que se levante. No obstante, lo hace. Una vez vestido e instalado en su sillón —porque hace tiempo que no baja al otro piso— come su tazón de papilla de avena y bebe una taza de té, y súbitamente parece despejarse y darse cuenta de todo. Acaso la presencia de Rennie obrara como un estimulante de su memoria y ésta se haya excitado con cierto retardo.

Pregunta, pues:

—¿Vino ayer alguien?

—Sí, Baba. Vino Rennie.

Meditó.

—¿Rennie? ¿Quién es Rennie?

—Su nieto.

Reflexionó sobre semejante informe sin comentarlo con palabras. Media hora después, mientras yo le limpiaba el cuarto, dijo con claridad:

—Creí que era Ai-lan.

—¿Cómo iba a serlo? De una mujer a un hombre, como casi ya lo es Rennie...

Habló medio en chanza, mientras yo quitaba el polvo de la mesa.

—Es que Ai-lan parece casi un hombre. ¿Sabes que acabó vistiendo de uniforme? Un uniforme de algodón, de color azul oscuro, con chaqueta de botones y pantalones como un hombre. Me dejo pasmado.

—Verdaderamente, resultaría asombroso en una mujer.

Yo escuchaba con atención. Por lo visto, Rennie se parece a su abuela china. Desde luego tiene parecido con Gerard. En consecuencia, Gerard debe ser parecido a

su madre.

En Pekín, desde luego, aseguraban que Rennie era igual que su padre. Pero las cosas suceden así. Cada parte insiste, en casos como éstos, en que predomina la otra, y rechaza lo que se asemeja a ella.

Baba dijo trabajosamente:

—A Ai-lan la mataron.

Su arrugado rostro se contrajo y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Hace mucho de eso, Baba.

—Me parece que no. Debió de ser el año pasado a lo sumo hace dos años. Su tumba está cavada muy recientemente.

Interrumpiose para preguntar:

—¿Y dónde está su tumba?

Parecía resuelto a llorar por la muerta. ¿Y por qué, si han transcurrido tantos años?

Yo le pregunté:

—¿La quería usted mucho?

Reflexionó antes de contestar y lo hizo en lo que parecía uno de sus raros momentos de lucidez.

—No la quería —repuso—, aunque lo intenté porque las Escrituras mandan que el hombre tenga amor a su mujer. Claro que no indican cómo ha de conseguirse. Y ella veía que yo no la amaba.

Quise consolarle.

—Pero le dio un hijo.

Replicó:

—¡Bien lo sabía ella! La mañana que el niño nació, a una hora inusitada, porque creo que eran las diez de una hermosa mañana de primavera, entré en su alcoba cuando el médico me dijo que podía hacerlo. Ai-lan tenía entre sus brazos al niño dormido y me anunció: «Ya te he dado un hijo». Y nada más. No acerté a saber qué decir. El niño tenía el cabello negro y largo. Quedé impresionado al pensar que me había nacido un hijo chino. No estaba preparado para ello. Quise reír.

—¡Pero, Baba, si su esposa era china! ¿Cómo le extrañaba que...?

Baba movió la cabeza con un indeciso recuerdo de algo que le disgustaba.

—No estaba preparado —insistió.

Lo que equivalía a confesar que no había pensado para nada en la posibilidad de tener un hijo con una extraña a su raza. Se había casado con Ai-lan por razones personales, mas no imaginado la posibilidad de un hijo. Un hijo que no deseaba. Y esa sensación de no haber sido deseado había calado profundamente en el ánimo de Gerard, como un puñal clavado continuamente o una herida no curada nunca. Y ese puñal y esa herida habían impedido a Gerard acompañarme a mi país.

Yo lo veía y lo sentía así. Y con toda claridad. ¡Qué profundo es el dolor de saberse inadecuadamente amado! De generación en generación se renueva la llaga,

que no cura hasta que el amor, sobreviniendo del sitio que sea, lo consigue.

Baba había vuelto a llorar. Dije, para hacerle olvidar su pena:

—¿Recuerda usted a Sam Blaine?

En el acto olvido a Ai-lan. Se mostraba dubitativo.

—¿A quién?

—A Blaine. Vivía usted en una casa suya, en Kansas.

—¿Sí?

—Desde luego. Y se lo digo porque Rennie se ha ido a vivir y a trabajar en el rancho de Sam Blaine. Éste estuvo en China durante la guerra. Le gustaba el país y le gustaban sus habitantes. Todos se portaron bien con él. Por eso él le correspondió cuando usted enfermó en el tren y fue dejado en aquel pueblecito de Kansas. Sam Blaine andaba por allí cerca (algún día le preguntaré por qué) y se hizo amigo suyo. Ahora es amigo de Rennie.

Baba no recordaba nada de aquello, pero el mencionárselo valió la pena para que dejase de llorar. Empujé su sillón hasta la ventana, porque le gusta mucho sentarse allí, y él dirigió la plácida mirada al panorama de valles y onduladas colinas. Como le interesan las ovejas, inclinose repetidamente sobre la ventana para verlas pastar.

—En seguida voy —dije.

Y bajé para ejecutar mi trabajo de todos los días.

Por la noche, cuando Baba se acostó y se disponía a dormir, recordó súbitamente todo lo que concernía a Sam Blaine. Ya había yo dado al viejo las buenas noches y me disponía a cerrar la puerta cuando él me interpeló.

—Hablando de Sam Blaine...

—¿Qué?

—Es un hombre que tiene cuarenta y dos años ahora. No se ha casado nunca. Su padre poseía dos mil acres de excelente tierra negra. Además de ser un ganadero opulento, tenía un par de minas en Nevada. Su esposa murió cuando Sam, que era hijo único, contaba solamente dos años.

Exclamé:

—¡Qué bien recuerda usted las cosas, Baba!

Y entré otra vez en la alcoba, y me senté, y Baba me dijo que le habían bajado del tren cuando le vieron enfermo y febril, y le dijeron que esperase en la estación. Entonces llegó Sam Blaine, que iba a recoger unos cargamentos. Y al conocer la situación de Baba, le proporcionó casa y le mandó que se acostase.

—Yo tenía fiebres tifoideas —dijo Baba—. Estaba muy enfermo. Sam me hizo compañía en la cabaña.

Y poco a poco me relató toda la historia. Cuando despertó por la noche, no sabía dónde estaba. Pero Sam velaba junto a su lecho y los dos hablaron de China. Mencionaron las aldeas chinas, y los caminos rurales, y se extasiaron recordando cómo cantaban los ruiseñores en los atardeceres de verano. Sam había estado allí durante la guerra, pero nunca se refería a las escenas de combate y muerte. Más bien evocaba ante Baba momentos de paz, familias sentadas a las puertas de su casa al ponerse el sol, hombres que araban los campos, mujeres que lavaban las ropas en las albercas rústicas...

Mientras me repetía aquellas cosas, Baba pareció repentinamente fuera de sí. Me miró con los ojos turbios. Tenía la expresión de un ser muy cansado, entre niño y provento.

—¿Dónde está esa tierra donde hemos vivido antaño?

Respondí a su pregunta:

—Está donde siempre ha estado y Gerard sigue viviendo en ella.

—Pero se encuentra...

—Al otro lado del mar.

Se sintió perplejo.

—¿Y por qué nosotros nos hallamos aquí?

En efecto, bien inquirido estaba aquello. ¿Por qué? Sentí desgarrado el corazón e incliné la cabeza sobre el huesudo pecho del anciano.

—Ahora eres tú quien lloras —dijo.

Y permaneció pacientemente inmóvil, esperando que yo separara mi cabeza de su pecho. No había efusividad en él sino paciencia. Enjugué las lágrimas y me incorporé.

—Ya es hora de que se duerma —dije.

—¿Y te irás tú a dormir?

—Antes o después, desde luego.

Y, tras esta promesa, le levanté las frazadas hasta los hombros y salí de la habitación.

¡Cuán imponente es el silencio del valle por la noche! Nadie se halla cerca de mí. Me siento tan solitaria como si me hubiesen trasladado a otro planeta. Aquí y allí brilla, aislada, una luz en la sombra. Y ello significa una casa, un hogar, una pareja, acaso niños...

En la morada de Matt luce la lámpara de aceite y, muy al extremo del valle, la única luz que no se apaga jamás es la desnuda bombilla eléctrica de la clínica de Bruce Spaulden. También conozco las intermitentes luces —ora apagadas, ora vueltas a encender— de la gente que viene aquí de veraneo.

Pero ninguno de esos resplandores arde para mí. A veces tengo el capricho de encender todas las luces de mi casa, de modo que cualquier forastero que por aquí transite creería mi casa llena de invitados. Mas no tengo ni uno.

Hoy, sintiendo intolerable la soledad, subí a mi alcoba, saqué la caja en que guardo las cartas de Gerard y las dispuse sobre mi lecho, por orden de fechas.

No hay muchas. En conjunto suman doce sin incluir la última.

La primera fue escrita poco después de que le dejáramos en Shanghai. Y ahora me pregunto si hice bien en separarme de él. Claro que él me lo aconsejó. No creo que se sintiera temeroso todavía. Tenía muchas esperanzas en el nuevo Gobierno. Incluso se mostraba muy animado creyendo que nada podía ser peor que los años de guerra que habíamos atravesado hasta entonces. Por otra parte, los oradores del nuevo orden de cosas hablaban bien. No nos intimidaron las advertencias de Pilowski, el ruso blanco que regentaba el hotel donde nos acogimos.

Pilowski aconsejaba:

—No confíen.

Y se retorció los hispídos mostachos, negros por el tinte. Pilowski debía de tener más de sesenta años.

—Nunca ha de confiarse en ningún revolucionario del mundo. Así empezaron en mi Rusia, donde prometieron todo lo que cabe prometer, para acabar quedándose con todo. Y lo mismo hicieron antes en Francia, donde mataron reyes y reinas y se mataron también unos a otros, comportándose tan mal como pudieron.

Gerard argüía:

—Difícilmente podemos nosotros perder más, señor Pilowski. Hemos quedado deshechos después de la guerra. La inflación nos aplasta. No hay remedio alguno.

¿Cómo vamos a empeorar?

—Algún día sabrán ustedes que nada se hace tan a conciencia como la maldad — contestaba Pilowski.

Y se ponía encarnado y furioso. Gerard sonreía. Y no quería seguir discutiendo, porque en el fondo creía tener razón.

Comprendo su actitud. Es propia de la arrogancia de los chinos, y Gerard es medio chino. Ellos se creen diferentes de los otros pueblos y mucho más razonables, lógicos y sensatos que los demás. En cierto sentido tienen razón.

La primera carta de Gerard era casi alegre:

Todo marcha bien. Empiezo a pensar que debiste quedarte en China. Rennie podía haber estudiado en Pekín. No sé por qué nos dejamos asustar tan fácilmente. Yo creo que en esta antigua patria mía va a apuntar un nuevo amanecer.

No hablaba de «nuestra», sino de «mi» patria. Primera insinuación de que empezaba a separarse de mí. Para caso necesario, ya daba por elegida su nación.

Hasta la quinta de sus cartas seguía pulsando la tecla de la esperanza. Y entonces advertí el primer atisbo de duda.

Me decía así:

Eva mía:

Acaso sea mejor que sigas fuera un par de años. Para asegurar su triunfo, el nuevo Gobierno tiene que vencer obstáculos de toda clase.

¿Recuerdas a Liu-Chin, el mercader de sedas? Pues parece haber resultado un traidor. Siempre tan suave, tan gentil... ¿Recuerdas? Hoy se le ha fusilado en el Puente de Marco Polo con otros once individuos, entre ellos dos mujeres.

Es inevitable que a algunos no les agrade el orden nuevo. Pero el orden nuevo es una realidad. Vivimos en él y gracias a él. Desgraciadamente, el ministro de Educación no es un hombre de instrucción extensa. Voy a tener que sustituir a...

Seguían varias líneas cuidadosamente tachadas. Sin duda, era peligroso expresarse con toda franqueza.

En lo sucesivo, Gerard no me escribió ya sobre cosas de verdadera importancia. En cambio, me hablaba de las rosas amarillas de Chan-tung que florecían en nuestro patio del Este.

Decía así:

Querida Eva:

Las rosas han florecido tarde este año. Hemos padecido dos duras tormentas de polvo, las más imponentes que nunca he conocido. Los peces de colores han perecido a montones en el estanque, por mucho que me he esforzado en renovarles el agua. El jardinero se fue a Chan-si, a casa de sus padres, hace cosa de un mes. Y me cuesta trabajo encontrar otro. Las gentes parece que no quieren...

Más palabras tachadas. Parece increíble. ¿Qué puede ser lo que no quieren? ¿Trabajar? No se entiende.

Gerard no acusa recibo de mis cartas. Le escribo diariamente y deposito la correspondencia en el buzón una vez cada semana.

Vuelvo al pasado. Y escribo en presente...

La octava carta es muy corta.

Querida esposa:

El día de hoy es como cualquier otro de mi vida actual. He preparado el plan de estudios y contratado a los profesores para el próximo semestre. El nuevo subrector es un joven emprendedor, lleno de ideas nuevas. La subrectora de la sección femenina fue en tiempos discípula mía. Ya se notaba su ambición cuando era muy joven.

Aconseja a Rennie que estudie para ingeniero. Valdrá eso más para él que cualquier otra enseñanza. Hoy hace una noche muy calurosa. Me preparo a pasar un largo verano en la soledad.

La novena carta me dio a entender que Gerard se sentía muy fatigado. Conozco sus reacciones. Antes, por esta época, solíamos hacer un viaje, tomarnos unas vacaciones, ir a veces a Peitaiho, a orillas del mar, y otras a las Montañas de Diamante, en Corea. Un año estuvimos en Tai-chan y residimos un mes en un templo budista. No sé si Rennie se acordará. El viejo abad le mimó mucho y, con una hebra de seda le enseñó ese juego que los niños llaman de las tijeras y la cuna.

Tres meses pasaron antes que me llegase la décima carta de mi marido. Y una carta bien vacua, por cierto. Lloré cuando la leí por primera vez y también ahora me hace llorar. Por ella colijo bien claramente que mi amado se ha resignado a cosas que no comprende.

Comenta, por ejemplo:

Empiezo a preguntarme si no hice mal dejando de acompañar a ti y a mi hijo a América. Pero ahora es demasiado tarde. Si nunca vuelvo a verte...

Y las ya consabidas tachaduras.

A la undécima carta le falta poco para ser definitiva.

Amada mía, más vale que no nos forjemos ilusiones sobre el día que volvamos a vernos. Es mejor que sigamos nuestras vidas tal como las llevamos. Tú, desde luego, en esa parte del mundo, mientras yo continúo en la mía. Procura que Rennie se convierta en un verdadero ciudadano americano. Ayúdale a encontrar un país auténticamente suyo. Y si crees que me olvida, no le censures.

Ahora me resulta fácil comprender toda la historia. Gerard no es más que un prisionero. La ciudad en que se quedó a vivir, se ha convertido en su celda. No es libre. Y yo tampoco lo soy, porque le amo. Y no seré libre mientras él viva.

Por ello debe alegrarme que al menos tenga a su lado una mujer. Aunque ella no sea yo, siempre será alguien a su lado. Por lo tanto, ¿a qué llorar?

Mas continúo llorando.

Esta mañana Baba me dio un susto, porque le acometió un ataque que le hizo perder el conocimiento. Se había levantado como de costumbre y tomado su ligero desayuno, que ahora consiste solamente en jugo de naranja, una cucharada de papilla y leche caliente. Y luego mientras, como hace siempre, me daba las gracias, cayó de la silla.

Tuve la suerte de que Matt estuviera cerca, recortando el seto, y le envié a toda prisa en busca de Bruce Spaulden. Permanecí mientras tanto junto a Baba, sin atreverme a moverlo y temerosa de que Bruce hubiera iniciado sus visitas ya y no fuera posible, en consecuencia, encontrarle. Afortunadamente, no se dio ese caso. Spaulden franqueó corriendo la verja y avanzó por el sendero de grava. Venía sin sombrero ni gabán, y llevaba su saco de instrumental pendiente de la mano. Abriose la puerta y él penetró. Ni la sombra de una sonrisa iluminaba su delgada faz de vermontiano, y sus ojos no tenían miradas más que para su paciente. Yo sé que no conviene hablar cuando no le hablan a uno y permanecí silenciosa, esperando indicaciones.

—Levántele la manga.

Obedecí. Bruce hundió en la flácida carne del antebrazo del viejo una jeringuilla que manejaba con la mayor destreza. Luego tomó a Baba entre sus brazos y le condujo a su lecho.

—Tápele y procure que conserve el calor —me aconsejó—. No cabe hacer más. Lo probable es que vuelva de este desmayo, pero se le repetirá otras veces, y de una de ellas no saldrá. No debe usted asustarse. Aunque permaneciésemos a su lado cuando la cosa ocurra, yo no podría hacer nada. Le pondría una inyección, como ahora, pero sería una cosa inútil.

—Me quedaré a su lado hasta que despierte —dije.

—No es necesario. Ocúpese en sus cosas, entre de vez en cuando en la alcoba del paciente y vea cómo sigue.

Y guardó sus instrumentos mientras yo arropaba a Baba y le subía el cobertor hasta la barbilla. La mañana era calurosa para lo que suele ser el tiempo en nuestras montañas, pero la piel de Baba estaba fría como la carne recién muerta. No obstante, respiraba. Noté que Bruce me miraba.

—Venga conmigo —dijo.

Le seguí al piso bajo. En vez de dirigirse a la puerta, se instaló en el asiento que tenemos al pie de la escalera, junto al viejo reloj.

Habló de modo brusco.

—No es cosa de andar con rodeos —dijo—. Sé que lo mejor es decir las cosas cuando uno siente el impulso de decirlas. Isabel, ¿quiere usted casarse conmigo?

No bromeaba. Lo pensé así por un momento, pero la intensa expresión de sus ojos me desengañó.

—Estoy casada —repuse—, y mi marido vive.

—No lo sé —murmuró—. Como no se le vi nunca...

—No puede. Está en China. En Pekín.

—Tanto como muerto —contestó Bruce.

—Para mí sigue vivo —aduje yo.

Bruce se levantó, cogió la cartera del instrumental, que había dejado en el suelo, y se encaminó a la puerta. Allí se detuvo y se volvió a mirarme. Yo permanecía al lado de la escalera, junto al postecillo del buzón de correos.

—De todos modos, Isabel —insistió, grises sus ojos bajo sus cejas negras—, siendo las cosas como son en este incierto mundo, y viviendo en la época en que vivimos, mi oferta persiste.

—Quisiera que no la hubiera formulado —contesté—. Ahora la recordaré siempre que nos veamos.

—Eso es exactamente lo que deseo —dijo él.

Sonrió y su rostro, en cierto aspecto serio, se mostró repentinamente jovial. Y en seguida se fue.

Permanecí sola experimentando un sentimiento no amoroso, pero sí de femineidad complacida. Por segunda vez en mi vida se me había declarado un hombre. Y, hablando sinceramente, casi podría decir que por primera, puesto que Gerard lo hizo con tantos rodeos y vacilaciones —y hasta incluso temores de no portarse bien conmigo—, que casi fui yo quien le arrancó la declaración.

Y no es de extrañar, porque, como Gerard dice, él es una especie de ser humano anónimo, de orígenes dobles, y que, por pertenecer a dos partes del mundo, no pertenece a ninguna en particular.

No veo qué puedo hacer respecto a la proposición que ahora me han formulado. Nunca había sospechado la posibilidad de que Bruce amase a mujer alguna, y mucho menos a mí. Sé que le gustan los niños y sólo con ellos he visto trocarse la sobriedad de su carácter en algo parecido a la ternura. Es un hombre muy taciturno. Vive solo. Y yo estoy aprendiendo a vivir sola. Pero no estoy segura de que pudiera vivir al lado de un hombre tan silencioso.

Salí de mi estupor y, dejando la puerta abierta, corrí al lado de Baba. Continuaba inconsciente.

Hoy el cartero me ha traído una carta con sellos de la República Popular China.

—Debe de ser de su marido —me dijo el buen hombre.

Y me tendió la carta con tanto orgullo como si hubiese ido él a buscarla al otro lado del océano.

—Gracias —repuse.

Y no le expliqué que, en cuanto vi la letra del sobre, comprendí que no era de Gerard. Debía de ser de...

¿Cómo la llamaré? Porque la esposa de Gerard soy yo. Me resisto a usar la palabra «concubina». Y, sin embargo, no veo qué otra cosa puede ser esa mujer. Doy por hecho que los vecinos chinos de nuestra calle de Pekín la llamarán la esposa china de Gerard, y a mí su esposa americana. Pero hay algo que me hiere profundamente: si ella puede escribir, ¿por qué no puede hacerlo él? ¿Es lealtad o temor lo que se lo impide? Si es lealtad hacia mí y recuerda lo que nos hemos querido, debe reconocer que con ello perjudica nuestro amor.

Abro la carta y copio su sencillo texto:

Querida hermana mayor:

Ha llegado tu carta y agradezco tu respuesta. Ahora es mi deber hablarte de tu marido. No tengo la certeza de que esta carta llegue a tu poder, pero yo cumplo con mi obligación.

Expido mi misiva por un conducto secreto. Si cae en ciertas manos, nunca la recibirás. Pero procuraré que sí.

Tu marido está bien, aunque muy triste. No me habla nunca. Va todos los días a su trabajo y vuelve de noche a casa. Ésta sigue como la dejaste. No he cambiado nada. Pero no acierto a conservarla tan limpia como antes. Y a le digo a tu esposo que no sé hacer las cosas tan bien como tú. Pero sí cocino lo que le gusta. Nunca le menciono tu nombre, mas él lo conserva en su mente como una fuente de secreta alegría. Por la noche, cuando la luna brilla, él sale a los patios y contempla el cielo. ¿Es la luna lo mismo en vuestro país? He oído decir que sí, que es lo mismo. Y a la luna debe de dedicar tu esposo los pensamientos que tiene en ti.

Está bien de salud, pero duerme mal. No tenemos hijos y él me afirma que

no los desea. Yo les respondo que entonces no se preocupa de mí, pero él me asegura que es mejor no tener hijos de sangre mezclada. No obstante, confío en tener un hijo. Iré al templo y rogaré a la diosa de la Fecundidad. Lo haré en secreto, porque se nos aconseja ahora que no creamos en los dioses.

Cuídate mucho. Si vienes alguna vez, la casa no estará tan solitaria como ahora. Podríamos ser buenas amigas. Lo desea,

TU HERMANA MENOR.

Esta vez, seguramente por razones de seguridad, la mujer no firma con su nombre. Y el sobre no lleva matasellos de Singapur, sino de Hong-kong.

La carta me ha causado un extraño alivio. Es sencilla y cariñosa. Me sorprende no tener celos. Cuando la luna se alce sobre las montañas de Vermont saldré y permaneceré inmóvil bajo su luz y me regocijaré sabiendo que unas cuantas horas antes él ha hecho lo mismo. No sabes cuánto lo agradezco todo, hermana menor...

Vivo una extraña existencia interior. Nadie en el valle me comprendería si la mencionara he de permanecer muda. Pero deseo ansiosamente dejar el mundo en que viví con Gerard para entrar en otro, a lo que me fuerzan circunstancias que estoy tan lejos de poder fiscalizar como la salida del sol o la aparición de la luna, luna que en este momento parece suspendida sobre los oscuros cedros de la ladera del monte. Pero no puedo dejar este mundo mío, aunque ya no exista como realidad práctica, ni tampoco insertarme en el mundo distinto en que me veo obligada a vivir. Y sé que existo, pero de un modo indeciso, sólo en el espacio...

¡Si pudiese dejar de recordar! Anhele hacerlo, ya que compruebo que Gerard va cortando, uno tras otro, todos los vínculos que nos unían. No se trata sólo de que haya dejado de escribirme. Es que se niega también a pensar en mí. Antaño, cuando parecía posible nuestra reunión, yo sentía íntimamente su comunión moral conmigo. En los ásperos montes de Sze-chuán, cuando yo vivía en Chung-king y él avanzaba penosamente a través de parajes inhóspitos, a pie, conduciendo a sus estudiantes y al claustro universitario que dirigía, todos rumbo al Oeste, yo sentía, especialmente a la hora del crepúsculo, y más tarde cuando se levantaba la luna, que el corazón y la mente consciente de Gerard me buscaban, y me sentía unida a él.

Pero ahora mi ánimo escudriña tierra y mar, buscándole, y no le puedo encontrar. Se esconde voluntariamente. Se retira de mí.

Y eso no puede significar más que una cosa: que no tiene esperanzas de volver a verme. No digo que haya dejado de amarme. Eso no entra en lo posible. Se trata, a secas, de que la vida terrena ha terminado para nosotros. No obstante, continúo funcionando en el espacio. Sin poder liberarme del pasado, resulta que lo presente y lo futuro no existen. Cuando Bruce me habló de matrimonio, sus palabras llegaron a mi oído, pero no a mi corazón. No obstante, reverberan como ecos dentro de mí, de un modo desolado y vacío.

Al entrar en el cuarto de Baba esa sensación acudió a mí, no con la fuerza vital de

las sensaciones que experimentaba en mi casa de Pekín, sino de un modo apagado, aunque efectivo. Es algo parecido a la impresión que causa la visión de los palacios arruinados y los jardines silenciosos. Todos ellos existen, pero no tienen uso ni se puede decir que vivan.

Sé que voy a menudo al aposento de Baba sin otra finalidad que la de ver su anciana figura, envuelta en una veste china de brocado azul y sentada junto a la ventana. Las pocas cosas que conmigo traje de China —unos rollos rituales, un jarroncito de jade, una alfombra tan azul como el cielo de la China septentrional— se han sacado, no sé cómo, de los distintos rincones de la casa e ido al fin a parar al cuarto de Baba.

Crucé la puerta y la cerré detrás de mí.

—¿Cómo se encuentra, Baba?

Me contestó, con voz clara:

—Muy bien.

Carnalmente no sabe dónde se encuentra ni ello tiene para él importancia alguna. Vive en el mundo que conoció otro y que ha dejado de existir, excepto para él. De vez en cuando hace vagas alusiones a los sirvientes.

—¿Cómo no mandaste al *amah* que me la vara la ropa?

—El *amah* no está aquí, Baba.

—¡Qué raro!

Pero no pregunta dónde se encuentra. Se pondría en presencia de hechos que no desea afrontar. Guarda, pues, silencio y olvida. Y así subsiste el padre de Gerard, hombre viejo y bien plantado, alto y, dentro de su estado de salud, erguido. Es flaco como un santo asceta, tiene el cabello blanco como la nieve de la montaña, y lleva la barba, no menos blanca, sin cortar siquiera.

Todo lo ha olvidado, incluso a Rennie. No piensa. Existe y nada más. Y ésa su existencia elemental, pura, infantil y ajena a todo, menos a sí mismo, me trae otra vez el recuerdo de Pekín.

¡Oh, aquella ciudad de ensueño! Siempre que pienso en Gerard le veo en la ciudad de los emperadores. Todo lo que encierra vida sigue allí, incluyendo los palacios con sus techos de azul y de oro, en los que me parece columbrar imperiales séquitos de mujeres y hombres. Allí cada piedra contiene una historia. En las anchas calles, las gentes comunes olvidan su vulgaridad y asumen aires principescos, porque la ciudad en que viven es una capital de monarcas. Ni los mismos mendigos parecen tener hambre. Salen de los rincones con las manos tendidas, pero con las cabezas alzadas.

No recuerdo la ciudad en conjunto. Es demasiado rica en vitalidad para eso. Sólo la distingo a través de los gloriosos fragmentos de luz solar que dejan percibir las amarillas polvoredas de las tempestades primaverales. Y todo me parece un vasto jardín de verano, con techumbres de porcelana azul y dorados ornamentos que relampaguean entre la penumbra de los cedros verdes. Otras veces diviso gruesas

masas de nieve en los tejados y calles. Los hombres y niños caminan con precaución, tomo gatos, pero todos van muy animados. El frío les colorea las mejillas. Gorros de piel les protegen las orejas. Y también se me representan las calles por las noches, alegres de populares festejos o tranquilas en la monótona placidez de la vida cotidiana. Arden lámparas y bujías, reúnen las familias en torno a las mesas, cuchichean los hombres entre sí, una mujer amamanta a su hijo...

¡Qué quietas están las montañas de Vermont y qué desprovistas parecen de vida humana! En cuanto llega la noche, los bosques se tornan siniestramente negros. Cuando el sol brilla a través de copas de árboles, de matojos y de helechos, todo se torna un mundo de inocencia y belleza cándida. Pero luego el sol se pone y la sombra desciende sobre el valle.

Ha vuelto el otoño y principia a caer la hoja. ¿Qué vida puede quedar en el superficial suelo vegetal de estas montañas que, sin embargo, dan su savia a las plantas azucareras, haciéndolas florecer en los meses primaverales y prestando a la vegetación en otoño tan vividos colores?

Los árboles rebosan de color como en mayo de savia. Ayer, hablando con el perito forestal del Estado, un joven alto y delgado, que parece muy apasionado de los árboles, supe que no se conoce todavía la causa de que la savia del arce, por ejemplo, fluya tan vigorosa en primavera. La fuerza que motiva eso es una fuerza inexplicable, pero muy suficiente para mover motores si se la encauzara debidamente. Se trata de una potencia celular que no brota de la tierra directamente a través de las raíces, ya que puede cortarse un arce y se comprobaría que la savia sigue ascendiendo hasta en la parte desarraigada. No hay corazón en los árboles, como el cuerpo humano, ni latido perceptible, sino que les da vida una esencia pura, elemental y casi espiritual en su principio. Es la fuerza de la vida expresada a través de la materia.

Al desprenderse las hojas, se ven más allá de las ramas los contornos de las montañas perfilándose bajo un cielo de regia tonalidad azul. Ya están hechos los trabajos agrícolas para el año. Quedan las tareas rutinarias y cotidianas de cuidar las vacas y sus crías, de efectuar el doble ordeño diario, de dar alimento y agua a las gallinas y de recoger los huevos que éstas ponen en el corral. Me agrada participar en esas faenas, aun cuando sé que Matt no me necesita.

El mes pasado vendí tres vacas para no tener que sustentarlas durante el invierno. Ayer Matt reforzó las contraventanas, y hoy mismo el tiempo ha vuelto a ser caluroso. El clima muestra aquí la misma coherente perversidad que en China. Pero no puedo, como hacen los labriegos chinos, salir al campo y amenazar con el puño cerrado al Gran Anciano de los Cielos.

Ha habido siempre una íntima relación, mixta de amistosa y crítica, entre los dioses chinos y la gente de labranza. Los campesinos esperan que su dioses se cuiden de ellos y les envíen lluvias y soles en tiempo adecuado. El tiempo caluroso después de las primeras grandes fiestas de invierno, hace medrar la avena invernal, y en cambio el mismo cultivo corre riesgo de helarse si sobrevienen tiempos inclementes. Es frecuente oír a un labriego dirigirse así a los dioses:

—¡Eh, tú, señor grande que estás ahí arriba! ¿Qué motivo has tenido para enviar

calor inoportuno en lugar de fresco? ¿Os habéis emborrachado las gentes de los cielos? ¿O es que os habéis vuelto locos? Andad con cuidado. Os advierto que no pienso quemaros más incienso ni entregar más dádivas a los santuarios.

Yo soy muy escéptica respecto a tales conminaciones a los dioses, pero es el caso que, después de haber oído aquélla, no transcurrieron dos días sin que llegase del Norte una gran ráfaga de frío.

¡Cómo reímos Gerard y yo! Pero ¡cuántas veces reíamos en los comienzos de nuestro feliz matrimonio! Creo que fui yo quien le enseñó a reír. Y entonces supe dar con la rica vena de su humorismo chino. Cuando más chino volvía, más alegre estaba.

¿Le hará ahora reír su nueva mujer china? Ya no leo las cartas de él, sino las de ella. No sé por qué, me molesta leer las cartas de Gerard. Parecen tan viejas como si perteneciesen a otra edad. Vive en un ambiente que no es el que yo conocía. Intento localizarle a través de las cartas de su mujer china y sólo le entreveo, como una sombra.

Esta noche, al abrir la ventana que da a mi angosto valle, invadió la habitación una masa de copos de nieve que me azotaron la mejilla mientras el viento henchía los pliegues de mi bata larga. Corrí al lecho y me subí hasta los hombros las confortantes mantas. No quiero recordar lo sola que tengo que vivir. Sólo pensaré en la comodidad que me procuran mis mantas.

Están hechas con la lana que en junio me procuran mis ovejas. Mis ovejas, pues, me dan calor, como mis vacas me agasajan con leche, manteca y queso. Mis tierras me proporcionan los demás alimentos necesarios, además de muy bellos paisajes que contemplar.

Cuando envié los sacos de lana a la fábrica, pedí que me hiciesen las mantas dobles y que las tiñeran de un rosado intenso, con lo que tienen el color de las rosas maceradas. Me acurruco placentemente entre ellas, satisfecha de su vista y calor. Todos mis placeres radican ahora en esas menudencias. Pero sólo las cosas menudas son eternas de verdad.

Hoy el suelo apareció cubierto de nieve. Las montañas parecían haber duplicado su altura. Y he recibido la primera carta de Rennie. Era la única carta que el cartero depositó en el buzón, así que nada me impidió dedicarme exclusivamente a ella. Me senté en la cocina, dejé la escoba, tiré a un lado el paño del polvo y rasgué el sobre. La carta empezaba: «Querida mamá».

Besé las palabras y proseguí leyendo. Rennie escribe como si sólo faltara de casa desde ayer y no desde hace meses y más meses.

¿Y adónde ha ido a parar mi Rennie? La misiva llega desde un colegio del Oeste medio. No ha ido a Harvard, como su padre. Explica que él prefiere hacer las cosas solo y a su manera. De suerte que se está abriendo camino por su cuenta como, según afirma, hizo Sam.

La carta tiene un carácter muy práctico. Expone simples hechos y pocos pormenores. Está estudiando de firme y le gusta mucho la Física. Comparte su cuarto con un muchacho llamado Jorge Bowen, el cual tiene una hermana. No muy bonita, pero sí de buena apariencia y además inteligente. Y, por lo visto, alta.

Añade: «No empieces a forjarte ideas raras, mamá. No quiero relación alguna con las mujeres».

Suspendo la lectura. Mi hijo no quiere relación alguna con las mujeres. ¡A los diecinueve años! Mucho ha debido de dolerle lo de Alegría. Pero a todo hombre y mujer les duele un primer fracaso en amor, exceptuando las raras personas, como Gerard y yo, que convertimos el amor primero en amor único.

Rennie promete: «Iré a casa por Navidades».

Éstas sí que son buenas nuevas. Bastan para satisfacerme. El muchacho vendrá y festejaremos las Pascuas. Para Baba y para mí solos sería muy doloroso celebrarlas. Él indudablemente ha olvidado hasta el día conmemorativo y yo voy a tener una fiesta para mí sola. De modo que, de no haberme escrito Rennie, yo hubiera dejado transcurrir este día como otro cualquiera.

Pero ahora prepararé un gran pastel de ciruela, y aderezaré un pavo, y compraré ostras frescas en la tienda de comestibles. Y también confitura de nueces para Rennie. Y le confeccionaré para entonces un chaleco de punto. De color rojo.

¡Pensar que en tantos meses no ha tenido el pobre hijo quien le zurza la ropa! Le diré que la traiga toda a casa y yo veré lo que ha de hacerse con ella.

La casa me parece repentinamente llena de luz y de vida. Subo corriendo al cuarto de Baba, que está plácidamente sentado junto a la ventana, donde le dejé antes.

Me habla en chino.

—Tengo las piernas heladas.

—¡Claro! Ha dejado usted que se le cayese al suelo la manta que le pongo en las rodillas.

—Es verdad.

—Es usted muy descuidado, Baba.

Finjo reprenderle, también en chino. Cuando él habla en chino, olvida el inglés. Y luego, ya en mi idioma, le transmito las noticias que he recibido.

—Rennie viene a casa a pasar las Navidades, Baba. ¿Me oye usted y me entiende bien? Rennie.

—Rennie...

—Repita conmigo: «Rennie es mi nieto».

Dirige sus envejecidos ojos a mi faz y repite con voz temblorosa y casi asustada:

—Rennie es mi nieto.

—Viene a casa a pasar las Navidades.

—Viene a casa a pasar las Navidades —corea Baba.

No sé si sabe lo que eso significa, pero me siento segura de que lo sabrá cuando venga Rennie. No me cabe la menor duda.

Beso a Baba en la cabeza y voy, presurosa, a inspeccionar la habitación de Rennie. ¿Sabrá Matt ayudarme a pintar las paredes? Acaso un color amarillo claro...

Transcurren, veloces, los días. Sólo faltan cuatro para Navidad y Rennie llega esta noche. Entretanto he recibido dos cartas de Pekín. Una fue depositada en Correos en Manila y la otra en Bangkok.

Verdaderamente, la chinita de Gerard demuestra ser una mujer de recursos. Empieza a interesarme bastante. Parece tener amistades capaces de dar curso a sus escritos mediante las vías más divergentes. Tengo la certeza de que actúa así velando por la seguridad de Gerard.

Las cartas de mi marido son, evidentemente, fiscalizadas y leídas, pero ella podrá esconder las suyas en su manga y llevarlas a casa de cualquier familia a la que visite y que no despierte sospechas.

¿Cómo será esa mujer? Quisiera pedirle —y a la vez rechazo la idea— una fotografía suya. Claro está que seguramente ya me la habría enviado si le fuera posible. Debe de pertenecer a ese tipo de mujer, cariñosa y jovial, que gusta de atesorar fotografías y dijes, y recuerdos y cosas por el estilo.

Más que de nada me habla de la casa, de Gerard y de la vida que llevan. Nunca menciona su nombre, pero las dos sabemos que si dice «él», a Gerard se refiere.

«Él está acatarrado hoy. El motivo es la arena que se le introduce en la garganta mientras da clase en el aula. Le he preparado una infusión de té silvestre caliente, con miel. La tomo y está mejor».

Es verdad. Las tormentas de arena del otoño solían producir tos a Gerard y le impedían dormir bien. Pensábamos muchas veces trasladarnos a otro punto de China que distase más de los desiertos del Noroeste. Quizás a una de las grandes ciudades que se alzan a orillas del río Yang-tsé. Pero al llegar la hora de las decisiones, Gerard se negaba a salir de Pekín.

—Siento que pertenezco a esta ciudad como a una patria —decía—. No hay otra como ella. Me sentiría forastero en cualquier parte.

Y allí nos quedábamos. Mas ¿por qué, en los catarros de Gerard, no se me ocurriría nunca hacerle una infusión de té silvestre con miel? Veo que Mei-lan cuida a mi marido mejor que yo. ¿Tanto le quiere?

Creo verdaderamente que le ama con todo su corazón, pero que ese corazón es pequeño y se llena tan pronto como una taza diminuta. ¿Bastará eso a Gerard?

Quizá. No lo sé. Su mujer de ahora continúa explicando: «Este otoño los

crisantemos están grandes y muy hermosos. Florecen, espléndidos de color, junto al muro septentrional del patio mayor».

Allí crecían siempre nuestros crisantemos. Además yo plantaba otros, blancos y encamados, junto a la tapia del patio pequeño, donde estaba nuestro dormitorio. Pero Mei-lan mi menciona eso para nada.

Añade: «Él trabaja mucho ahora. Hay clases nuevas y abundancia de nuevos estudiantes. Creo que, más que mucho, trabaja demasiado. Por las noches no puede cerrar los ojos. Y cuando duerme pronuncia entre sueños palabras que yo no puedo comprender».

¿Proferirá mi nombre? Si lo hace, acaso fuera demasiado pedir que su mujer actual me lo dijera. Gerard ahora está muy lejos de mí. Habíamos de vernos y creo que seguiríamos sintiéndonos muy alejados. Entre nosotros median muy largos días en los que yo no he tenido participación alguna. No puedo preguntarle cosa alguna acerca de ellos, con tanto mayor motivo cuanto que nunca nos separó reticencia alguna mientras vivimos unidos.

Doblo y guardo las cartas. No tengo tiempo para pensar en tales cosas. Rennie llega esta noche. Ya le tengo el cuarto preparado. Las paredes han sido pintadas de color amarillo claro, los muebles están bruñidos y sin polvo, tiene limpias y bien mullidas las ropas del lecho, ramos de bayas rojas adornan la repisa de la chimenea y en el hogar se apila leña suficiente.

Como por la noche ha vuelto a nevar, imagino que Rennie querrá esquiar un poco. Le encero los esquís y se los coloco en la entrada de la cocina, esperándole.

Todo lo termino tan temprano, que luego las horas se me hacen interminables. Cualquiera diría que se ha parado el reloj.

Yo di vueltas en la cabeza repetidamente a la idea de si convendría montar un árbol de Navidad, pero luego resolví que no, porque siempre he cumplido con Rennie la costumbre de mi niñez, cuando mi padre y yo salíamos al bosque la víspera de Pascuas para cortar el árbol de Navidad. Es tan importante hoy, a mi entender, aferrarse a las viejas usanzas familiares... Así se liga lo presente con lo pasado y se puede alcanzar lo futuro. De haber la madre de Gerard podido llevar a su familia a la casa de Baba, dando de ese modo a Gerard un lugar en la historia del clan, no habría crecido mi esposo tan solitario. Pero probablemente Baba no lo permitió, o acaso Ai-lan se segregó de su familia al casarse con un extranjero y por eso acabo convirtiéndose en una revolucionaria. Sólo los desesperados y desolados se truecan en revolucionarios. Y yo tengo que impedir que Rennie sea una cosa tan triste. Ha de encontrar su lugar y su patria aquí, en este valle donde yacen enterrados mis abuelos. Rennie ha de pertenecer a su país, porque si no será un rebelde doquiera que pueda encontrarse.

Vuelvo a sentir las cosas intensamente. Ésa es la fuerza y la debilidad que tiene una madre con respecto a un hijo. Se me figura que una hija estaría siempre más cerca de mí, más dentro del ámbito de mis palabras. Pero Rennie ya ha establecido

una seria distancia entre él y yo. Vuelve, pero es en cierto modo un extraño. He de recobrar su intimidad, como si no nos conociésemos de antes. Espero tener la bastante habilidad para conseguirlo.

Ya se acerca la tan esperada noche. Las montañas ocultan el sol del crepúsculo y el cielo se enciende de rojo tras un primer plano de blanca nieve. Baba nota la excitación que reina en la casa y se niega a acostarse temprano. Pide que se le dé la mejor de sus túnicas chinas, que es de raso, de color castaño, con botones dorados, y se empeña en tomar un bastón de lujo, cuyo puño representa la cabeza de un dragón oriental. Es un bastón realmente pesado para que le resulte cómodo, por lo que diariamente suele usar un bastoncillo de Malaca, pero hoy ha recordado el bastón de draconiana cabeza y he tenido que ir a buscárselo al cuarto de los trastos. Con su blanco cabello y su larga barba blanca parece un viejo patriarca chino. Su piel, siempre morena, ha tomado ahora un tinte de cordobán y está llena de arrugas. Sólo su orgulloso perfil aquilino declara su ascendencia escocesa y no china.

Le aseguro que tengo que preparar la mesa para la cena y bajo para estar más cerca de la puerta de entrada. He anudado una rama de montañero pino y un racimo de muérdago escarlata al llamador de bronce. Quisiera que Rennie llegara por la puerta frontera, y junto a ella permanezco.

Al fin, la doble claridad de los faros de un automóvil acuchilla las penumbras del anochecer. Es Rennie. Debe de haber alquilado un coche en la estación de Manchester. Como no me advertía la hora de su llegada, no pude ir a la estación a recibirle.

Ya llega el automóvil. Siento un súbito mareo y tengo que apoyar la cabeza en el quicio de la puerta. Oigo retumbar el aldabón sobre mi placa de bronce. ¿Y si no fuera Rennie? Quizás uno de los transeúntes que, rara vez, es cierto, pasan por aquí.

Abro la puerta, que no tiene la llave echada, y me encuentro ante dos hombres de elevada estatura. Uno es Rennie y el otro Sam.

Sam toma la palabra en primer término.

—Buenas noches, señora. Me ha parecido bien acompañar a Rennie para ver cómo sigue mi antiguo amigo. Si le molesta un huésped no invitado en Navidades, puede usted mandar que me largue de aquí.

Me estrecha la mano como si quisiera quebrarme la muñeca y veo relampaguear sus azules ojos. Luego me echa los brazos al cuello y me besa cordialmente en la mejilla. Y mientras, tartamudeo unas palabras de bienvenida, sólo tengo ojos para Rennie, que es ahora un hombre alto, joven, moreno y sonriente, que no pronuncia por el momento una sola sílaba.

Sam debe de pensar que se ha manifestado demasiado efusivo, porque retrocede un paso y murmura:

—Perdón, señora.

Rennie se adelanta, coge mi mano entre las suyas, se inclina y me besa en ambas mejillas. Lo hace tan ligeramente, que apenas siento el roce de sus juveniles labios.

—¡Hola, mamá!

Me mira y le miro. Él calla. Me apresuro a hablar.

—Pasen, pasen, que hace una noche muy fría. Dentro estaremos calientes. Mañana será un buen día para esquiar, Rennie.

Entran. Rennie examina detenidamente el vestíbulo y la sala. He encendido todas las lámparas y múltiples bujías lucen sobre la mesa del comedor. He arreglado ésta con mi mejor mantelería y he sacado los cubiertos de plata de mi madre. Un jarrón con hojas de muérdago adorna el centro de la mesa. Como aquí no se cultiva el acebo, he comprado el muérdago a buen precio.

Pregunto a Rennie:

—¿Verdad que todo está lo mismo?

Mueve la cabeza y no responde. No, las cosas no le parecen las mismas porque no es el mismo él. Ha cambiado. Y adivino que late en él cierto temor de mí, que soy su madre. Sin duda le preocupa la posibilidad de que yo intente tratarle como a un chiquillo en vez de como a un hombre crecido. Renunciaría con gusto a ser mi hijo si ello le hiciera volver a sentirse niño. Lo comprendo, con dolor, en un fragmento de segundo.

Pregunto seriamente:

—¿Quieren subir a sus habitaciones?

Y añado:

—La tuya está preparada, Rennie, y la de Sam quedará dispuesta en cuanto le ponga en ella unas toallas. Celebro mucho su visita, Sam.

Y no miento. Al principio casi me molestó que mi hijo trajera un desconocido. Pero conozco la causa de que le acompañe. Rennie lo ha deseado para no verse a solas con su madre. Necesita la compañía de un hombre que le garantice contra mis efusividades.

Por lo tanto, debo permanecer muy serena y muy dueña de mí misma. No debo pedir demostraciones de afecto a ese joven alto y taciturno en que se ha convertido mi hijo. Acaba, pues, contentándome la presencia de Sam. Me será más sencillo tratar a los dos como a meros invitados.

Digo animadamente:

—Ya conoces tu dormitorio, Rennie. El suyo, Sam, está ahí, a la derecha.

Sam pregunta:

—¿Y mi anciano amigo?

—Bien. Y le complacerá verle.

Mientras hablo, anhelo vivamente que Baba recuerde a Sam.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Abro la puerta del cuarto de Baba y Sam penetra en él mientras Rennie se desliza ante la puerta, llega a su cuarto, pasa y cierra.

—¡Hombre, hombre! —exclama Sam.

Y se lanza hacia el viejo con las manos extendidas. Baba le contempla, desconcertado.

Sam sigue hablando jovialmente y a grandes voces.

—Conque ¿sentado en su trono como un antiguo emperador de la China? ¿Cómo está usted, doctor McLeod?

Arrastra una silla de madera hasta enfrente de la de Baba y se instala a horcajadas en ella, crespo su cabello terroso y distendida la boca en una sonrisa.

—Estoy bien —dice Baba cautamente.

Luego me mira, como pidiéndome ayuda.

—¿Eres mi nieto? —pregunta por fin, con voz suave.

Sam rompe a reír.

—No tanto, no tanto... Rennie ha cambiado mucho, pero hasta este extremo no. ¿Es posible que no me recuerde, señor McLeod?

—Yo...

—Fui quien le llevó a la casa del mayoral de mi rancho. ¿Se le ha olvidado? ¡Con lo buenos amigos que éramos!

Vuelve la memoria lentamente a Baba. Asiente inclinando la cabeza y da, con el bastón de cabeza draconina, dos o tres golpes en la alfombra.

—Usted es —murmura lentamente— Sam.

Sam se manifiesta deleitado.

—¡Naturalmente! Tiene usted muy buen aspecto. Se ve que le cuidan mucho.

Yo ansío separarme de los dos y dirigirme al cuarto de Rennie. De estar a solas con mi hijo, seguramente nos abrazaríamos. Acaso por una sola vez, pero me bastaría. Mas Sam está delante y me ve. Cuando nota que me acerco a la puerta, me habla.

—Señora —dice—, no tome a mal que le indique que quizá convenga dejar solo a Rennie por algún tiempo. Él volverá a usted a su tiempo debido, pero por ahora conviene contemporizar con él.

Respondo:

—Eso me parecía.

Y me siento, en silencio.

Al fin se abre la puerta de Rennie y éste se nos acerca. Se ha cambiado de ropa y lleva unos pantalones oscuros y una chaqueta de cheviot que yo no le conocía. Se ha peinado el cabello aplastándolo mucho y luce una corbata encarnada. Veo que, en efecto, es ya un hombre, y un hombre muy gallardo... Aunque joven, emana de él no sé qué fuerza íntima. ¿No volveré a comprenderle jamás? Y en todo caso, ¿cómo lo lograré?

—¿Cómo está usted, abuelo? —murmura, dirigiéndose a Baba.

Se arrodilla a su lado, al modo de los nietos chinos, y toma la mano de Baba.

Baba le mira reflexivamente.

—¿Eres mi hijo Gerard?

Rennie contesta:

—No; su nieto.

Se miran cara a cara y por primera vez reparo en el parecido de sus facciones. El perfil de Rennie, al transformarse por obra de la masculinidad, adquiere las líneas escocesas y no las chinas.

—Mi nieto —repite Baba.

Se inclina de pronto y besa a Rennie en la frente.

Hasta ahora no le había visto besar a nadie. Rennie, conmovido, se lleva a la mejilla la mano de su abuelo.

—Me alegro de haber venido a casa —dice.

Se vuelve a mí con lágrimas en los ojos.

Tras esto la noche transcurre plácidamente. Los dos jóvenes, entrelazando las manos, improvisan una silla en la que bajan por la escalera a Baba. El anciano se sienta con nosotros a la mesa. Yo, en mi alegría, corro arriba y me pongo mi vestido de noche, de terciopelo, color de vino, que no he vuelto a usar desde que nos separamos Gerard y yo. La última noche que pasamos en Shanghai fuimos a comer juntos al «Hotel Astor» y después bailamos, y yo usé este bonito traje, que había logrado reservar durante toda la guerra. Danzamos los dos mejilla contra mejilla, olvidados de la gente que nos circundaba y resueltos a mezclarnos durante unas cuantas horas con los huéspedes europeos del hotel, la mayoría de ellos a punto de abandonar un país que amaban, pero al que no pertenecían.

Sin decírnoslo, entonces comprendimos Gerard y yo que él debía quedarse y yo partir. Yo lo sentía así. Seguramente también él.

Ya antes, al comenzar esta noche, había pensado ponerme el vestido de gala, pero reflexioné y no lo hice. Pero después he comprendido que cuanto poseo debe ser parte de esta casa, de este valle y del país en que nací. Me visto, pues, a toda prisa, bajo y, al entrar en el comedor, advierto la sorpresa con que me contemplan los dos jóvenes. Hasta ahora, a lo que parece, no habían reparado en que soy mujer.

Me satisface que Rennie me considere de otra manera que sólo como una madre. Quizá no sienta así tanta prevención contra mí. Lo que piense Sam, da lo mismo.

Coloco a Rennie a la cabecera de la mesa y yo me instalo frente a él, con Baba a mi derecha, para poder servirle los manjares. Tenemos sopa caliente, servida en tazones chinos que yo compré en un Viaje a Nueva York porque me parecieron iguales a unos que había visto en Pekín, aunque de porcelana más tosca.

Y comienza la cena. Rennie se alegra y se muestra hablador, mientras Sam cae en un repentino silencio y parece algo cohibido.

Mi hijo afirma:

—Voy a enseñar a Sam a esquiar. Vive en un país muy llano y no conoce la emoción de deslizarse sobre la nieve montaña abajo.

Yo advierto:

—Tenemos otros esquís en el desván.

—No sé —afirma Sam— si me atraerá mucho la idea de lanzarme montaña abajo. Eso debe de requerir una fibra de que yo carezco.

Rennie responde:

—Apela a cualquier otra clase de fibra de las que te sobran y verás como encuentras ésa. Te he visto aterrizar en tu avioneta monomotor a una velocidad peor que si descendieras con esquís del mismísimo Everest.

Sam aduce:

—Pero no llevaba la máquina atada a los pies.

Los dos tienen buen apetito y comen en abundancia. Yo los miro con complacencia. En el fondo es grato tener invitados a la mesa, por lo menos para mí, que durante tanto tiempo he tenido que comer sola. Me enorgullece lo bueno que está el cordero asado, y los guisantes, y las patatas asadas, y la ensalada de lechuga. No he olvidado las empanadas de manzana, tan del gusto de Rennie y las sirvo con tajadas de queso y tazas de café caliente.

Rennie me dirige una sonrisa.

—Había olvidado lo buena cocinera que eres.

—Hoy he hecho un esfuerzo especial —digo.

—No me gustaría comer tan bien todos los días —declara Rennie.

Ha dominado sus recelos de los primeros instantes y vuelve a ser el que era. Noto que, a hurtadillas según cree, tiene que aflojarse un par de puntos del cinturón. En Rennie los buenos modales son tan innatos como el respirar. Los adquirió en Pekín, donde habita la gente más cortés del mundo, y aunque se esforzó en parecer rudo y desmañado cuando salió de China, ahora ha crecido lo bastante para mostrarse natural, o casi natural. No obstante, sigue mostrando cierta reserva conmigo.

Ya después del fin de la comida oímos resonar el aldabón. Nos empezábamos a levantar de la mesa y yo estaba prohibiendo que me ayudasen a retirar los servicios. Tiempo habría de sobra para ello, dije a Sam, que comenzaba a recoger los platos. Baba fue conducido al saloncito y acomodado junto al fuego. Yo me preparé a instalarme junto a él y Rennie y Sam se disponían a acercar el sofá de raso amarillo a la chimenea, cuando sonó la llamada.

Rennie se volvió a mí.

—¿Esperas a alguien?

—No, ni sé quién puede ser a esta hora.

Rennie salió al vestíbulo y abrió la puerta. En el umbral estaba Bruce Spaulden, sosteniendo en la mano un ramo de rosas rojas envuelto en papel transparente.

Mi hijo le miró con asombro. Los dos se conocían, porque Bruce había curado las amígdalas a Rennie, pero los dos se contemplaron como desconocidos.

—No hay aquí ningún enfermo —dijo Rennie.

—¡Por amor de Dios, hijo! —exclamé.

Me dirigí a la puerta. Bruce me tendió las rosas y yo las tomé.

—Pase y siéntese al fuego —dije.

Entró mientras Rennie le examinaba atentamente, en silencio. Puse las rosas en un jarro de arcilla gris que se hallaba sobre la mesa desde que yo era niña. Antes de sentarme observé que Baba se había dormido pacíficamente, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

Pregunté a Bruce:

—¿Será oportuno que le subamos a su cuarto?

—Parece sentirse cómodo —repuso Bruce— y creo que duerme muy profundamente.

Nos sentamos. Rennie permanecía callado entre los dos hombres. Comprobé que me miraba una y otra vez de un modo extraño. Me sentí tan feliz como no me había sentido en mucho tiempo. Pronto entablamos toda conversación. Bruce se levantó, fue a la cocina y preparó café caliente, porque nunca bebe otra cosa. En cambio, Rennie cogió unas botellas de vino y escanció unas copas para él y para Sam. Yo no quise tomar nada. La plática transcurría triangularmente entre Bruce, Sam y yo. Rennie oía y callaba.

Yo no dejaba de pensar:

«Sí, mi sitio está aquí, donde vine a nacer. De no sentirme tan sola, seguramente olvidaría Pekín y con el tiempo incluso al mismo Gerard».

Hacía mucho que no reía, pero no tardé en reír de todo corazón mientras hablábamos. Cada uno a su modo procuraba atraer mi atención. Sam lo hacía de modo brusco y varonil, al estilo de los hombres del Oeste; Bruce, de manera disimulada, cáustica e ingeniosa, y Rennie, que asistía a aquella especie de esgrima mental entre los dos hombres de más edad, procuraba que yo me fijase en él a través de su mutismo y de sus repetidos empeños de atizar el fuego.

Cuanto se hablaba y hacía era para regalo de mis oídos y mis ojos. Sentí una ternura indefinible y vaga, acaso un poco burlona, pero auténtica.

Sam dictaminaba:

—La revolución es una cosa inevitable, resultado de una natural evolución. No crecemos por acumulación, como los percebes. Nos desprendemos de la vieja piel, al modo de las serpientes, nos libramos de las antiguas ataduras y resurgimos renovados.

Me sorprendió oírle hablar en aquella ocasión sin la menor huella de su rudo dialecto del Oeste. La manera arrastrada de hablar que usaba, propia de los rancheros, era una añagaza. Tenía delante de mí al verdadero Sam.

Bruce dio una lenta y profunda chupada a la pipa. Dos chorros gemelos de humo brotaron de su nariz.

—No hay —opuso— una revolución que haya conseguido su objetivo. Ni una se conoce en la historia humana. Las finalidades se pierden siempre en los conflictos y confusiones provocados por las gentes malignas que sólo aspiran al poder.

Sam insistió:

—Esos razonamientos no atajarán la revolución. Las cosas se soportan sólo hasta

cierto límite. La explosión es inevitable. Si nos fijamos en el caso de China...

Volvióse a mí. Me pareció que los impetuosos vientos asiáticos soplaban en el interior de la caldeada estancia. Una vez más me creí al otro lado del mar. Pero con un esfuerzo de voluntad logré no dejarme arrastrar por la mente.

—Mejor será no tratar de China —dije—. ¿Acaso sabemos lo que está pasando allí?

Rennie alzó los ojos, hasta entonces fijos en el fuego, y se le cayó el hurgón de las manos. Sus ojos buscaron los míos. Comprendí que tenía que hablarle con franqueza.

Y prosiguió la velada. Yo no oía ya los argumentos con que discutían los hombres. Cierto que sus ojos, a escondidas, procuraban comprobar si yo les concedía una atención que ahora estaba en otra parte. ¿Cómo explicar a Rennie que su padre...?

Cuando nos levantamos, dije a Rennie:

—Ven un momento a mi cuarto.

Procuraba expresarme con naturalidad. Hasta con acento jovial.

—Tú y yo —expliqué— no hemos podido hablar a solas todavía. Ven, avivemos el fuego y pongámonos cómodos.

Nos despedimos de Bruce a la puerta de la casa y de Sam en el rellano de la escalera. Bruce retuvo un momento mi mano entre las suyas. No sentí calidez alguna.

—Le agradezco las rosas —dije con un acento que casi me pareció estúpido.

Él repuso, entre dientes:

—Cuando pienso en las rosas, pienso en usted.

Aquello era un gran cumplido en la boca del médico, pero no supe corresponderle ni con una sonrisa. El corazón me martillaba la caja torácica. ¿Cómo hablar a Rennie y conseguir que no aborreciera a su padre?

Ya en mi alcoba, ordené:

—Siéntate, Rennie.

Me instalé en el antiguo butacón de terciopelo rojo que antaño perteneció a mi abuela materna. Él se sentó en la silla windsoriana que siempre tenía yo ante la butaca. Antes había encendido la chimenea y, como la leña estaba seca, ardía ya una brillante lumbre.

—No acabo de acostumbrarme a tu nuevo aspecto —dije.

Y era cierto. El rostro de mi hijo había perdido su juvenil redondez. Sus pómulos aparecían recios y salientes, y la mandíbula fuertemente acusada. Si Rennie fuera una persona extraña para mí, me sería difícil adivinar de qué país podía ser oriundo. ¿De España? ¿De Italia? ¿Del Brasil? ¿De la India del Norte? Y, sin embargo, es mi hijo.

Pregunté:

—¿Qué te gusta más de tus estudios?

—Las matemáticas. Las matemáticas y sobre todo la música.

He olvidado anotar hasta este momento que a Rennie siempre le ha gustado la música. Acaso eso sea herencia mía. Yo pasé muchas horas de mi mocedad sentada ante el piano de nuestra sala, pero desde que volví de China no he vuelto a tocar. Podía haber dado lecciones a Rennie, y ni eso hice. Sintíendome al borde de una separación total de Gerard, hasta la música me era insoportable. Pero no iba a

prohibir a Rennie el uso del piano, y él tocaba siempre que quería.

Opiné:

—Tienes dos buenos gustos, Rennie. Una combinación muy buena. Confucio requería esa condición como circunstancia esencial del hombre civilizado. El hombre superior, el caballero, debía, según el sabio chino, conocer las matemáticas y la música.

Rennie observó:

—Casi van unidas. Ambas exigen la misma precisión y abstracción.

Me imponía el desarrollo mental de mi hijo, que había corrido parejas con el de su cuerpo.

—¿Piensas en la música como medio de ganarte la vida?

—Prefiero dedicarme a la ciencia. La ciencia combina lo abstracto y lo concreto —respondió.

—Tu padre se sentirá muy complacido.

Rennie no contestó. Nunca lo hace cuando menciono a su padre.

Pregunté, medio en broma:

—¿Qué hay de la hermana de Jorge Bowen?

Había cometido un error. Yo debía eludir la posibilidad de que Rennie se abroquelara en el silencio. ¿Qué podía importarme la hermana de Jorge Bowen?

Rennie, sin mirarme, y con los ojos en el fuego, dijo:

—¿Qué tiene que ver aquí la hermana de Jorge Bowen?

—¿Es bonita?

—Bonita, no. Hermosa, sí.

—¿Rubia o morena?

—Rubia.

—¿Alta o baja?

—Alta. Y muy calmada.

—¿No se parece a mí?

Me lanzó una rápida mirada comparativa y manifestó:

—No.

—¿Te gusta mucho esa muchacha, Rennie?

—No sé, y me parece que prefiero no saberlo. No deseo otro desengaño.

—Tienes mucho tiempo por delante para enamorarte.

—Sí.

Y sobrevino el silencio. Resolví hacer acopio de valor.

—Rennie, tengo que hablarte de tu padre.

Alzó la cabeza, interesado a su pesar.

—¿Te ha escrito?

—Recientemente, no.

—Entonces...

—Me han escrito, pero no él. He recibido una carta...

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, la recibí hace tiempo. Una carta muy... muy especial.

—¿Por qué no me hablaste de ella?

—Eras muy joven todavía. Ciertas cosas... No hubieras podido comprender. Y habrías censurado a tu padre.

—¿Qué ha hecho?

—Espera y te explicaré.

Y comencé por el principio. Le conté cómo nos habíamos conocido Gerard y yo. Y cómo nos enamoramos. No le hablé de la primera noche que pasamos juntos. Eso pertenece a Gerard y a mí exclusivamente. Es como un tesoro que debemos almacenar en la memoria. Luego le hablé de Pekín y de cómo, en los años transcurridos allí, el amor iniciado en los angostos valles del perdido Vermont se había profundizado y ensanchado llenando para nosotros la extensión de una vida en compañía perenne.

Glosé:

—Hay pocos matrimonios así, Rennie. Mi madre aseguraba que yo nunca sería feliz con Gerard, pero se engañó. Fui feliz y él lo fue. Los dos nos complacíamos el uno en el otro. Nada nos importaban nuestros antepasados.

Me interrumpí.

—O acaso realmente nos importaran mucho. El ser de distintas razas añadía a nuestro amor una peculiar y fascinadora variedad. Recuerdo que tu padre y yo hablábamos de ello a veces. Y tu padre decía que nuestro matrimonio era tanto más completo cuanto que sólo nosotros asumíamos la responsabilidad de lo que de él resultase, ya que nuestros antecesores no lo hubieran aprobado.

Rennie es harto rápido para no adelantarse a mis pensamientos.

—¿Qué quieres —preguntó— darme a entender con eso?

—Ante todo, que cuanto ha sucedido no es culpa de tu padre ni mía. Si el mundo no se hubiese abierto literalmente bajo nuestros pies, hoy viviríamos aún en nuestra casa de Pekín y no aquí.

—¿Y por qué no es así?

—Lo sabes de sobra y no necesitas preguntarlo. Todo se debe a que yo soy americana y tu padre no es americano más que a medias. La culpa de eso no es de ninguno de los dos. Lo que nos ha separado es lo que te dije: una brusca fisión del mundo. Algo así como si un gran oleaje, levantándose de pronto, se interpusiera entre ambos y nos empujase a los dos hacia distintas costas.

Rennie alegó:

—Mi padre pudo haber salido de China.

—No.

—¿Por qué no? —insistió Rennie.

Y la expresión de su rostro delataba lo enojado que se sentía contra su padre.

—Defiendo a tu padre —dije— porque no está presente para hacerlo él. Pero, de

todos modos, si a alguien quisieras censurar, sería a Baba. Él se casó con tu abuela china sin quererla, y ése fue el pecado primordial.

Me levanté, tomé el retrato de su abuela, le hablé de ella y le expliqué cómo la historia de Ai-lan estaba embebida en la Historia de su país y de los tiempos que corríamos.

—Ella —añadí—, sabiendo que no era bienquista, sustituyó el amor que debía a tu abuelo por el amor a la causa de su país y el hecho de cumplir lo que juzgaba su obligación. Y su hijo y padre tuyo, Rennie, hubo de morder el amargo fruto, y todavía a ti te queda en los dientes el regusto de ese mordisco.

Rennie habló con voz contenida:

—¿Quería mi abuela a Baba?

—Creo poder decir que sí, porque de lo contrario no se hubiera entregado tan completamente a la causa a que se entregó. No esperaba amarle, pero le amó y se vio rechazada por él. Nada hay tan explosivo en este mundo como el amor rechazado.

Rennie dijo brutalmente:

—Mi padre te ha rechazado a ti.

Lo negué apasionadamente.

—No me ha rechazado ni puede rechazarme mientras sigamos queriéndonos.

Juzgué que Rennie me miraba por primera vez como una persona distinta a su madre. Debía de tenerme, con razón, por una mujer enamorada.

No replicó, pues. No había visto jamás a una mujer enamorada. Bajó la vista.

—Ahora es oportuno que te enseñe la carta de que te hablé —añadí yo.

Me levanté, abrí el cajón del escritorio, saqué la carta sellada y se la tendí.

Rompió el sello, desdobló la carta y empezó a leerla. Luego la releyó, muy pensativo. Tornó a doblarla, la guardó en el sobre y la colocó en la mesita que tenía al lado.

—Gracias, mamá —dijo.

Declaré:

—He dado a esa mujer china el permiso que me pedían. He expresado mi comprensión del caso. Agregué que deseaba ver bien a mi marido... Y ahora voy a enseñarte las cartas de ella.

Abrí el cajón de mi mesa personal de palo de rosa y ofrecí a mi hijo las misivas de Mei-lan. Las leyó con el semblante impasible. Las acabó en seguida, las dobló y me las devolvió.

—Todo esto —expuso— no tiene nada que ver conmigo. Sólo que no comprendo cómo mi padre ha permitido que esa mujer entre en nuestra casa.

Hablaba con un acento duro que me resultó insoportable.

—Es verdad —dije— que tu padre se quedó en Pekín por su propia voluntad, pero ignoramos las presiones a que luego se ha visto sometido.

Rennie replicó:

—Pero, si tanto nos quería, ¿por qué decidió quedarse en Pekín? Seguiría

preguntándolo toda la vida sin encontrar la respuesta.

—No quieres a tu padre lo bastante para perdonarle.

Rennie se mostró acorde:

—Quizás aciertes.

Se levantó, dirigióse a la ventana y, de pie ante ella, contempló la noche. A través del cristal la luz de nuestra lámpara se reflejaba en la nieve. El fuego despidió una llama azul y uno de los troncos se deshizo repentinamente en cenizas.

Rennie se volvió a mí.

—Quiero confesarte una cosa, mamá. Este asunto de Alegría estuvo a punto de hacerme regresar a China. Pensé entonces que, si me rechazaban por tener sangre china, más me valía reunirme con los míos. Pero no lo haré. Me quedaré contigo. Ésta será mi patria y no tendré otra alguna.

Exclamé:

—¡Oh, Rennie, Rennie! No decidas precipitadamente. No condenes así a tu padre.

—No le condeno.

—Juzgas contra él.

—Juzgo en tu favor.

Se inclinó, me besó en la mejilla y salió de la alcoba.

No le seguiré. Conozco a mi hijo. Su decisión no ha sido repentina. Ha estado torturado por la incertidumbre. Le llamaban a la vez sus dos patrias, le llamábamos su padre y yo. Y me ha elegido a mí y a mi patria.

¡Oh, Gerard! Rogaré a Dios que te dé otros hijos. Perdona a éste. Sí, lo haré. Te he robado a mi hijo, que era nuestro. Pero no puedo remediarlo. Es Rennie quien ha decidido. Se trata de su propia vida. Tanto derecho tiene a disponer de ella como yo a disponer de la mía cuando te seguí a Pekín y como tú, cuando no quisiste volver a América con nosotros. Volver a la patria, a la patria que reconozco al fin, a los valles y los montes de Vermont, donde se alza la casa de mis padres...

Después que Rennie me dejó, permanecí largo rato ante el mortecino fuego. Me había quitado un peso del corazón. Ya no estoy sola en mi propio país. Está también mi hijo conmigo. Algún día seré feliz de nuevo.

Y, con todo, no se me ha ocurrido siquiera romper definitivamente con Gerard. Han pasado varios meses desde aquella alegre noche de Navidad. Rennie está terminando el curso. Sam me ha visto un par de veces. Insiste en que me divorcie de Gerard.

Hoy mismo ha venido desde Nueva York sólo por una hora, según dijo, no sabiendo, al hablar, cómo iba a terminar el día.

En efecto, es de noche, y sigue aquí. Hemos telegrafiado a Rennie pidiéndole que venga en vista de lo que ha ocurrido. Sucedió esta mañana, mientras Sam, impaciente, persistente y hasta enojado, discutía conmigo.

—Divórciese de ese tipo de Pekín —repetía—. No es marido adecuado para usted, Isabel.

—Nunca me divorciaré de Gerard —respondía yo—. No me ha dado motivo, puesto que sigue amándome.

Sam se indignó:

—¡Llamar amor al abandono!

—¡No me ha abandonado! —grité también.

Sam rugió:

—¡Pues si eso no es abandono, no sé qué nombre darle!

Desde luego no conoce toda la historia. Debe de sospecharla, porque no sólo alude a Gerard y a mí. Yo, sin contarle nada, le he dado a entender la verdad.

—Gerard —porfié— no me ha abandonado ni yo a él. Nos ha separado la Historia, el pasado y el presente que vivimos.

Sam se obstinó:

—El padre de su marido es americano. Gerard debió volver con usted a su patria.

—Usted no comprende que para él ésta no es su patria propiamente dicha.

—¡Tonterías! —replicó Sam—. Su esposo no es un imbécil. Podría adaptarse perfectamente a esta vida. Y hubiera conseguido una cátedra en América con tanta facilidad como en Pekín.

—La patria es algo que depende del corazón y del espíritu. Y el espíritu y el corazón de Gerard se habrían agostado aquí —afirmé.

—Usted sigue enamorada de él y nada más.

Y Sam me dirigió una mirada tan fiera que no pude dejar de darle la razón.

—¿No ve —dijo— que estoy resuelto a casarme con usted?

—No, Sam, no.

—Sí.

Los dos jadeábamos, en nuestro esfuerzo para imponernos a fuerza de voces. Nuestros ojos centelleaban. Sam se acercó a mí. Le rechacé.

—No...

—¿Es que me aborrece?

—No.

En aquel momento oímos un ruido sordo en el piso alto. Baba debía de haberse caído. Las vigas del techo del salón quedan al descubierto. Distinguimos el golpe del bastón de Baba al dar en el suelo... Eso, primero. Luego el rumor de una caída. Una caída muy ligera, como propia de un cuerpo que tiene más huesos que carne. Tan tenue fue, que acaso no hubiésemos reparado en nada de no haber seguido al rumor un congojoso gemido.

Corrí escalera arriba, seguida por Sam, y encontramos a Baba en el suelo. No sé si nos oyó o no. Nunca se sabe a punto fijo lo que oye o deja de oír, aunque a decir verdad hablábamos en voz muy alta. Acaso Baba oyera nuestras voces abajo y se levantara con ánimo de ir a ver lo que sucedía, aunque desde las Navidades no salía del piso alto. Estaba inmóvil. Su cabeza se había fracturado al chocar con el reborde de piedra de la chimenea. Le hallamos muerto.

Regresamos del entierro de Baba. Sam se ha rezagado un poco. Él y Bruce Spaulden se encargan de allanarme todas las dificultades y solventar todos los trámites. De haber entrado en lo posible, yo hubiera enviado a Gerard las cenizas de Baba.

En el fondo, acaso no hubiera sido imposible del todo. Con otros que han muerto aquí o en Inglaterra se ha hecho. Tratábase de gentes tan separadas de sus pueblos y tierras, tan enamoradas de una cultura ajena, que no podían imaginar otro lugar de enterramiento en el mundo más que Pekín. Mas luego recordé que Baba había salido de Pekín por iniciativa propia y que, además, ni siquiera sus cenizas serían bien acogidas allí, porque quizá recordaran, a los que mandan, la China de Confucio y de los emperadores.

—Que Baba descanse con nosotros —propuse a Rennie.

—Más vale así —convino él.

Rennie llegó con el tiempo justo para el entierro. No venía solo. Le acompañaba una muchacha alta y rubia, muy serena, que tiene en cada uno de sus movimientos una gracia calmosa y especial.

Rennie me la presentó:

—Mary Bowen.

—No la conocía —dije.

Y, sin saber por qué, sentí el impulso de besarla. Me incliné y posé mis labios en su fresca faz juvenil.

—Parece usted la María bíblica —dije.

—Tampoco soy muy mala Marta —repuso, sonriendo.

—Entonces Rennie tiene suerte —profeticé— porque raras mujeres engloban las dos personalidades.

Están enamorados. Se les nota en todo. Conozco demasiado bien los síntomas.

Esta vez me siento tranquila. Cojo las manos de ambos y, con una a cada lado, subo a la estancia donde reposa Baba, vestido con su túnica azul de corte chino. Le he calzado los pies, que descansan sobre la colcha, con unas babuchas chinas de terciopelo negro.

Jim Standman, el encargado de Pompas Fúnebres, una vez terminadas sus peculiares tareas, me permite ayudar en lo restante, porque no quiero que a Baba le falten en esta hora los auxilios familiares. Bajo las manos del anciano, cruzadas sobre

su pecho, coloco su predilecto ejemplar del Libro de las Transformaciones.

Mary se adelantó la primera cuando entramos en la estancia y se detuvo al lado del cadáver.

—¡Qué hombre tan arrogante! —cuchicheó.

Y, volviéndose a Rennie, le dijo:

—¿Es posible que fuera igual en vida?

—Igual —intervine—. Quizás ahora parezca un poco mejorado.

—Me hubiera gustado oírle —observó la joven.

Se acercó a Rennie, le cogió la mano y se la apoyó en su propia mejilla. Desde aquel momento me pareció querer a Mary como a una hija.

Por la tarde, unos cuantos vecinos se reunieron con nosotros y en un pinar del monte, detrás de la casa, enterramos a Baba. Matt había ayudado a cavar la tumba por la mañana y nosotros la tapizamos con ramas de pino, mientras la esposa de Matt preparaba el banquete funeral. Hirvió un jamón —ya que el comprado cocido le parece una porquería— y preparó bocadillos, bollos, café y té para cuando volviéramos de la ceremonia.

El día era muy tranquilo y el cielo estaba ligeramente nublado. El sacerdote, antiguo ministro en Manchester, que atiende a las necesidades espirituales de los habitantes del valle, cuando nos parece oportuno llamarle, leyó algunos pasajes del Nuevo Testamento, pasajes que yo había señalado.

Baba tenía la firme convicción de que el hombre y su cultura se habían originado en Asia, y por consecuencia mi atención era poca, puesto que estaba acostumbrada a semejantes ocurrencias. Y ahora las hermosas palabras evangélicas sonaban, dulces y clementes, en el aire sereno, sin suscitar duda alguna en los oídos de los creyentes cristianos.

Terminó la ceremonia sin que ni Rennie ni yo lloráramos, porque la muerte no es triste cuando sucede a una prolongada vida, y regresamos a casa. La señora Matt, vestida de seda negra, se ajetreaba de un lado para otro, protegiendo su ropa de gala con un nítido delantal blanco.

Los invitados y la familia nos sentamos en la sala. Comimos, bebimos y hablamos reposadamente, y por cierto no de Baba, ya que la mayoría de los vecinos no le conocían sino como una especie de fantasma frágil y exquisito. En cambio, intercambiamos comentarios acerca de las cosas del valle, de si el verano se retrasaría, de lo mal que se presentaba aquel año la cosecha de azúcar, de lo mucho que había durado el invierno y de lo inopinadamente que se había presentado la primavera. Y al cabo de un rato todos se fueron. Bruce se entretuvo un momento más, me observó y me afirmó que parecía fatigada y necesitaba descanso.

—No se vestirá de luto, ¿verdad? —preguntó.

—Como sólo era mi suegro...

—No vista de luto por nadie —me aconsejó.

No quise decirle todavía que con la muerte de Baba morían para mí los símbolos

del pasado. Baba constituía para mí un vínculo con otros años y con una ciudad amada, así como con una casa que yo había creído para siempre mía.

En todo caso, el interés de Bruce me consolaba. Sonreí y leí en los ojos del médico el ansia de besarme. El anhelo se exteriorizaba en sus grises ojos y en toda la expresión de su vermontiana faz.

Pero yo no estaba preparada. No hubiera sabido tolerar, a lo menos entonces, el contacto de los labios de otro que de Gerard.

Así terminó el día. Sam se marchó al fin. Me parece que reparó en la cara de Bruce. Permanecía en el vestíbulo, detrás de nosotros, y oí sus pasos, que no se cuidaba de disimular, cuando abrió la puerta de la sala. A poco se despidió diciendo que tenía que estar en Nueva York por la mañana, para ultimar un contrato con un tratante que necesitaba, para una compañía de circo, seis potrillos especiales. Yo lo di todo por entendido, aunque no comprendí nada.

Sam, al irse, me apretó fuertemente la mano y me miró.

—Si en algo puedo ser útil, avísame —dijo—. Ya sabe dónde puede encontrarme. Y de pronto, sin preámbulos, se inclinó hacia mí y me besó en la boca.

Retrocedí, tropecé y estuve a punto de caer al suelo.

—No parece que esto le guste mucho —comentó.

Dije con sinceridad:

—No.

—No volveré a hacerlo —prometió.

Y se fue. Lamento haberle disgustado, pero no me gusta que me besen cuando no tengo deseos de ello. Los días de mi juventud pasaron hace mucho, y para una mujer desarrollada y madura un beso lo significa todo o no significa absolutamente nada.

Todo esto sucedió el día del entierro de Baba, día que celebro mucho que haya terminado ya. Por la tarde Rennie, María y yo nos reunimos en la terraza, porque yo deseaba salir de la casa y el aire era excepcionalmente tibio, incluso para mayo. Los dos jóvenes se marchan mañana y después me quedaré sola. Esto disgusta a los dos, y no sé cómo hacerles comprender que no me importa. La verdad es que, en efecto, ni yo misma sé si me importará o no verme sola en esta casa enorme y vieja. No tengo vecinos cercanos y los bosques del valle cambian singularmente del día a la noche. Cuando el sol de la tarde alumbra de soslayo los helechos y las zarzas, el valle esplende de vida y color y parece un lugar inofensivo, seguro y donde nada puede temerse. Pero luego la montaña se interpone entre la casa y el sol, llega la oscuridad rápidamente y la floresta pierde su candor. Mirando las sombras, que se tornan siniestras a medida que la noche avanza, recuerdo que en un contorno de treinta millas de bosque mezclado con ciénagas y dunas se ha dado más de un caso de cazadores extraviados de los que no ha vuelto a saberse más. Cierta noche, una aficionada a la botánica se perdió en las arboledas que rodean mi casa. De modo que en realidad no sé si podré vivir sola aquí. Puede que las tinieblas me circuyan de un modo demasiado intolerable.

Rennie dijo:

—Quisiera haber terminado el curso ya. Y me gustaría casarme con Mary y vivir los dos aquí contigo.

Es la primera vez que me habla de casarse.

—Si os casáis —repuse—, me sentiré tan feliz que no tendré tiempo para tener miedo a nada.

Pocas horas han bastado para hacerme ver que Mary es la mujer que yo hubiera buscado para Rennie. Si él hubiese vuelto al país de su padre, no. Me hubiera parecido imposible que Mary le acompañase a Pekín. No porque no pueda hacerse. Hay allí otras mujeres americanas y yo sé que la gente sencilla de pueblos y aldeas no creen las atrocidades que se dicen de nosotros.

Los chinos son gente muy antigua y prudente, y son capaces de vivir cien años en paz si las cosas no dan muchas vueltas. Rara vez un hombre vive tanto como el tiempo que los chinos son capaces de mantenerse ecuanímenes, sin perder los estribos. En conjunto, no quisiera que ninguna mujer parecida a mí se incorporara a tal país y a tales gentes, porque se encariña con él y con ellas y no puede olvidarlos. Entonces sobreviene un brusco distanciamiento y una se ve en la necesidad de optar de una manera rotunda.

Creo que, de haber sido el país de Gerard otro que China, él no me hubiera abandonado. Pero ese país, y principalmente la ciudad de Pekín, tienen un atractivo de amor inexorablemente invencible. ¿Qué mujer no sería subyugada por el ambiente?

—Desde luego, nos casaremos —dijo Mary.

Rennie añadió:

—Sólo se trata de decir cuándo.

Yo medié:

—Puesto que pensáis casaros, nadie os impide hacerlo.

Recordé a Alegría y añadí:

—A menos que, por ser Mary muy joven, su familia ponga de momento algún obstáculo.

Mary repuso:

—No tengo más familia que Jorge, que es mi hermano gemelo. Nuestros padres murieron siendo niños los dos. Vivimos con nuestra abuela mucho tiempo. Y ahora ha muerto también.

Es interesante el descubrimiento de lo malvado que interiormente puede ser uno. Por el amor de mi hijo me he regocijado de que esas tres personas inocentes yacían en sus tumbas. Tuve la suficiente vergüenza para no decir que me alegraba y la bastante franqueza para no decir que lo sentía.

—Entonces —me limité a expresar—, podéis casaros cuando se os antoje. La boda puede celebrarse en esta casa, donde yo me casé con el padre de Rennie, y todos viviremos felices. Nada me importará vivir sola si os sé casados.

—Gracias, mamá —respondió Rennie.

Yacía tumbado en la silla extensible de la terraza. Se levantó y se acercó al lado de Mary, pasando ante mí, que permanecía entre los dos en una silla de redondeado respaldo, y le apretó la mano.

—¿Por qué no casarnos el dieciocho de junio, que es cuando cumpla los veinte años?

Ella le sonrió.

—Por mi parte...

La luna iluminaba su largo cabello rubio y la faz de Rennie. Me parecieron la más hermosa pareja del mundo, y mi corazón añoró a Gerard, que no podía verlos. Antes me era posible alcanzar la mente de él concentrando mi pensamiento, pero hace tiempo que eso me resulta imposible.

Probaré de nuevo. Concentro toda mi voluntad, energía e intenciones en él, en el remoto Pekín. Acaso a esta hora se halle a la puerta del saloncito, en el patio. Yo no estaría en otro lugar, porque corre mayo y el patio se llena de lilas, unas lilas blancas mucho más delicadas y prolíficas que las de este país. Trato, pues, de acercarme a Gerard y de hacerle compartir con los ojos de la mente lo que veo, es decir, el hermoso mocetón, de piel cremosa, que es nuestro hijo, y su novia Mary, alta y rubia...

Pero no llego a Gerard. Mi mente y mi corazón se sienten, como otras veces, atajados por una barrera incomprensible que no puedo franquear.

Prometo a Rennie y a Mary:

—Os tendré preparada la casa el dieciocho de junio.

Subo a mi dormitorio una hora después. Los he dejado solos en la terraza. Hasta el espectro de Baba parece haberse disipado. En la casa no queda aroma alguno de muerte y apenas pienso en el entierro ni en la tumba recién cavada entre los pinos.

Acaso el verdadero Baba no haya estado nunca aquí, o bien Baba fuera sólo la concha externa de aquel majestuoso caballero e intelectual que fue en tiempos el doctor McLeod. Cuanto ha sido, ya no existe. Casi llego a imaginar que también Gerard ha desaparecido o no ha existido nunca, salvo para darme un hijo.

Tengo poco de mujer con tendencia a lo psíquico. Soy demasiado terrena para ello. Gerard me acusó una vez de ser incurablemente doméstica, y es verdad que lo soy. Sé absorberme en los trabajos cotidianos de la casa y el huerto y entretener mi tiempo fácilmente con las charlas y las extravagancias de los seres humanos. Tampoco soy una intelectual, a pesar de los laureles que gané en el curso superior del colegio, no sin quedar por ello más sorprendida que nadie, puesto que sabía que no era merecedora de los distintivos de los ilustrados. Tampoco suelo tener sueños raros ni veo nunca visiones.

Hago esta afirmación porque juraría que anoche, a las dos y cuarto, Gerard estuvo en mi alcoba. Cierto que llevo sola cinco semanas en la casa, desde que Rennie y Mary partieron después del funeral de mi suegro. Así que...

En cambio, he tenido más visitantes que de costumbre. Matt viene temprano y se marcha tarde, y su esposa, so pretexto de traer el almuerzo a su marido, viene «a echar una ojeadita», según suele decir. Siempre está largo rato conmigo y charla mucho, particularmente acerca de Matt y de sus malignas ocurrencias. La pobre mujer de Matt es una ignorante que no sabe que los hombres y la vida no cambian, y que es a la hembra a quien le compete doblegarse. Y conozco ahora todos los defectos de Matt, incluso el molesto son de sus ronquidos y la mala costumbre de cuando se quita la dentadura postiza por la noche, no meterla en un vaso de agua, sino dejarla en la mesilla, sonriendo aviesamente a su mujer.

También el sacerdote me visita, así como la señora Monroe, que dirige la humilde escuelita del valle. Bruce Spaulden ha estado aquí dos veces, sin permanecer largo rato. Generalmente llega a la hora del desayuno, antes de empezar sus visitas, para conocerme, según afirma, y cerciorarse de que no soy en la intimidad una mujer con instintos de «fregona». Eso dice.

Ayer me preguntaba:

—¿Es usted feliz?

Yo estaba escardando los fresales que crecen en un ángulo, a la sombra del cuerpo principal de la casa. Es el único rincón donde las fresas no se hielan, siempre que las abonemos bien y las protejamos con paja durante el invierno.

—No soy feliz ni infeliz —le contesté—. Vivo en un estado de bendita calma.

—¿Permanentemente? —dijo mirándome bajo sus negras cejas.

—Probablemente, no —dije—. Ésta debe de ser una transición entre lo pasado y lo por venir. No lo sé. Me limito a disfrutar de mi ignorancia.

—¿No se siente muy sola?

—¿Cómo voy a sentirme sola si en junio tengo boda en casa?

Ayer, pues, no sucedió nada insólito. Hice los trabajos necesarios de la casa, que ahora son muy pocos. Una persona sola no mancha suelos ni mesas y lo que come apenas altera la marcha de la cocina. Incluso me hago la cama en seguida, porque suelo dormir sin dar vueltas y no la desordeno. Gerard sí se agitaba mucho, pero yo, al decir de él, permanecía en mi parte de la cama china, con colchón americano, tan inmóvil como una muñeca. Fuera de eso, tengo el sueño ligero.

Desperté anoche, como me ocurre a menudo. Acostumbro a escuchar la hora y viene a ser la misma, casi al minuto. La radiante faz del reloj de la mesilla señalaba las dos y cuarto. Desde mi separación de Gerard opté por dormir con luz y un libro a mano, y no por cierto de ficción o de poesía. Cuando puse en orden el cuarto de Rennie, después que él se marchó, miré su librería y encontré un tomito cuya portada anunciaba que contenía una simple exposición de la teoría de la relatividad de Einstein «para el lector corriente», según el subtítulo.

Como yo debo de pertenecer a esa categoría lectora, llevé el librito a mi habitación. Pero el texto, por muy sencillo que pretenda ser, me llenó de confusiones. Soy al parecer incluso más sencilla que el lector corriente. No comprendo con facilidad las materias abstractas. Con todo, leí atentamente el libro, casi deletreando los párrafos en mi afán de comprenderlos.

Señalo todo esto para demostrar que nada tengo de espiritual ni de imaginativa. Poseo una buena memoria y un excelente sentido común, y eso es todo.

No obstante, tras la cuarta lectura del libro comprendí de pronto la fundamental relación entre materia y energía.

«¡Oh!», exclamé en voz alta.

Aunque me avergüence decirlo, confieso que desde hace algún tiempo he dado en la costumbre de hablar sola, pero sólo durante la noche, cuando la casa está en completo silencio, sin más rumores que algún crujido de vigas o el fragor del viento.

«¡Oh! —repetí—. Esto es fascinador».

Veo claramente la cosa: la esencia de la materia es convertible en energía.

Cuando anoche comprendí esto como una repentina revelación, me invadió un singular sosiego. Mente y cuerpo se relajaron y me dormí. Cuando desperté, estaba muy avanzada la mañana y el sol llenaba el cuarto de claridad.

Me levanté en seguida y, como habitualmente, el día se distribuyó en mil menudencias. La mujer de Matt estuvo conmigo mucho tiempo y llegó la noche sin que yo hiciera todo lo que tenía planeado para el día. He aprendido que si mi vida ha de tener algún significado de conjunto, ahora que Gerard y yo estamos separados y Rennie es ya un hombre, cada día ha de tener su orden individual, para que a la noche yo pueda recapitular y ver que he hecho todo lo planeado para el día. Y una suma de

días compone un año, y una suma de años la vida.

Anoche estaba fatigada y algo descontenta por no haber realizado el plan entero del día. No abrí el libro y me entregué inmediatamente al sueño. Desperté a las dos y cuarto como dije, con la mente muy despejada. Me sentí con ganas de leer a la luz de mi reciente comprensión de la teoría. Y apenas había abierto el libro, tuve la impresión de que no estaba sola.

No me sentía asustada, sino llena de involuntario asombro. Alcé la mirada y vi a Gerard junto a la cerrada puerta. Estaba triste, delgado y muy envejecido. Llevaba barba corta y el cabello casi al rape, y usaba ropas chinas. Y no ropas de persona distinguida, sino las que suelen usar los estudiantes, hechas de paño oscuro, con el cuello abotonado hasta la barbilla.

No distinguía sus formas claramente, pero sí su rostro. Me sonrió y sus graves ojos negros se tornaron súbitamente brillantes. Creo que alargó la mano hacia mí, pero no estoy segura, porque inmediatamente salté de la cama y me precipité hacia él, gritando:

—¡Gerard, Gerard!

Me detuve al observar en su rostro una expresión de intensa congoja. Aquello sólo duró un segundo. Corrí a estrecharle entre mis brazos y desapareció.

Permanecí en pie donde le había visto. No había nadie y el suelo se notaba frío bajo mis pies descalzos.

Volví al lecho, tiritando y temblorosa. Había visto a Gerard. No me cabía la menor duda. Le había visto estando tan despierta como ahora estoy. No era un sueño ni una mala pasada de la memoria. En ese caso le hubiera visto como al separarme de él en el muelle de Shanghai, cuando los dos nos mirábamos mientras la niebla del río se interponía gradualmente entre los dos y mi buque avanzaba mar adentro.

Él me había escrito a poco de la separación:

«Me pareció que al irte se me desgarraba la carne».

Y ahora llevaba barba, tenía cortado el cabello y vestía el uniforme que siempre odiara en tanto que sus alumnos lo usaban orgullosamente. Solía definirlo como uniforme de presidiario, carente de gracia y estilo, y siempre de un azul sucio o de un grisáceo cenagoso.

No, nunca había contemplado a Gerard como ahora. No se trataba de un sueño. Había visto la materia transmutada en energía y conservando la forma primigenia.

No pude conciliar el sueño. Me vestí, bajé y paseé por la casa hasta que el cielo comenzó a palidecer tras los montes. No sé lo que significa una visión. ¿Vida o muerte? No poseo medio alguno de conocerlo. ¿Y por qué la última mirada de Gerard expresaba tanta angustia? ¿Cómo adivinarlo?

Me sorprende no sentir el menor susto después de haber visto a Gerard. Me abruma la tristeza, pero no el temor. No puedo temer a Gerard, cualquiera que sea la forma en que se me presente. Recuerdo las historias de que los dos nos burlábamos, respecto a gentes difuntas que se aparecen a los seres amados, en forma de espíritus y fantasmas, en los que nunca he creído.

Ni creo aún. Pienso que me han hecho una mala jugada la mente y el subconsciente. No obstante, en cuanto puedo llevo la conversación al tema de los que dicen haber visto apariciones, aunque no confieso haber visto a Gerard.

La Matt, por ejemplo, cree todo aquello que yo dudo. Declara haber visto tres veces el rostro de su madre, que vivió y murió en Irlanda.

—Tres veces vi su bendito rostro —afirmaba hoy—, y las tres después de su muerte.

Le pedí que me explicase lo que presencié.

—La vi orando, de rodillas —declaró solemnemente la buena mujer.

En aquel momento se hallaba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo una taza de té negro mientras yo comía el bocadillo de mi almuerzo.

—Estaba de rodillas —siguió—, con las manos alzadas y el cabello caído sobre la espalda. Lloraba mientras rezaba y vestía su traje negro, pero sin delantal. Excepto los domingos, no se quitaba el delantal nunca y, por lo tanto, comprendí que era un domingo cuando la veía. Más tarde supe que era el mismo domingo en que mi padre murió y comprendí que le había visto bajar al infierno. Era lo que él merecía, pero le disgustaba y por eso la vi llorando.

—¿Y la segunda vez?

—Fue cuando me propuse dejar a Matt.

Me miró, inclinando la cabeza.

—Sí, amiga mía, así lo había resuelto. Él había tenido uno de sus insoportables accesos de celos.

Se inclinó para mirar por la puerta de la cocina. Fuera, Matt estaba partiendo leña.

La mujer cuchicheó:

—Matt no fue padre de mi primer hijo y no lo olvidó nunca. Sospecha de todos los hombres y me ha atormentado durante cuarenta años.

Procuré eludir la conocida queja.

—¿Y la tercera vez, señora Matt?

La mujer pareció atónita.

—Fue la única vez, amiga mía, y Matt se casó conmigo antes que el dichoso niño naciera.

—Me refiero a la tercera vez que vio usted a su madre.

—¡Ah, sí! Fue una hermosa mañana de Pentecostés. Yo había tenido un tremenda trifulca con Matt la noche anterior, y no me sentía con ganas de ir a la iglesia. No fui, pues, sino que me puse un vestido viejo y empecé a fregar la cocina. Matt me llamó a voces diciéndome que fuese a misa con él y con los niños. Seis teníamos entonces, todos pequeños, y por no querer yo el séptimo habíamos tenido la disputa de la noche.

—¿Y...?

—Me negué a ir y él partió, dejándome de rodillas ante un cubo de agua y jabón. Cuando la casa quedó arreglada dejé el cubo y el estropajo, me quité el traje viejo, me puse una bata y me tendí en la cama, para ver si descansaba un poco. Y por tercera vez vi entonces a mi madre. Vestía de blanco, como un ángel, y llevaba el cabello en una trenza gris, como solía peinárselo para la noche. «¡Pobrecita! —me dijo—. Piensa que sólo eres mujer y que tienes que tomar las cosas como vienen». Y yo dije: «Es verdad, madre mía». Y me dormí como una niña. Y, cuando después de dormir largo rato desperté, Matt había vuelto y hecho la comida para él y para los chicos, y yo me sentí muy descansada.

Era una historia tonta, y la Matt una ignorante y no muy buena mujer, pero creía sinceramente lo que contaba.

Por la tarde visité la modesta biblioteca de la villa cercana y sorprendí a la gazmoña solterona que tenemos por bibliotecaria pidiéndole media docena de libros que versan sobre sueños y apariciones. Me siento medio avergonzada al confesar que deseo leerlos, porque estoy muy avezada a mis opiniones escépticas y no creo en la videncia para nada. Einstein es el que ha trastornado mis opiniones. Si un tosco trozo de leño puede ante mis ojos ser transmutado en energía, esto es, en cenizas, llama y calor, ¿por qué un cuerpo vivo, una mente lúcida y un alma profunda y fina no ha de transformarse en algo diferente, que responda a su configuración básica?

No me aguijonean los cuentos de aparecidos, porque mis dudas sobre ellos son idénticas a las de siempre. Pero me acucian las infinitas posibilidades que sustenta un sabio estrafalario a quien he de respetar porque le respeta el mundo. Me he embarcado en una averiguación. Ir en busca del que amo. ¿Vive Gerard, o ha muerto?

La averiguación ha terminado hoy de manera tan sencilla y trágica, que ha invalidado toda búsqueda ulterior. Una carta de Mei-lan, esta vez con sellos de Calcuta, me informa de la muerte de Gerard.

Mei-lan no está en Calcuta. Sigue en Pekín, en la misma casa, esperando, según me manifiesta, el nacimiento del hijo de Gerard. Ha sabido componérselas para hacer llegar su carta desde China hasta la India. Acaso en alguna Delegación diplomática hindú haya algún amigo de Gerard. Y ella le daría la carta para que él la cursase desde otro país.

La carta es breve y escrita a toda prisa. Hay borrones en el papel. Acaso lágrimas. No repetiré las palabras del escrito. Pienso destruirlo y olvidarlo. El resumen es sencillamente que Gerard fue sorprendido mientras se preparaba a fugarse de Pekín, y subsiguientemente asesinado. Ella desconocía que él pensara escapar.

«Creo que deseaba verte —escribe—. Su propósito era ir con los hindúes a no sé qué lugar de la India».

Por supuesto, Gerard estaba muy vigilado. No confiaban en él. Quizás entre los sirvientes hubiera algún traidor. Gerard era muy torpe cuando se trataba de hacer equipajes e incluso otros arreglos prácticos. Yo siempre tenía que encargarme de aquellas cosas. Y es posible que no confiara ni siquiera en su mujer china.

«No me decía nada —afirma ella—. No querría que pudieran culparme de nada. Siempre podré decir que nada sé».

Gerard fue herido por la espalda, a la altura del hombro izquierdo y precisamente junto a la puerta de su casa. No pudo ir más adelante. Era a primera hora de la tarde, brillaba el sol y él se disponía a marchar a sus clases en la Universidad. El portero abrió la verja y distinguió un hombre, con el odioso uniforme comunista, apostado junto a la esquina. Cuando Gerard pasó ante él, el hombre disparó a bocajarro. Luego desapareció.

El portero no se atrevió a pedir socorro. Alzó a Gerard en brazos y le introdujo en la casa. Lo colocó sobre las piedras del patio principal. Luego cerró la puerta.

Mei-lan aclara:

«Le enterramos secretamente en el patio pequeño, junto a su dormitorio».

Las primeras horas de la tarde en Pekín deben de coincidir con las dos de la madrugada en nuestro valle. ¿Es posible que...?

No sé. Ni lo sabré nunca. Todo lo que me consta es que mi amado ya no vive. Y mientras yo siga en este mundo, no volveré a verle.

Me entrego a la rutina de los días. He destruido la carta. No tengo medio de contestarla. Cuando tenga ánimos para ello, informaré a Rennie de la muerte de su padre. Lo hago al fin. Escribo:

Parece que se proponía volver con nosotros. Eso cree al menos su mujer china. Quiso vivir por su cuenta y no pudo. Al fin el amor se sobrepuso en él a la patria y a la Historia. Sírvanos eso de consuelo. Tal es el mensaje que nos envía a través de su muerte. Baste que lo sepamos para que le perdone, Rennie. Te lo ruego. Yo me sentiré mucho más feliz y más tranquila si sé que has perdonado a tu padre.

Me detuve a considerar si debía decir a Rennie que había visto claramente a su padre en el momento de su muerte. Sin duda su espíritu, evadiéndose a su cuerpo por un instante, vino a mí para que le recordase siempre.

Mas decidí no hablar a Rennie de ello. No lo creería. O acaso no deseo yo misma poner a prueba mi propia fe. No es necesario. Puedo esperar hasta que me llegue la hora de conocer la verdad.

Rennie contestó en seguida.

Le perdono, mamá. Le perdono espontáneamente y le recuerdo con cariño. Lo hago porque lo siento, y si te satisface así tanto mejor. Ya se lo he dicho a Mary.

No necesito seguir escribiendo en las cuartillas que me quedan en blanco. Está dicho cuanto tenía que decir. Ha pasado la primavera y llegado el verano. Dedico el día a cosas de poca monta, siempre pensando en la boda de Rennie. Hoy es la víspera del casamiento. Y se me ocurre que no quedará completo este librito si no incluyo la historia de la boda, la historia que comenzó el día lejano en que yo, alegre y atolondrada muchacha rebosante de amor, hice a mi corazón concentrarse en un joven alto y estudioso, atento a sus libros, reservado, en quien adivinaba un profundo y fiel amador. Y añadiré, para ser sincera, que, cuando conocí a Gerard, me pareció tan

guapo que me enamoré de él sin remisión.

Esta noche dije a Mary, mientras las dos lavábamos los platos de la cena, y Rennie fumaba su pipa en la terraza, como hace desde que ha tomado aires de hombre hecho y derecho:

—Espero, querida Mary, que Rennie sea para ti un marido bueno y afectuoso. Su padre lo era mucho, y si las cualidades se heredan... Pero de eso no puedo estar segura.

La muchacha sonrió despaciosamente.

—Seguramente Rennie ha heredado las cualidades de su padre —dijo.

—No obstante, alguna vez tuve que hacer alguna observación a mi marido.

—Lo tendré en cuenta, mamá.

Me llamaba mamá por primera vez. Me acometió un impulso de loca alegría y permanecí, como una pazguata, con un plato en el aire, en una mano, y el paño con que lo secaba suspendido en la otra. La muchacha rió, me tendió los brazos y me besó en la cabeza. Es mucho más alta que yo. Olí el fresco aroma de su cutis y celebré que mi hijo pensara casarse con una mujer que huele bien y que tiene un aliento puro, como el de esas flores que no exhalan perfume.

El día de la boda alboreó espléndido. Aquí los días de junio no suelen ser calurosos, y éste resultó fresco y despejado. Muy de mañana Jorge Bowen apareció ante la puerta en un pequeño coche descapotable gris, viejo y polvoriento.

Es la primera vez que veía a Jorge. Le hallé un muchacho alto y rubio, con el mismo aspecto de calma que tiene su hermana. Saltó sobre la portezuela del cochecillo y entró en la casa, llevando en la mano un arrugado saco de viaje. Se movía con tanta naturalidad como si estuviese en su propio hogar. Me fue simpático a primera vista. Dio un amable empujón a Rennie, tiró cariñosamente de la oreja a su hermana y me habló como a una apreciada amiga de siempre.

—La conozco muy bien a través de Rennie —dijo—. No hacía más que hablarme de usted y yo tenía muchas ganas de verla en persona.

—Deje ese saco y siéntese a desayunarse —dijo.

—Voy a lavarme las manos en el fregadero de la cocina —contestó.

Me agradó la manera que tenía de hacerlo, sencilla y científicamente, como un cirujano. Jorge se dedica a la ciencia nuclear, como muchos jóvenes estudiantes de ahora. Cuando Rennie me hablaba de él, me intimidaba un poco. Le imaginaba joven, pero entregado a la ciencia, inteligente, duro, poco efusivo, como parecen los sabios de ahora. Pero, en realidad, es un muchacho cariñoso y amable, inmejorable amigo sin duda para el hijo de una mujer desengañada. Entre su mujer y su cuñado, Rennie tiene ya un mundo propio en el que desenvolverse.

—¿Huevos, Jorge? —pregunté.

—Sí. Fritos por un solo lado, si le es igual.

Y Jorge se sentó a la mesa de la cocina, doblando bajo ella sus largas piernas. Procuré no mostrarme la tonta sentimental que se supone somos las mujeres, pero confieso que me satisfizo ver el apetito con que Jorge se desayunaba.

Durante todo el día Jorge procuró hacerse útil en todos los sentidos. Arregló el aspirador de polvo, que estaba descompuesto, cambió sillas, limpió el garaje y mereció la aprobación de Matt.

Pero para mí lo mejor era contemplar la ternura con que miraba a Rennie y a Mary. Éstos, desde luego, no deseaban una boda pomposa. A las cuatro de la tarde regresaron de pasear por los bosques y fueron a sus cuartos para bañarse y ponerse sus galas nupciales. La esposa de Matt estaba en la cocina con un par de vecinas que

se habían prestado a ayudarla a servir el sencillo refrigerio que ofrecimos. La esposa de Matt me dio prisa.

—Suba a vestirse.

—En quince minutos estoy.

—Vea luego si la novia necesita que le arreglen algún pormenor. Yo recuerdo muy bien que el día de mi boda, por llevar mal puesto un alfiler en el cubrecorsé, estuve pasando muy mal rato para respirar.

Subí y me puse mi vestido de seda de color gris pálido. Llamé después a la puerta de Mary y ella me mandó pasar y lo hice. Ya estaba lista y vestida y, de pie junto a la ventana, contemplaba los montes. Su vestido de boda era muy sencillo, de organdí blanco, con finos bordados a mano. Se lo había hecho ella misma y le ajustaba a la perfección. Llevaba al cuello una cadenita de oro con un dije que contenía un retrato de Rennie.

—Tienes abajo el ramo de boda. ¿Te lo traigo?

Los invitados avanzaban por el sendero y el sacerdote estaba ya en la sala. Por la mañana habíamos cortado flores de los campos y hecho con ellas un ramillete. Yo agregué al mazo algunas de mis preciosas rosas. También cogimos otras en el valle. Yo cuido las mías desde el otoño, recogiendo entonces los vástagos y guardándolos en la bodega, donde hay fresco, sequedad y oscuridad. Después, en primavera, los replanto. Este año he logrado hasta media docena de rosas para Mary. Son de color rosa pálido y amarillas. Esta mañana corté seis capullos semiabiertos, hice un ramo con ellos, y los metí en agua helada para impedir que se abriesen demasiado.

—Gracias, mamá —repuso ella.

Salí en seguida, porque oí a Rennie fuera de su cuarto. Cuando volví con las rosas, él estaba ante su novia.

Tenían las manos enlazadas. Todas mis penas huyeron de mí, como para no volver más. Estoy segura de ello, porque he visto la expresión de los ojos de mi hijo cuando miraba a la que iba a ser su mujer. Había visto lo mismo, mucho antes, en los ojos de Gerard, cuando me miraba.

La boda resultó perfecta en su sencillez. La gente del valle se congregó en nuestra sala. En conjunto pasaban de una veintena, porque no invitamos a veraneante alguno. Rennie y Mary circulaban entre ellos, hablando, sonriendo, cambiando entre sí, a veces, una radiante y tierna mirada. Luego, cogidos de las manos, se dirigieron hacia el sacerdote y se detuvieron ante él. Él se levantó de su silla, sacó su devocionario y pronunció las cortas palabras que convierten a dos personas en marido y mujer.

No hubo música, porque de los presentes sólo Mary tiene una voz dulce y entonada. Acabada la ceremonia los invitados rodearon a los esposos y yo, haciéndome a un lado, lloré en silencio, pensando en lo hermosos que eran los dos.

Bruce Spaulden me vio y se acercó a mí con una copa de ponche.

—Tome esto, querida —dijo.

Y no se separó de mi lado.

La esposa de Matt sacó el pastel de boda que había preparado. Era una magna construcción de tres pisos, cada uno diferente de los demás. Mary cortó las tajadas con ayuda de Rennie y los dos intercambiaron unas copitas de plata llenas del vino dulce que yo cosecho todos los veranos con jugo de zarzamoras. Todos estaban complacidos mirando a los recién casados.

Luego, sin alharacas, mientras todos comían y bebían, la pareja se deslizó entre los invitados y subió para cambiar sus ropas nupciales por los trajes de viaje. Salieron corriendo y diciendo adiós a todos con la mano, pero me esperaron junto al coche. Mi hijo me estrechó entre sus brazos y me besó en las mejillas y Mary pasó los brazos en torno a los dos.

Los invitados permanecieron el tiempo suficiente para cerciorarse de que yo no quedaba de pronto sola y fueron desfilando. Jorge Bowen fue el último y se retrasó colocando sillas en su sitio y llevando platos a la señora Matt.

Cuando terminó, inclinose y me besó en la mejilla.

—Adiós —dijo.

—Adiós, querido Jorge —le despedí—. No dejes de venir a menudo.

—Lo haré —aseguró.

Y después, sin sombra de sentimentalidad, sino como quien asevera un hecho práctico, me propuso:

—¿Hay inconveniente en que la llame mamá, puesto que lo es de Mary?

—No —repuse, satisfecha.

Me guiñó el ojo izquierdo.

—Claro que es usted muy joven para ser madre de dos grandullones.

—¡Tonterías! —protesté.

Rió y bajó la escalera de la puerta frontera. Entró en un maltrecho cochecillo gris, sin abrir la portezuela, y partió entre un huracán de humo y grava.

Sólo Bruce se quedó para pasar la velada conmigo. Ya sabe que el padre de Rennie ha muerto. Rennie se lo dijo y me lo manifestó luego.

Yo, deplorando en parte que hubiese obrado así, pregunté a mi hijo:

—¿Qué dijiste?

—Que mi padre había muerto en Pekín. Y que ni tú ni yo volveremos más a China. Y que tú vivirás aquí, en el valle. Y, claro, Mary y yo no podemos estar continuamente en un lugar donde no hay laboratorios.

Bruce había respondido a mi hijo:

—Un hombre se debe ante todo a su trabajo.

Rennie dijo sin rodeos:

—El trabajo de usted está aquí, y espero que sea usted buen amigo de mi madre.

—Lo seré, como todo lo que ella quiera que sea —fue la respuesta de Bruce.

Al hablarme de ello, hace pocos días, Rennie me miró fijamente a los ojos.

—Me complacería mucho, mamá —dijo— que resolvieras casarte con Bruce.

—No me pidas eso, Rennie —murmuré.

—No te pido nada. Digo que me complacería.

Nada respondí y acaso nunca responda. No lo sé. Es demasiado pronto y puede que siempre lo sea.

No obstante me fue muy grato tener a Bruce para pasar la velada a mi lado cuando todos se habían ido. Yo me instalé en una silla extensible y él se colocó a mi lado. Sólo una mesita nos separaba. Bruce fumaba su vieja pipa de cerezo y no hablaba, o poco menos. Aquel silencio resultaba satisfactorio.

Estuve a punto de hablarle de Gerard, y de la casa de Pekín, y de todas las incidencias de mi vida. Y mientras pensaba en ello, el viento del anochecer arrancaba una dulce música a las copas de los pinos y las montañas se vestían gradualmente de sombras.

Pensé en Rennie también, y en cómo había nacido, y ello me llevó a evocar a Mei-lan, cuyo hijo acaso hubiera nacido aquel mismo día. Pero al fin nada hablé y el silencio me pareció más agradable que las palabras.

Cuando Bruce se despidió, mi vida y mi amor seguían escondidos dentro de mí.

—Gracias, querido Bruce —dije—. Es usted el mejor amigo que me queda.

Retuvo mi mano durante un prolongado momento.

—Dejémoslo en esto por ahora —contestó.

Llevo mi mano a su mejilla, bien rasurada y la encontré tersa y suave. Me sorprendió que la ocurrencia no me molestara. Él no habló más y se fue. Después me sentí repentinamente muy fatigada, pero de un modo lánguido y no enojoso.

Subí sin más a mi alcoba.

Pasan los días y yo espero que Rennie y Mary vengan a pasar en casa el verano. He recibido otra carta de Pekín.

Es mi deber —insiste Mei-lan— decirte que he puesto en el mundo un hijo. Es lo mismo que su padre. Tiene la piel blanca y el cabello negro, suave y fino. Es de textura muy recia. Mi madre asegura que será alto. Me ha maravillado tener semejante niño. Mi madre y yo nos consagraremos a cuidarle bien, en recuerdo de ti y de su padre.

¿En recuerdo mío? ¿Qué tengo que ver yo con el hijo de esa mujer? Es un problema que se plantea de modo asaz extraño y no sé cómo resolverlo. Pero de pronto recuerdo que este niño es hermanastro de Rennie. Entra en lo posible que algún día se conozcan. ¿Qué diferencias habrá entre ellos? ¿Y qué parecidos?

Los caminos de la naturaleza y de la vida son singulares y profundos. Difícil resulta comprenderlos. En medio de los odios y las angustias de las guerras, el amor prosigue su secreto trabajo y nos une a todos por la sangre, tanto si el amor nos es concedido como si se nos niega.

Usted lo comenzó todo, Baba, y debiera usted haberlo sabido. Cuando la joven y pura mujer americana a la que usted amaba, no le quiso lo bastante para seguirle a Pekín, usted, viendo su amor despreciado, quiso desdeñar el amor. Y se dijo que era cosa que no importaba y se unió a una mujer por la que no sentía cariño alguno. Pero ella le quiso a usted, le dio a usted un hijo y un día yo vi a ese hijo y le amé de todo corazón, y fui a Pekín, y tomé aquella ciudad por mía, y en ella viví hasta que, como arrojada de ella, fui a un lugar lejano, separada de mi amor. Ahora tiene usted dos nietos, separados por todo un mundo, y suyos son a pesar de ello. Y, como son sus nietos, están relacionados entre sí y algún día lo sabrán.

¿Qué dice a eso, Baba? ¿Qué dice a eso usted, viejo Baba, hoy solo en la montaña, bajo la tierra, al pie de un corpulento pino del declive?



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.